

**MARIO ESCOBAR**



**PERDIDA**

# ***PERDIDA***

**MARIO ESCOBAR**

Copyright © 2019 Mario Escobar

All rights reserved.

*DEDICATORIA*

A todos los que alguna vez han tenido que convertirse en héroes anónimos  
para salvar a un ser querido.

A los que creen que el mundo puede ser más justo y no permiten que los  
malvados lo gobiernen.

" Maternidad: todo el amor comienza y termina allí".

Robert Browning

"Cuando la hipocresía comienza a ser de muy mala calidad, es hora de comenzar a decir la verdad".

Bertolt Brecht

"El miedo de la mujer a la violencia del hombre es el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo".

Eduardo Galeano

"No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente".

Virginia Woolf

"Los hombres temen que las mujeres se rían de ellos. Las mujeres temen que los hombres las asesinen."

Margaret Atwood

## NOTA DEL AUTOR

Todo lo que relato en este libro está inspirado en hechos reales, aunque muchos de los acontecimientos y nombres han sido modificados para proteger a las personas implicadas.

Mario Escobar

# Índice

## PRÓLOGO

## PRIMERA PARTE

1.MUJER

2.RECUERDOS

3.HIJA

4.ENCUENTRO

5.CANADÁ

6.CÓMPLICE

7.CONFUSIÓN

8.DECISIÓN

9.NOCHE

## SEGUNDA PARTE

10.EL INCIDENTE

11.UNA PISTA

12.CONFIANZA

13.AMIGOS

15.SORPRESA

16.MIEDO

17.TERROR

## TERCERA PARTE

18.EN CAMINO

19.ENCERRADA

20.UN ARMA

21.LUCHA

22.LA VERDAD

23.VIDA

## CUARTA PARTE

24.UNA CASA SOLITARIA

25.EL BOSQUE

26.AMOR

27.SOBREVIVIR

28.MALAS COMPAÑÍAS

29.DESASOSIEGO

30.MUERTE

31.LOCURA

32.VENGANZA

33.SALIDA

34.NIÑA

35.SOLEDAD

EPÍLOGO

# PRÓLOGO

*Kabetogama, Minnesota, otoño.*

Nunca se debe mirar a una persona desde arriba, siempre hay que mirarla a la altura de sus ojos. Al menos eso era lo que decía su padre, un hombre grande, de ojos grises y piel tan blanca como las relucientes sábanas que su madre tendía en el patio trasero de su casa, aunque la piel blanca se escondía oculta debajo de la camisa de manga corta. El sol que le daba la mayor parte del día mientras vendía por la ciudad productos de belleza lo que le proporcionaba un tono aceitunado, que le hacía parecer más interesante, según decía su madre, una mujer morena, de pelo negro azabache. Por eso ella siempre se agachaba para hablar con sus hijos, hasta que crecieron tanto, que podía mirarlos directamente a la cara.

El *camping* con vistas al lago se encontraba casi vacío: la mayoría de los veraneantes habían regresado a sus rutinarias vidas, dejando atrás los hermosos bosques y las impresionantes islas de la zona. No pasará mucho tiempo para que regresen a cientos, para contemplar la bellísima transformación de las hojas. Desde los amarillos limón, pasando por tonos anaranjados, hasta el rojo más encendido. En las zonas más altas las coníferas siempre mostraban sus majestuosas copas, pero en las orillas el espectáculo estaba asegurado.

La mujer encargó una de las lanchas. No estaba segura de poder manejarla, era la primera vez que se subía a una, pero se había fijado en cómo lo hacían los marineros. El dueño, por si acaso, le dio una escueta explicación de arranque del motor y del manejo del pequeño timón en la popa. También le facilitó en salvavidas de color amarillo y un botiquín, por si acaso se perdía. En aquella parte del país no funcionaban bien los teléfonos, si te perdías tenías más posibilidades de que te encontrara una manada de lobos grises o



un oso que los guardabosques, por lo que no era extraño que cada temporada más de una docena de personas desapareciera para siempre. La policía local lo llevaba con resignación y cierta indiferencia, como si vivir en una de las zonas más bellas y salvajes del mundo tuviera sus contraprestaciones.

La mujer dio un salto a la lancha, el hombre la empujó hacia el agua y ella intentó accionar la palanca sin mucho éxito; lo intentó hasta tres veces, sin lograrlo. El dueño del embarcadero estaba a punto de pedir a la mujer que devolviera la lancha, cuando el motor Suzuki se escuchó en medio del valle. La señora se giró satisfecha y la lancha salió a gran velocidad.

El hombre le había advertido de que a esas alturas del año, sin lluvias recientes y debido al calor, en algunos lugares, la profundidad no era muy grande y podía encallar. Ella se mantuvo lejos de la orilla, sentía el viento en la cara, y el sol le quemaba el rostro mientras sus ojos cubiertos por unas gafas de espejo la protegían. Se sintió bien. Llevaba más de un año con una angustia asfixiándola, como si las manos huesudas de los monstruos nocturnos que tanto la aterrorizaban de niña apretaran su suave cuello, pero aquella mañana espléndida, en medio de aquel paraíso natural, se sintió por unos instantes en armonía con el universo. Aquel año había renegado de Dios, echado a perder su matrimonio, tomado cientos de ansiolíticos e ingresado dos veces en un centro psiquiátrico de Oslo, pero el viento y aquel sol luminoso acariciaban su rostro desfigurado por las lágrimas, que como ríos habían abierto surcos en sus rosadas mejillas y habían logrado mucho más que la medicación.

Al instante la imagen de su hija Edda destruyó, como una roca arrojada al agua, aquel espejismo de paz y armonía. Justo en aquel lugar, el verano anterior, la había perdido. Todos la dieron por muerta, incluso una tumba señala el lugar en el que está enterrada, pero ella sabía que esa tumba estaba completamente vacía.

# PRIMERA PARTE

# 1.MUJER

*Fort Frances, Canadá, otoño.*

Sharon Dirckx conocía muy bien las montañas y los lagos a ambos lados de la frontera. Muchos habitantes del sur de Ontario provenían del otro lado de la frontera, que habían llegado allí buscando mejores condiciones salariales que en su país. Las malas cosechas de los años veinte y la Gran Depresión fueron los dos motores de repoblación del sur de Canadá. Una tierra dura y difícil, como aquella, siempre había sido un reto para sus habitantes. Ella lo sabía mejor que nadie. Llevaba unos meses viviendo en una cabaña apartada, a algo más de treinta millas de la ciudad, comunicada con el resto del mundo por carreteras de tierra y pequeñas vías para leñadores. Era consciente de que en cuanto llegaran las primeras nieves el acceso quedaría bloqueado, pero no tenía otro lugar al que ir. En las últimas semanas se había dedicado a preparar la cabaña para el invierno: tapando las rendijas con brea, cambiando los cristalitos rotos de las ventanas por pedazos de madera y reparando las goteras. Se había hecho con leña suficiente, latas y queroseno para las lámparas, un rifle y varias cajas de municiones para sobrevivir, aunque era consciente de que todo aquello no sería suficiente para pasar el largo invierno canadiense.

Miraba las noticias en un viejo televisor, que tenía una antena de satélite que había visto en la basura, la señal no era muy clara, pero se escuchaba y veía más o menos.

Nunca se había imaginado que terminaría siendo una fugitiva acusada de asesinato, pero su viejo jefe, el *sheriff* de International Falls, la había acusado de sus crímenes y ahora la buscaban varias agencias federales. Sabía que la única forma de poder regresar a su vieja vida era buscándole y

desenmascarándole. se había jubilado unos meses antes y se encontraba en paradero desconocido. No era muy difícil buscar a dónde le llegaban los cheques de la jubilación, pero sin pruebas, de poco servía encontrarle, a no ser que le pegara un tiro en la cabeza y quisiera pasar el resto de su vida huyendo. Sharon conocía perfectamente la respuesta a esa pregunta. No tenía vocación de fugitiva.

La joven cogió las últimas provisiones y lo guardó todo en el maletero; estaba a punto de marcharse, cuando vio a un hombre pelirrojo, con una gorra de béisbol y la barba espesa. Ella se le quedó mirando, como si le sonara de algo, aunque no lograba recordar de qué. Se subió en su furgoneta sucia y destartalada, agachó la cabeza e intentó concentrarse.

–¡Mierda! –exclamó mientras le venía a su mente una imagen nítida del lugar en el que había conocido a aquel tipo. Había sido un año antes en la granja de su jefe. Al parecer era uno de los aparceros contratados para recolectar patatas, uno de los pocos productos que se daban en la zona. Se fijó en él por el tatuaje de serpiente que le recorría todo el pálido cuello y lleno de lunares.

El hombre montó en una furgoneta Ford último modelo y salió a toda velocidad del aparcamiento. Ella arrancó e intentó seguirle discretamente, pero no fue sencillo. Aquel tipo corría como un diablo, adelantando a todo lo que se interponía a su paso. Al final se dirigió por la 11 hacia Nigigoonsiminikaaning, la reserva de los indios americanos couchiching, mitaanjigamiing, naicatchewenin y nigigoonsiminikaaning.

Intentó mantenerse a cierta distancia, ya no había casi circulación y no era muy difícil darse cuenta de que la seguían. Sharon conocía bien la zona, era cierto que a ambos lados había decenas de pistas forestales y caminos sin salida, pero esperaba que el tipo llegara hasta la desviación. Después tomó un camino de tierra, condujo otros cinco kilómetros y llegó a una zona vallada,

cerca del lago. Ella aparcó discretamente fuera del camino, entre los arbustos, caminó los últimos dos kilómetros a pie y saltó la alambrada con facilidad. Se encontraba medio oxidada y por algunas partes suelta. Caminó hasta lo que parecía una casa grande de madera. Había luz en las ventanas, dos coches aparcados en la entrada, un granero y cientos de piezas de desguace amontonadas al otro lado del granero.

Sharon se aproximó sigilosa. Todavía quedaba un poco de luz, pero en unos minutos el sol desaparecería entre las copas de los árboles y se encontraría en total oscuridad. Portaba una linterna en el bolsillo, pero había dejado su arma en la cabaña. Únicamente llevaba un cuchillo de caza en el cinturón y las agallas de varias generaciones de tramperos del norte de los Estados Unidos. Entonces escuchó a dos o tres perros gruñir entre las piezas de coches. No los vio con claridad, pero sí cómo sus ojos rojos brillaban en medio de la oscuridad. Sintió un escalofrío y se quedó quieta, como si la inactividad pudiera volverla invisible ante aquellos gigantes animales. De repente decenas de dientes brillaron en la noche y Sharon comenzó a correr. Si no salía de allí cuanto antes y la alcanzaba aquella jauría, no solo sería descubierta sino, antes de que sus amos llegaran a separarlos, la habrían despedazado como si fuera un trozo de carne.

## 2.RECUERDOS

*Kabetogama, Minnesota, otoño.*

Jane recordaba perfectamente el verano del año anterior. Habían ido en familia a pasar unos días a Canadá. Vivían a las afueras de Oslo y eran unos amantes de los deportes de riesgo y el senderismo. En muchos sentidos eran la familia perfecta. Acababan de cumplir los cuarenta, tenían dos hijos adolescentes, el segundo adoptado de China; eran vegetarianos, deportistas y activistas en varias causas humanitarias y ecologistas. Dedicaban sus vidas a mejorar el mundo y fomentar ese mismo espíritu en sus hijos. Jacob, su esposo, se dedicaba a la docencia en la Universidad pública de Oslo. Ella era una conocida abogada de derechos humanos, que defendía a los refugiados y presentaba casos de crímenes contra la humanidad en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo. Por eso tenía que viajar una semana al mes, pero Jacob era un padre excepcional que se le daban muy bien los críos, además Edda y Stephan eran dos buenos hijos. Ella era más estudiosa, brillante y extrovertida. Stephan, tal vez por su aspecto oriental, le costaba entablar nuevas relaciones, era muy bueno en ciencias, pero no se esforzaba demasiado.

Los cuatro llegaron allí para pasar las últimas semanas del verano. Sabían que el tiempo cambiaba de forma brusca en aquellas fechas y que era normal que se produjeran tormentas, pero les encantaba el campo y siempre iban muy bien equipados. Aquella segunda semana de septiembre fue especialmente tormentosa. Los arroyos corrían crecidos por las lluvias y tenían que refugiarse en las tiendas de campaña impermeables durante horas. Jacob decidió que ese era el último día que pasarían allí. En el camino de vuelta únicamente se cruzaron con un grupo de hombres canadienses, parecían leñadores. A ella no le causaron buena impresión y le pidió a su esposo que se alejaran de la zona lo antes posible, pero la tormenta les obligó

a acampar cerca del punto de encuentro donde los recogería una de las lanchas del complejo vacacional. Se acostaron como siempre, durmieron de un tirón, pero a la mañana siguiente Edda ya no estaba, como si se la hubiese tragado la tierra, había desaparecido. Su hermano la escuchó levantarse para orinar en mitad de la noche, pero al rato se quedó dormido de nuevo. La buscaron durante horas, los padres corrían angustiados de un lado al otro, mientras Stephan no dejaba de llorar y culparse por lo ocurrido. Al no regresar al punto de encuentro, dos monitores salieron a buscarlos. Los encontraron calados hasta los huesos, llenos de heridas por las caídas y los roces con las ramas y desesperados. Estaba anocheciendo y, después de mucho insistir, lograron que regresaran con ellos al campamento. Aquella misma noche dieron la voz de alarma. Los guardabosques y varias unidades de policías comenzaron la búsqueda al día siguiente, prolongaron las partidas durante dos semanas, pero fue inútil. Lo único que se encontró de Edda fue su sudadera desgarrada colgada de una rama. Tenía restos de sangre y los guardabosques determinaron que había sido atacada por un oso y era mejor que dejaran de gastar recursos y energías para buscar su cuerpo. Ella no se rindió, continuó otras dos semanas, pero Jacob no parecía estar de acuerdo. Le pidió que regresara. Él no era capaz de entender lo que ella sentía. Sabía que estaba viva en alguna parte. Algo en su interior le gritaba que siguiera buscándola, que no podía dejarla sola.

Algo más de un año más tarde, Jacob y ella se habían separado, aunque no habían formalizado el divorcio. Stephan prefirió quedarse con el padre y ella utilizó todos sus ahorros para lo único que le importaba en el mundo: buscar a su pequeña.

Mientras la lancha avanzaba por la isla, el cielo se oscureció de repente, como aquella noche de su desaparición. Se colocó el chubasquero y bajó en el mismo punto de encuentro, caminó por todos los senderos y registró la

zona cercana.

–¿Dónde estás, cariño? –comenzó a gritar desesperada. Las gotas de lluvia resbalaban por su cara pálida y sus ojos brillantes y azules.

–No está aquí. Se la debieron llevar a otro sitio. Levantó la tienda en un lado, se metió dentro y se quitó la chaqueta. No hacía frío, la temperatura era agradable, encendió una luz y comenzó a examinar la zona en un mapa. No había pueblos ni ciudades cerca, aquel sitio era una de las partes más despobladas del mundo. Eso no quería decir que no estuviera habitado. Pequeñas aldeas de dos o tres familias, algunas granjas, cabañas para pescar y tienditas en medio de los caminos, aparecían desperdigadas por todas partes.

–¿Dónde estás? ¿Dónde te han llevado?

Jane había leído mucho sobre la zona en los últimos años. Las noticias apuntaban a la desaparición de casi cien personas en Ontario, en la zona fronteriza. Familias enteras, algunos hombres, pero en su mayoría eran niñas y chicas entre los once y diecisiete años. Siempre sucedía en lugares distintos, pero la mayoría se producían durante los periodos vacacionales y eran extranjeras.

Jane había señalado en el mapa los lugares de las desapariciones. Después los había unido formando algo parecido a una estrella, las líneas se cruzaban por un punto cercano a Sandpoint Island Provincial Park. Al día siguiente se dirigiría allí. Una zona que en aquellas fechas estaba casi desierta, pero no le importaba. Tenía provisiones para una semana y una lancha con combustible suficiente.

Se recostó en el saco e intentó dormir un poco. A cada momento venían a su mente imágenes de su familia, de los viajes, de los momentos tristes y alegres que habían vivido durante todos aquellos años. Pensó en Jacob y sintió una punzada en el corazón, después la imagen de Edda acudió a su mente. Comenzó a llorar, había pasado un año. Se imaginó el tierno cuerpo



de su hija devorado por las fieras, el terror que habría pasado durante tanto tiempo. Estuviera viva o muerta necesitaba encontrarla. Muchos le pedían que pasara página, tenía otro hijo y un marido que cuidar, pero era imposible. Aquella niña que había llevado nueve meses en su seno formaba parte de ella para siempre. Dejó que el agotamiento la relajara un poco e intentó visualizar a su hija viva y a salvo, no podía perder la esperanza, aunque fuera doloroso aferrarse a la improbable idea de que estuviera viva e intacta.

### 3.HIJA

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Isabelle miró de nuevo los barrotos del sótano, se subió a unas cajas e intentó moverlos sin éxito. No sabía nada de su familia, pero estaba convencida de que su madre no dejaría de buscarla. A veces le venía a la mente la muerte de su padre y no quería pensar en los pobres Steve y Charlotte. Ella desconocía que sus padres estaban muertos, que su hermano había sido rematado por el *sheriff* y que Charlotte se encontraba ahora en su poder. Ella llevaba varias semanas encerrada, la dejaban salir para que le diera algo el sol, comía bien y por lo que había escuchado a sus captores, la estaban preparando para una entrega especial. Ella prefería no saber a qué se referían, aunque ya no era una niña y se lo podía imaginar. Por eso se resistía a comer, se golpeaba e intentaba escaparse, siempre que se le presentaba una oportunidad.

En la casa había cuatro personas. Tres hermanos, rudos, peludos y con largas barbas rubias que, a pesar de su imagen de hombres duros, estaban completamente dominados por una mujer mayor, pequeña y de aspecto frágil. La mujer, a la que sus hijos llamaban Bárbara, parecía inofensiva, pero si uno se fijaba con cuidado en sus ojos de color negro, podía observar la maldad en estado puro. Ella era la que le bajaba la comida tres veces al día, solía peinarla y le permitía lavarse en una palangana grande dos veces a la semana. Cuando se resistía o se rebelaba, la mujer llamaba a uno de sus hijos y la obligaban a comer.

Isabelle intentaba todo tipo de jugarretas para provocar a los tres hermanos: les tiraba las heces de la palangana o la orina, les escupía, salía corriendo cuando la sacaban al patio. Siempre las cosas terminaban de forma similar: ella magullada por las ramas, regresando a la casa en el hombro de uno de los gigantes.

Aquella tarde se aproximó de nuevo a las rejas y miró a la familia de

tramperos. Faltaba el mayor, que había salido a buscar provisiones al pueblo, los otros bebían cerveza y se entretenían tirando piedras a unas latas oxidadas.

–¿Cuándo la llevaremos a la casa? Necesitamos dinero cuanto antes –dijo el hermano mediano.

La madre frunció el ceño y encendió un cigarrillo, echó varias bocanadas antes de contestar.

–Si se vende un producto antes de tiempo, perderemos parte del beneficio. ¿No te enseñaron nada en la escuela? La chica tiene que coger algo más de peso y también volverse más dócil. Algún ricachón pagará una gran suma por su virginidad, pero si al llevarla a la cama esta gata comienza a arañarle, nuestros socios no cobrarán y nos pedirán cuentas. Además, no querrán más chicas nuestras.

El pequeño afirmó con la cabeza, como si hubiera entendido algo, pero era el más corto de los tres. Su coeficiente intelectual era menor que el de un niño pequeño, aunque era el más fuerte y alto de los tres.

–El *sheriff* ya no está en el negocio, ¿quién nos traerá nuevas chicas? –preguntó el hermano.

–¿Chicas? De eso no faltará nunca en esta zona. Llegan con sus pantalones recortados enseñando las nalgas, se sienten seguras con sus familias, pero en este lugar a cientos de kilómetros de la civilización con bosques impenetrables y llenos de animales peligrosos, es fácil que nos llevemos dos o tres chicas al año sin que nadie sospeche. Ese maldito *sheriff* se quedaba con más de la mitad del dinero, ahora podremos quedarnos con todo –contestó la mujer.

La chica se apartó de la ventana cuando la señora giró la cabeza; después se sentó en una de las sillas y comenzó a pensar. Tenía que trazar un plan. Hasta ese momento lo único que había intentado era escapar, pero a dónde se

dirigiría. El bosque era muy extenso y peligroso, además no tenía provisiones o armas con las que defenderse.

Escuchó el motor del coche, el hermano mayor bajó con unas bolsas y se dirigió a la cocina. Escuchó sus pasos sobre su cabeza, después se detuvo, abrió la puerta del sótano y la llamó desde la parte de arriba.

—¡Niña! Es tu hora de paseo.

Isabelle subió las escaleras, el hombre la agarró por el brazo y la sacó al porche. La luz directa del sol la cegó un poco, pero agradeció sentir el viento fresco sobre la piel y aquella sensación de libertad.

—Pórtate bien, la semana pasada intentaste escapar dos veces. No te he partido la crisma porque te necesitamos de una pieza, pero no me pongas a prueba.

La chica asintió con la cabeza, después bajó las escaleras y se sentó junto a la mujer. Esta le puso un vaso de limonada natural muy dulce. Después de tomarla de un trago, la mujer le sirvió una segunda vez. Sin más dilación, Isabelle devoró los sándwiches de Nutella y crema de cacahuete.

Los tres hermanos se fueron hasta el granero, estaban preparando el lugar para meter su cosecha de maíz. Era una cosecha pobre, minúscula y que apenas les alimentaría un par de meses, al igual que su huerto y las gallinas. Aquella era una forma de vida miserable, la pobreza y la endogamia había embrutecido a los pioneros de aquellos lagos fríos y solitarios. La llegada de turistas no había mejorado mucho su forma de vida.

La chica pidió permiso para ir al baño. La mujer le hizo un gesto con la cabeza y, mientras los hermanos seguían en el granero, ella buscó en la chaqueta del mayor las llaves de la destartada furgoneta, cuando logró hacerse con ellas corrió lo más rápido que pudo, se acercó a la puerta y, después de abrir con cuidado la mosquitera, se dirigió hasta el vehículo aparcado a pocos metros de la casa. La mujer no se percató, estaba sentada de

espaldas dando instrucciones a los inútiles de sus hijos.

Isabelle logró meter la llave en el contacto, le temblaban las manos y sudaba copiosamente. Sabía que en cuanto escucharan el motor apenas le quedarían unos segundos para escapar de allí a toda velocidad. Giró la llave, pisó el acelerador y la furgoneta se movió, puso la marcha atrás, dio un quiebro, las ruedas derraparon en la tierra y el coche salió hacia el camino.

Los tres hombres salieron corriendo del cobertizo, la mujer se puso en pie con dificultad y les ordenó que la siguieran.

El más grande y joven corrió tras la furgoneta, el mayor se internó entre los árboles para intentar sorprenderla al final del sendero. Ella no hacía más que mirar por el espejo retrovisor, intentando tranquilizarse a medida que observaba cómo la granja comenzaba a empequeñecer en el horizonte y después desaparecer entre los árboles. Los hermanos apenas lograron correr detrás del coche durante un kilómetro. Comenzaba a sentirse segura, cuando al dar una curva, apareció justo en medio del camino el hermano mayor. Instintivamente pisó el freno a fondo. El coche levantó una gran polvareda, pero se paró justo a medio metro del hombre, que la miró furioso. Isabelle metió la marcha atrás e intentó esquivarlo, era su única oportunidad, debía salir de ese maldito bosque y regresar a casa.

## 4.ENCUENTRO

Charlotte no era tonta. Muchos adultos piensan que los niños no entienden nada, que es sencillo engañarlos y con unos regalos, acompañados de palabras bonitas, es suficiente para convencerlos. Desde el día en el que aquel hombre, el *sheriff*, la recogió y la llevó a su casa, no se había fiado de él. Era mucho más fácil escapar e intentar pedir ayuda. Estando en Internacional Falls hubiera sido fácil hacerlo, otra cosa es que las autoridades hubieran creído a una niña, sobre todo si el hombre que iba con ella era un *sheriff*. Después de pasar unos días en su casa, el hombre le llevó una maleta pequeña y le dijo que se trasladarían más al sur, cuando ella le preguntó por su familia, simplemente se limitó a contarle que era una testigo protegida por todo lo que había sucedido y que la familia estaría separada un tiempo. Ella había visto algunas películas y siempre mantenían unidos a todos los miembros de la familia.

Llegaron después de dos días en coche a una zona verde y pantanosa, el calor era pegajoso y al parecer no se encontraba lejos del mar. El hombre no le permitía usar aparatos electrónicos y le tenía bloqueados todos los canales que no fueran infantiles. Estaba en época escolar, pero no la inscribió en ninguna escuela y le comentó que le daría clase él mismo. Lo cierto era que, tras dos semanas más en el sur, no había cogido un libro. No era algo que le importase demasiado, pero echaba de menos a su madre y a su padre, también a los gemelos, pero sobre todo a Victoria. Su madre era la mejor del mundo. Jugaba con ella, dibujaban juntas todo tipo de cosas, hacían galletas y salían a pasear por el parque, cuando vivían en Londres.

Charlotte aprovechó que el *sheriff* estaba en una de sus largas siestas, para robar su teléfono móvil. Si buscaba el mapa o la aplicación del tiempo, podría al menos saber dónde se encontraba. Tomó el viejo Nokia y lo encendió, pero

para su sorpresa no tenía ninguna de esas aplicaciones. Era realmente un teléfono, en la más simple realidad del término. Dejó de nuevo el aparato sobre la mesilla, observó al hombre roncar un rato y después se fue hasta la entrada, se sentó a la sombra y miró el camino. La casa estaba a las afueras y, por lo que había comprobado, únicamente pasaba un par de coches al día, que pertenecían a los vecinos de unas granjas cercanas.

Llevaba algo más de una media hora jugando con unas tazas y platos en el porche, cuando se acercó la furgoneta de uno de los vecinos. Se detuvo justo en la puerta y una cabeza con el pelo totalmente blanco se asomó, le mostró su sonrisa y le dijo con un acento extraño:

–Hola jovencita, creo que sois los nuevos inquilinos de la granja Green. ¡Bienvenidos! ¿Te gusta la tarta de zanahoria? Hago una de las más ricas de la comarca. ¿Querías probarla?

Charlotte desconfiaba de los extraños, pero aquella era una oportunidad perfecta para enterarse de dónde se encontraba.

–Señora, me gusta mucho la tarta de manzana y calabaza, la de zanahoria no la he probado jamás. A mi madre se le da muy bien cocinar y yo la ayudo a veces.

La mujer volvió a sonreír, después paró el motor y se bajó de la furgoneta. Era mayor, aunque no parecía una abuela, guapa, con el pelo corto y blanco, los ojos verdes y la piel tostada por el sol.

–Me llamo Jocelyn Blue, ¿cómo te llamas, pequeña? –le preguntó extendiendo la mano.

La niña se lo pensó un poco. Si era verdad lo que había contado el hombre, estaban en el programa de protección de testigos, dar su verdadera identidad era un problema.

–Mary, como mi madre –le mintió.

–Bonito nombre, mi abuela se llamaba igual. Pero no está tu madre

contigo. ¿Verdad?

La niña se rascó la nariz algo nerviosa, no le gustaba mentir, tampoco hablar con desconocidos, dos cosas que su madre le tenía terminantemente prohibido. Ahora no estaba ella y debía ser astuta.

–No, vivo con mi abuelo.

–¿Cómo se llama tu abuelo?

–Mike Sullivan, para servirle señora –dijo el hombre saliendo con la camisa desabotonada, por lo que su inmensa y blanca barriga brillaba al sol de la tarde.

–Encantada de conocerle. Estaba hablando con su nieta...

–La niña es muy charlatana, no tiene que hacerle mucho caso, llevamos poco en el condado y no sabemos cuánto nos quedaremos, sus padres tienen problemas, ya me entiende, y quieren que pase una temporada con el abuelo Mike, pero yo me paso el año de un lado para el otro, soy aficionado a la pesca y jubilado.

–Le entiendo, un día de estos les traeré una de mis ricas tartas. Siempre hago un par los sábados para llevar a la iglesia el domingo. Soy de la congregación “Gracia Divina”, la iglesia que está a la entrada del pueblo, como buenos vecinos tenemos que ayudarnos unos a otros.

–Gracias, nosotros no somos muy religiosos, mis padres eran episcopales, pero yo nunca visito iglesias, mi nieta tampoco –contestó arisco.

La mujer se sintió algo incómoda, se dio media vuelta y entró en su furgoneta. Después saludó con la mano a la niña y arrancó. Un humo gris salió del viejo tubo de escape y el vehículo se puso en marcha. Mientras se alejaba por el camino polvoriento, la mujer no dejaba de pensar en la niña. No se parecía en nada a su abuelo, aunque lo que más le preocupaba no era eso. Su mirada, el gesto de su cara, la forma de hablar de la pequeña, no parecían naturales. Se prometió observar detenidamente la casa, en cuanto



viera algo extraño no dudaría en llamar a la oficina del *sheriff*. Se oían tantas cosas sobre niños y chicas secuestradas. Ya no te podías fiar de nadie, pensó mientras llegaba a su casa. Vivía sola con sus gatos y varias vacas, era la forma que había elegido, pero sintió un escalofrío al abrir la puerta, por primera vez, en mucho tiempo, tenía miedo, aunque no podía explicar muy bien por qué.

El *sheriff* se tocó la tripa, después se abotonó un par de botones y vio cómo la furgoneta se alejaba. Aquella mujer le había parecido una vieja entrometida, de esas que no podían estar con la boca cerrada. Tal vez aquella noche le haría una breve visita, la única forma de que una cotilla no extendiera rumores sobre ellos era que dejara de respirar. En boca cerrada no entran moscas, se dijo mientras regresaba dentro para prepararse un *gin tonic* bien frío.

## 5.CANADÁ

*En algún lugar al norte de Fort Frances, Canadá, otoño.*

Sharon sabía que pensar no era una buena opción, en algunas ocasiones las piernas eran la mejor herramienta para escapar de un problema, aunque sabía que no aguantaría mucho, los perros no tardarían en darle alcance. En unos segundos se había girado y corría a toda velocidad hacia la valla metálica, sentía justo detrás las fuertes patas de los animales retumbando en el suelo, los jadeos y ladridos, pero comenzó a preocuparse cuando pudo sentir su aliento fétido casi a la altura de sus piernas. No podía llegar a la valla, la mejor opción era alcanzar un árbol, pero entonces los animales la acorralarían y sus amos no tardarían mucho en ir a ver qué sucedía.

La mujer pegó un salto y subió a uno de los árboles, los perros se quedaron alrededor del árbol ladrando y dando brincos, afortunadamente se encontraba fuera de su alcance. Miró la rama larga y gruesa que terminaba justo encima de la valla y pensó que debía intentarlo. Se tumbó sobre ella y comenzó a arrastrarse. Abajo los perros gruñían y le enseñaban los colmillos amarillentos. Si se caía no tardarían en matarla a dentelladas. Decidió no mirar más abajo y concentrarse en su objetivo. A medida que avanzaba la rama parecía más inestable y comenzaba a curvarse hacia abajo. Apenas estaba a un par de metros, cuando escuchó el primer crujido.

–¡Mierda! –exclamó asustada.

Los perros la miraban ansiosos, como si no hubieran comido en semanas o simplemente disfrutaran pensando en que aquella noche cambiarían su menú de sobras y ratones de campo.

Sharon extendió el brazo, casi podía tocar la alambrada, se alargó un poco, pero la rama ya no resistió el peso y se quebró. Cayó sobre dos de los animales, que huyeron doloridos, el tercero la miró desafiante. Su cabeza era casi tan grande como la de una persona. Tocó su pierna y palpó la funda del

cuchillo, pero ya no estaba allí. Miró a un lado, la hoja resplandecía a pocos metros.

–Tranquilo animalito –dijo suavemente a la bestia, pero esta se puso rígida, como si estuviera a punto de lanzarse sobre ella.

La chica reaccionó saltando hacia el cuchillo, el animal lo hizo casi simultáneamente, Sharon logró aferrar el arma por la empuñadura, lo levantó y el perro aterrizó justo encima. La hoja atravesó la piel, los músculos y le atravesó el corazón. Las miradas de ambos se cruzaron, el animal parecía presentir su muerte, dio un leve gemido y se derrumbó justo al lado.

La mujer se estaba incorporando cuando vio acercarse de nuevo a los otros dos animales, pero esta vez no venían solos, tres hombres con armas los seguían a la carrera.

Se incorporó lo más rápido que pudo y saltó hacia la alambrada, esta se zarandéó como un columpio, levantó la pierna e intentó pasar al otro lado justo cuando una dentellada mordió su bota. Estaba atrapada. Intentó zafarse, pero el perro la había agarrado con fuerza, entonces con la otra pierna le pegó en el hocico. El animal soltó la presa y gruñó de dolor. Sharon logró saltar al otro lado y comenzó a correr entre los árboles. Los hombres abrieron la verja y corrieron tras ella, con el único perro que aún les quedaba. El animal iba el primero, uno de los hombres se detuvo y disparó su arma. La mujer sintió el silbido de la bala por encima de su cabeza y comenzó a correr en zigzag. Apenas quedaba luz, pero las linternas de los perseguidores la enfocaban de vez en cuando.

Entonces vio el agua, si se metía en el lago el perro perdería la pista. A aquellas horas la temperatura del agua era muy baja, pero era mucho mejor que recibir un tiro, un mordisco o que aquellos individuos la atraparan. Se acercó a la orilla y sin pensárselo dos veces se lanzó.

Los perseguidores escucharon el chapoteo, el perro se quedó parado justo

en la orilla y cuando llegaron, jadeantes y furiosos, miraron a la inmensa neblina sin saber qué hacer. Uno de ellos disparó aleatoriamente al agua.

—¿Qué haces? No desperdicies balas. Mañana la buscaremos, el perro le arrancó un trozo de camiseta. No irá muy lejos empapada y a pie. Tenemos que encontrar su vehículo.

El grupo de hombres se alejó, mientras Sharon permanecía bajo el agua. El frío le agarrotaba los músculos, notaba cómo el aire de sus pulmones se agotaba poco a poco. Le comenzó a doler la cabeza, pero se mantuvo todo lo que pudo debajo de la superficie. Pasado algo más de un minuto sacó la cara y respiró hondo. El aire que entró atropelladamente en su boca le devolvió a la vida. Se quedó muy quieta hasta que las voces se alejaron. Permaneció en el agua media hora más. Su cuerpo estaba perdiendo el poco calor que le quedaba, al final salió hasta la orilla a rastras y se quedó tendida, con la mirada perdida en el infinito cielo estrellado.

En cuanto percibió que el frío la paralizaba de nuevo se puso en pie, temblaba y sentía los músculos entumecidos. Caminó hacia el coche. Se encontraba un poco desorientada, pero logró llegar hasta el sendero y después al lugar en el que había aparcado, pero no había ni rastro de su vehículo.

—¡Mierda! —exclamó medio congelada, aturdida y asustada. Había realizado muchos cursos de supervivencia, por eso buscó un lugar resguardado, en el que no sintiera el aire frío del norte. Se quitó toda la ropa menos la camiseta interior y las bragas. Encendió un pequeño fuego, temía que lo vieran sus perseguidores, pero era peor morir congelada. Dejó que la ropa se secase y cuando lo logró, se cambió la ropa interior mojada, por la camiseta y el pantalón. Se calentó en el fuego, aquellos destellos de luz la relajaron un poco. Era inútil caminar en plena noche, terminaría desorientándose. La única forma de salvar aquella situación era haciendo exactamente lo contrario de lo que sus perseguidores esperaban. Por eso, a las cuatro horas se encaminó de

nuevo a la finca. Debía neutralizar a los dos perros vivos, aunque esperaba que con su ropa limpia no la reconocieran. Uno de ellos tenía el hocico partido y el otro estaba algo contusionado.

Caminó hacia la casa como las moscas a una lámpara ultravioleta, atraída por la luz hasta su propia muerte. Aunque Sharon ya no encontraba demasiadas razones para vivir. Su abuelo y hermana estaban muertos hacía tiempo, había perdido su trabajo y la perseguían como fugitiva. Los tipos que le habían hecho todo eso estaban en aquella maldita casa y, sobre todo, debían conocer el paradero de Isabelle y el *sheriff*, que se había llevado a Charlotte a otro estado.

Saltó la valla, se refugió en la parte alta de un pajar y al final terminó por dormirse. Los hombres saldrían a buscarla al amanecer, ella tendría la posibilidad de fisgar a su gusto en la casa y esperarlos allí. Después únicamente la suerte determinaría si era aquel el día de su muerte o le concedía de nuevo una prórroga, las dos cosas le parecían bien. Aunque no quería irse de este mundo hasta que hubiera dado con las chicas y las hubiera puesto a salvo.

## 6.CÓMPLICE

*Sandpoint Island Provincial Park, Canadá, otoño.*

Se despertó temprano y comenzó a andar. Aquella era una de las pocas actividades que la relajaban de verdad. No solía pensar mucho y, cuando lo hacía, su mente vagaba sin rumbo, como un barco a la deriva. Atravesó la inmensa isla durante la mañana, no encontró casas, cabañas ni rastros de presencia humana. Al principio se desesperanzó, pero después intentó pensar de manera positiva. La policía, los guardabosques y los voluntarios no habían encontrado nada en semanas, no iba ella a descubrir una pista o el rastro de su hija en unas horas.

No sabía bien lo que buscaba, pero se había imaginado una cabaña disimulada, una cueva o cualquier indicio de civilización. Caminó durante el resto de la tarde, estaba agotada. Sabía que el cansancio también era bueno, el cuerpo era lo suficientemente inteligente para ahorrar energía, si agotaba sus fuerzas en caminar, ya no tendría muchas para pensar.

Se sentó sobre una roca y observó por primera vez el impresionante paisaje. En aquel lugar se mezclaban sentimientos muy distintos: por un lado, la soledad más absoluta, donde resulta estúpida la idea de que el ser humano era el rey de la tierra; por otro, la vulnerabilidad y pequeñez ante aquella majestuosa naturaleza. Aún no entendía cómo el hombre, tan insignificante y efímero, había logrado hacer tanto daño a algo tan inmutable y poderoso. En el fondo sabía que los daños de la raza humana a la naturaleza no perdurarían mucho, desaparecería como especie y la Madre Naturaleza sabría muy pronto recomponerse, expulsando las ciudades, la contaminación y la tecnología del planeta, como un cuerpo extraño que eran.

Intentó dejar sus pensamientos y centrarse en la misión. Si se ponía en la piel de los secuestradores sería más fácil. Pensó que, si alguien se había llevado a Edda, sin duda la había llevado hacia el norte, al interior de Canadá,

lejos de los Estados Unidos. Eso le convenció de que, si había un lugar donde esconderla, estaría en la parte norte de la isla. Se encaminó hasta allí y comenzó a bordear la costa. Eran muchos kilómetros, pero si se hacía de noche acamparía y continuaría al día siguiente.

Después de dos horas de caminata, cuando el sol comenzaba a aflojar en el horizonte, observó una pequeña cueva medio escondida. Estaba a punto de entrar, pero unos pasos la pusieron sobre alerta. Se giró y no vio nada.

–Creo que me estoy volviendo loca –se dijo, riéndose de sus temores.

Movió unas ramas, se asomó a la gruta y estaba a punto de encender la linterna cuando escuchó de nuevo el ruido de una rama rota. Pensó que se trataría de algún animal. No se había encontrado con muchos, las especies que habitaban aquella zona eran muy discretas. Ellas te veían a ti, pero rara vez se dejaban ver.

Regresó a su intento de entrar en la cueva, cuando sintió algo justo detrás, se giró y vio a un hombre alto, vestido con una chaqueta de piel y un sombrero de ala ancha. Se quedó paralizada, sin saber qué hacer o decir.

–No puede entrar en esa gruta –dijo el hombre en un inglés lento y torpe, como si no estuviera acostumbrado a hablar, al menos en ese idioma.

–Lo siento –contestó ella nerviosa.

–Estas son las tierras de mis antepasados, aquí enterrábamos a los guerreros más valientes. Si entra, profanará su descanso.

–No lo sabía –dijo ella dando un paso atrás. El hombre la miraba con el ceño fruncido y los puños apretados.

–¿Se ha perdido? Muy poca gente viene a este lado de la isla, la mayoría de los turistas se quedan en el sur, caminan un poco para sentir que han vivido una aventura y regresan a su vida artificial de la gran ciudad.

–No soy una turista, estoy buscando a una persona –contestó indignada. Aquel hombre arrogante quería intimidarla.

El nativo la miró curioso, como si por fin encontrara a una persona verdaderamente interesante.

–No he escuchado que se organizaran partidas de búsqueda en esta zona. ¿Quién se ha perdido?

–Mi hija, fue hace un año, aunque mucho más al sur, en la parte de los Estados Unidos.

El hombre se cruzó de brazos y la miró sorprendido.

–¿Por qué la busca aquí? No tiene sentido.

–Puede que no lo tenga, pero la verdad es que los servicios de emergencia la dieron por desaparecida, atacada por algún animal salvaje en plena noche. Yo creo que alguien se la llevó, en los últimos años han desaparecido muchas chicas de su edad, sobre todo en verano.

–¿Desaparecido? ¿En esta zona? No creo...

–No desaparecieron en esta zona, pero todas se esfumaron sin dejar rastro en un radio cercano, podríamos decir que esto es como el epicentro de los casos sin resolver, una especie de triángulo de las Bermudas.

–Entiendo...

–El triángulo de las Bermudas...

–No se moleste señora, soy nativo, pero no tonto. Estudié en la universidad de Montreal, hablo mejor el francés que el inglés. La vida de la ciudad no era para mí, echaba de menos esta riqueza, los bosques, los lagos, aquí están enterrados todos mis antepasados. Si le soy sincero, no entiendo a los blancos y sus ambiciones. La felicidad no se encuentra en las cosas, siempre está en el interior. ¿La persona a la que busca es su hija?

–Sí, tiene catorce años, se llama Edda, es rubia como yo, alta y espigada...

–No la he visto. En esta zona no nos cruzamos con mucha gente.

Jane le miró con tanta angustia, que el hombre se decidió a ayudarla. Se sentaron en unas rocas junto al río y comenzaron a hablar.



–Yo vivo en una cabaña a media hora caminando, no tengo lujos, pero puede pasar la noche. No he visto a chicas ni secuestradores en la isla. Le aseguro que, si alguien hubiera pasado por aquí, yo me habría enterado.

Jane encogió los hombros, estaba a punto de llorar.

–Cene algo y descanse, tiene que recuperar fuerzas. Le he dicho que en esta isla no hay nada sospechoso. Ni chicas ni gánsteres de esos que trafican con drogas. Lo que sí he visto ha sido paso de lanchas por el estrecho, una cada dos o tres semanas. Nunca las he seguido, pero sé hacia dónde se dirigen, puede que esa pista la lleve a algún lugar.

Jane pareció animarse de repente. El hombre se puso en pie, ella le imitó.

–Deme eso, lo cargaré yo. Esta noche será mi invitada –dijo quitándole la mochila de los hombros. Jane notó de inmediato el alivio en la espalda, llevaba todo el día con aquello a cuestas.

–Muchas gracias.

–En un lugar como este la ayuda mutua es esencial para sobrevivir. Hasta aquí no llegan las ambulancias o la policía. Tenemos que apañárnoslas por nosotros mismos.

Caminaron por la orilla en silencio, como si se tomaran un descanso de la charla de la playa. Al final llegaron hasta una cabaña humilde, con un embarcadero y una lancha atada. El hombre la invitó a entrar, mientras ella pasaba primero no dejó de observar su cuerpo dentro de sus pantalones ajustados, llevaba demasiado tiempo sin ver a una mujer y, mucho menos, tan bella como aquella. Pensó en lo agradable que sería poseerla, dejar por un instante que sus más bajos instintos se desataran, pero intentó borrar aquella idea de la cabeza. No quería volver a meterse en problemas; estaba allí y tenía aquella vida de ermitaño para pagar por sus muchos pecados. En la casa se estaba caliente, la chimenea permanecía encendida. La luz del exterior penetraba por las ventanas pequeñas. El lugar estaba limpio y ordenado, en

una estantería había un centenar de libros, además de una mesa, un sofá viejo, una cocina minúscula y una puerta que debía de dar a la única habitación. Por un instante Jane se puso nerviosa, había entrado sin pensarlo en la casa de un completo desconocido en mitad de la nada. Después dio un largo suspiro, lo único que le importaba era encontrar a su hija, todo lo demás carecía de sentido, incluida su propia vida.

## 7.CONFUSIÓN

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Intentó dar marcha atrás, aunque por un instante pensó que sería mucho mejor pisar el acelerador y pasar por encima del secuestrador. En ese momento se dio cuenta de que existen los hombres malos, porque son los únicos que se atreven a matar a otros como ellos. Todo lo que le habían enseñado –el valor de la vida, el respeto, la no violencia– la paralizaban. No podía romper con todos aquellos tabúes. Asesinar no era tan fácil como lo mostraban las películas y era consciente de que siempre debería cargar con ello.

La furgoneta retrocedió, ella giró el volante e intentó regresar en dirección a la casa. El hombre se aferró al parachoques y comenzó a golpear el parabrisas con furia.

–¡Niña estúpida, para la furgoneta! ¡Como le ocurra algo tú serás la única responsable!

Isabelle intentó no escuchar sus amenazas, no quería que el miedo volviera a paralizarla. El hombre quedó colgado de las manos con las piernas por los aires. Ella frenó en seco y pisó el acelerador, la cara del secuestrador se pegó al cristal. Ella aprovechó para frenar de nuevo y el secuestrador se derrumbó hacia un lado. Entonces dio un giro brusco al volante, la furgoneta estuvo a punto de perder el equilibrio, pero al final sus cuatro ruedas se pegaron a la tierra y salió a toda velocidad hacia la carretera principal.

El secuestrador se levantó dolorido, tomó un transmisor que llevaba en el bolsillo y comenzó a hablar.

–Se dirige a la carretera, no la dejes llegar al próximo pueblo.

Isabelle miró varias veces por el retrovisor, no se creía que hubiera logrado escapar. Lloraba por la tensión del momento, pero también al recordar a sus padres. Siempre se quejaba de ellos y sus hermanos, aunque sabía que su

familia era lo que más amaba en el mundo. Se secó los ojos con sus manos sucias. A pesar de los intentos de sus secuestradores por engordarla, estaba casi en los huesos. Su cuerpo se había desarrollado en las últimas semanas, menos su cara añorada de pómulos prominentes y piel morena.

Al terminar el camino de tierra había una carretera de asfalto estrecha, aunque en algunos tramos había más agujeros que asfalto y era más difícil conducir por allí que por las pistas. Se paró un instante antes de decidir si iba en una u otra dirección. No se orientaba muy bien, pero por la hora que era y la dirección del sol, intuyó que debía dirigirse hacia el oeste y tomó el camino de la izquierda. No sabía a qué altura estaría el pueblo, pero no debía ser a más de cuarenta minutos, por el tiempo que sus secuestradores tardaban en ir a hacer las compras.

Durante veinte minutos avanzó sin problemas. El depósito estaba casi lleno, el camino era más bien recto, aunque con subidas y bajadas, el único obstáculo eran los baches, algunos eran verdaderos socavones. Apenas apartaba la vista de la carretera, no quería tener un accidente justo cuando estaba tan cerca de conseguir su libertad. Continuó la ruta otros cinco minutos hasta que vio un edificio en un lado del camino. Parecía un pequeño supermercado con una gasolinera. Lo dudó un instante, pero al final se salió de la carretera y frenó bruscamente delante de la tienda. Seguramente podría encontrar un teléfono y llamar a la policía.

Isabelle dio un salto al polvoriento suelo, corrió hasta la tienda, pero la puerta principal estaba cerrada.

–No me lo puedo creer –comentó mientras tiraba inútilmente de la manilla.

Pensó en irse y continuar su huida, pero al final decidió dar la vuelta al edificio y probar por la puerta de atrás. Giró la manilla y esta abrió con facilidad. Un pasillo oscuro que parecía desembocar en el pequeño supermercado era lo poco que veía. Caminó despacio, tocando las paredes

con las manos, pero antes de llegar a la zona de la luz, escuchó una voz a su espalda.

–¿Qué demonios haces ahí?

La chica dio un respingo y se puso la mano en el pecho.

–¡Dios mío! Me ha dado un susto de muerte.

Una mujer con gafas, muy obesa y con un delantal sucio la observó con curiosidad y algo de fastidio.

–¿No has visto que la puerta está cerrada?

–Me ha ocurrido algo muy grave, necesito llamar a la policía.

La señora frunció el ceño, llevaba en la mano algo parecido a un bate de béisbol. Lo apoyó a un lado y se acercó hasta la joven.

–¿No serás una ladrona? Te aseguro que si intentas engañarme te reviento la cabeza.

–No, señora. Una familia me tenía encerrada y he logrado escapar.

La mujer pareció sorprenderse. Después le hizo un gesto para que se acercara.

–Lo siento, pequeña. Este mundo está cada vez más loco. Siéntate aquí mientras llamo a la oficina del *sheriff*.

Isabelle se sentó al lado del mostrador, la mujer tomó un teléfono sucio de color verde chicle. Marcó un número y esperó.

–Hola, soy Margerite, una chica ha llegado a mi tienda asustada. Dice que la han tenido secuestrada. ¿Puede venir lo antes posible?

La mujer colgó el teléfono y se sentó en una silla al lado de la mesa.

–¿Cómo te llamas?

–Mi nombre es Isabelle. Mis padres y hermanos vinimos unos días de vacaciones y nos asaltaron unos hombres en la parte de los Estados Unidos, después me entregaron a una familia que vive cerca de aquí.

–¿Cerca de aquí? No hay casas habitadas. La mayoría de la gente reside en

el pueblo. Las cabañas del lago se utilizan en verano para pescar o alquilarlas a algún turista. Los próximos meses suelen ser terribles, con metros de nieve, mañanas gélidas, pocas horas de luz. Las cabañas no están preparadas para un invierno tan duro.

–No lo sé, parecía como una pequeña granja con maíz y animales.

–¿La granja Yourcenar? Lleva muchos años cerrada, esa familia emigró a Toronto hace por lo menos dos décadas.

–Se lo aseguro.

–Tranquila, podrás contarle todo a la policía. Ellos sabrán qué hacer. ¿Quieres tomar algo caliente? Comienza a hacer frío.

–Me tomaría un chocolate caliente –dijo algo avergonzada, aunque por primera vez en mucho tiempo comenzaba a sentirse relajada y segura.

La mujer se dirigió a la parte trasera y regresó cinco minutos más tarde con dos tazas humeantes. Isabelle se calentó las manos, la mujer le colocó una manta en los hombros. Su ropa no era muy adecuada para principios de otoño, sobre todo al atardecer y por la noche.

Escucharon un coche patrulla que aparcaba al lado de la furgoneta, bajó un hombre grande, fornido, con un gran bigote. Miró la furgoneta, se asomó por los cristales sucios de la tienda e hizo un gesto a la mujer.

–Ahora vengo, cielo. Acábate el chocolate.

Isabelle se quedó sentada, mirando al hombre al otro lado. La mujer salió y se escuchó el avisador de la puerta.

–Hola Matthew.

–Señora –contestó tocándose la punta del sombrero.

–Está tranquila, no la alteres. Mi padre siempre decía que, si el ganado se pone nervioso, la carne se queda tensa y correosa.

–Tu padre era un pozo de sabiduría.

–Sí, no como los estúpidos hijos de mi hermana. Diles que es la última vez

que les salvo el culo. No quiero problemas, no me importan sus negocios, todos hacemos lo posible por sobrevivir.

–Ok, se lo diré. Descuide.

La mujer se giró hacia la chica y le hizo una señal con la mano.

Isabelle respondió, pero hubo algo en su cara, un gesto que le puso realmente nerviosa. Dudó un instante y después se quitó la idea de la cabeza. Eran simplemente una anciana encantadora y un policía canadiense, pensó mientras daba un nuevo sorbo a la taza.

La mujer comenzó a caminar con el agente hacia la tienda, mientras el sol comenzaba a ponerse entre los árboles. Isabelle bajó la vista y antes de que los dos atravesaran la puerta, observó cómo el policía tomaba sus esposas del cinto.

## 8.DECISIÓN

*En algún lugar al norte de Fort Frances, Canadá, otoño.*

Se despertó al escuchar los motores. Miró por una de las rendijas del granero y observó que dos furgonetas salían por el camino polvoriento. Esperó a que se alejaran lo suficiente. No estaba segura de cuántas personas había en la casa, pero contó que en las furgonetas viajaban cuatro hombres. Los perros estaban en la parte trasera de los vehículos, ladrando y moviéndose mientras una nube se alejaba de la casa. Después observó el edificio principal. Era de madera y piedra. Parecía sólido, una construcción antigua que había resistido el paso del tiempo, pero que ya no guardaba su gloria pasada. En aquella zona, además de la madera, muchos mineros se habían instalado para explotar diferentes minerales, aunque casi todos buscaban plata y oro. Los que se habían enriquecido, a mediados del siglo XIX, habían regresado a las grandes ciudades, pero otros habían preferido construir granjas o casonas por Ontario.

Sharon bajó por la escalera de madera y abrió una pequeña rendija en la puerta corredera. Miró a ambos lados y corrió hacia la casa. Sin duda esos hombres se pasarían todo el día buscándola por el bosque, pero había la posibilidad de que hubieran dejado vigilancia en la casa. Miró a un lado y vio su coche, esperaba que aún funcionara cuando tuviera que utilizarlo para huir. Aunque aquel era un problema del que no se podía ocupar en ese momento.

Subió al porche e intentó mirar entre los visillos y los cristales sucios, pero apenas logró vislumbrar nada. Comprobó el pomo, la puerta principal se encontraba cerrada, después lo intentó con las ventanas delanteras, se dirigió a la parte de atrás y abrió la puerta que daba a la cocina. Tampoco logró entrar.

—¡Mierda!

Se alejó un poco y golpeó la puerta con el hombro, tuvo que intentarlo tres veces antes de que el cerrojo cediera. El impulso hizo que se derrumbara en



medio del suelo de la cocina. Estaba tan pegajoso que se levantó con cierta repugnancia. Se puso en pie y contempló el fregadero repleto de loza, la encimera llena a rebosar de restos de comida, cartones de leche, latas de cerveza vacías y botellas de cristal.

Caminó hasta el salón, el desorden era generalizado. El suelo de madera, sucio y raído, había perdido casi por completo el barniz. A pesar de todo, la casa mostraba aún el diseño original y la grandilocuencia de su constructor. Subió la escalinata y miró una a una las habitaciones. Colchones en el suelo, camas rotas, armarios sin puertas. Una verdadera pocilga, pensó mientras bajaba las escaleras.

Vio una puerta que llevaba al sótano, no sabía lo que buscaba, pero era muy posible que fuera lo que fuera, estuviera allí abajo. Encendió la linterna de su teléfono y bajó con cuidado. La escalera estaba carcomida, faltaban varios escalones y el pasamanos parecía medio suelto.

Las paredes eran de roca, había varias puertas, pero no había nada de lo habitual en los sótanos de las casas, como trastos, refrigeradores, herramientas o una caldera de leña. Intentó abrir una de las puertas, pero estaba cerrada. Forcejeó un poco, pero sin resultado. Lo intentó con la segunda, pero con el mismo éxito.

–Estoy perdiendo el tiempo –se dijo mientras se daba media vuelta y se dirigía a las escaleras.

–¡Ayúdeme!

Escuchó una voz apagada que provenía de la puerta central. Se quedó quieta, en silencio, intentando afinar el oído, para no pensar que se había imaginado que alguien le pedía ayuda.

–¡Sáqueme de aquí!

Sharon se acercó a la puerta y comenzó a forcejear, la fuerte hoja metálica no cedía. Miró a su alrededor en busca de las llaves, pero lo único que vio fue

una barra de hierro tirada en el suelo. La tomó e hizo palanca. Empujó con todas sus fuerzas, lo intentó tres veces hasta que escuchó un chasquido y la puerta se abrió de par en par.

Una chica joven estaba en medio de la oscuridad, agitaba los brazos como si se encontrara en medio de un mar embravecido. Sharon entró y la agarró de las manos. Ella se puso en pie y pudo verla detenidamente. Era rubia, muy guapa, pero tenía un ojo morado, arañazos por todas partes y la ropa sucia y mal oliente.

–¿Quién eres?

No le dio tiempo a contestar. Se escuchó un ruido arriba y las dos mujeres se pusieron en guardia. La rubia comenzó a temblar y gemir como un bebé asustado. Ella intentó guardar la calma, sacó el cuchillo del cinto y lo blandió en la mano derecha. Miró a un lado y al otro, pero no encontró otra salida.

–Ven conmigo –dijo con una seguridad de la que ella misma se extrañó. La chica se puso a su espalda, sujetando su camisa, como si no quisiera perderse. Subieron las escaleras despacio. Abrieron la puerta del sótano muy lentamente. Sharon se asomó, pero no vio nada raro.

–Intentaremos llegar a mi coche, después espero que arranque. ¿Has entendido? –le preguntó en un susurro.

La chica afirmó con la cabeza. Caminaron despacio por el suelo de madera. Se dirigieron a la cocina, la puerta estaba abierta. Salieron, pero antes de que pudieran bajar las escaleras que las llevaban al jardín trasero, se toparon de frente con un hombre pequeño, calvo, delgado y de aspecto grotesco. Pensó que con un simple empujón le hubiera tirado por las escaleras. El tipo sacó una pistola y las apuntó.

Sharon se quedó parada. Estaba a punto de levantar las manos y tirar el cuchillo, cuando la chica salió de detrás de su espalda y empujó al hombre. Se escuchó un disparo que rompió el silencio del bosque.

Las dos comenzaron a correr hacia el comedor, lo atravesaron a toda prisa y después salieron por la puerta principal. Frenaron en seco en el porche, cuando otro hombre más grande y amenazante se encontraba a los pies de la escalinata.

–¡Joder! –gritó Sharon. Pegó un salto por encima del pasamanos y cayó en medio de un huerto. La chica la siguió y ambas corrieron hacia el coche. Se montaron a toda prisa y bloquearon las puertas. El hombre comenzó a golpear los cristales, Sharon giró la llave, que afortunadamente seguía en el contacto, pero el coche no arrancó.

El otro individuo llegó jadeando hasta ellas, se puso delante del cristal y las apuntó con el arma. Las dos mujeres se quedaron quietas, como si el hecho de no moverse las convirtiera en invisibles. Esperaron a que el destino les proporcionara una salida, aunque en el fondo Sharon sabía que la única forma de que las estrellas te fueran favorables era que te lanzaras a enfrentarte con tus peores pesadillas.

## 9.NOCHE

*Sandpoint Island Provincial Park, Canadá, otoño.*

No se dio cuenta de lo sola que estaba hasta que encontró a Lucke. El hombre parecía poco convencional: un nativo canadiense que había elegido regresar a la tierra de sus antepasados, antes que diluirse en la masa informe de la gran ciudad. Ella había visto por su profesión a decenas de inmigrantes de las partes más lejanas del globo que, tras uno o dos años en Oslo, habían perdido sus señas de identidad para intentar adaptarse a su país de acogida. Siempre había pensado que la integración en otro país era una pérdida, aunque en el fondo los entendía. Sufrían el rechazo por ser extranjeros. Lo único que podían hacer para pasar lo más desapercibido posible era vestir, comer y comportarse como la mayoría.

–Muchos creen que vivir en medio del bosque es sacrificado. Que los locos aventureros que lo hacemos nos perdemos muchas cosas y puede que sea cierto. Aunque la gran pregunta es: ¿hasta qué punto esas cosas son útiles? A medida que me he desprendido de casi todo, he descubierto que en el fondo no lo necesitaba y que me hacía muy infeliz. Un árbol trasplantado del Jardín del Edén a Central Park puede que se adapte, pero nunca será feliz.

–Bueno, en mi caso, soy una urbanita, he vivido siempre en la gran ciudad. Disfruto mucho del campo, del senderismo, de hecho, por eso vinimos aquí. Me gusta esa sensación de salir de la civilización, de alejarme del resto de seres humanos para sumergirme en la naturaleza salvaje –mientras pronunciaba aquellas palabras con una copa de vino en la mano, sintió un pinchazo en la boca del estómago. Recordó a su hija Edda, ella era también una gran amante de la naturaleza. Después se sintió culpable por aquellos minutos de paz, en los que no tenía que percibir la angustia que le producía el estar lejos de su hija.

El hombre contempló cómo el gesto de la mujer cambiaba por completo.

El dolor la invadía de nuevo y la alejaba de él. La deseaba, era muy bella, pero sobre todo anhelaba la fuerza, la energía que desprendía por cada poro de la piel. Muchos no lo entendían, pero lo que realmente era capaz de atraerle de una mujer no era su cuerpo o su intelecto. Ambas cosas venían determinadas por la genética, lo que realmente le fascinaba era la fuerza interior, la energía que desprendía, la determinación de intentar cambiar las cosas y no conformarse.

–Mañana la ayudaré a buscar a su hija. Tomaremos mi lancha y buscaremos a la gente que se la ha llevado.

–No quiero meterle en un lío, espero que me entienda, no está obligado.

El hombre puso los dedos sobre los labios de la mujer para que guardara silencio.

–No hay nada en este mundo que me obligue a hacer lo que no deseo. Los nativos tenemos una ley no escrita, algo que los ingleses no entienden. Somos espíritus libres, lo único que nos ata es la tierra y nuestros ancestros. Ellos viven en nuestro interior, el día que los olvidemos será como si los hubiéramos asesinado.

–Lo entiendo.

El hombre rellenó de nuevo la copa de vino, ella hizo un gesto para que parase. No soportaba aquella sensación relajada, esa armonía producto de los efectos del alcohol, la luz de las velas, el viento soplando en el exterior y aquel hombre fuerte, seguro de sí mismo, que le parecía fascinante.

–Lo único que echo de menos, si le soy sincero, es una compañera. Aunque entiendo que muy pocas mujeres estén dispuestas a vivir de esta forma. Yo no les puedo ofrecer nada.

–¿Nada? El mundo está repleto de payasos pretenciosos que se pavonean con sus coches de alta gama, sus aviones privados y sus conversaciones superficiales. Las mujeres de verdad lo único que buscan es a personas

sensibles, capaces de hacer cualquier cosa por ellas. Hombres que las valoren de verdad.

Lucke se inclinó hacia delante. Su pelo lacio y negro comenzaba a emblanquecerse por las sienes; su rostro afeitado y sus grandes ojos marrones le convertían en un hombre atractivo más que guapo.

–Será mejor que nos acostemos, mañana nos levantaremos al alba. Nos queda mucho por hacer.

–Gracias por ayudarme –dijo ella agachando la cabeza.

Él tomó su cálida mano.

–Estamos en este mundo para cumplir una misión. Le confieso que hace unos años no era el ermitaño desprendido y solitario que soy ahora. He cometido muchos errores y he tenido que pagar por ellos.

–Quien esté libre de culpa que tire la primera piedra.

El hombre sonrió, después se puso en pie y le enseñó el cuarto.

–Yo dormiré en el sillón.

–No, por favor, ya ha hecho suficiente...

–Insisto. A veces me quedo dormido leyendo, ya estoy acostumbrado. Usted lleva días sin descansar en una cama.

La mujer le sonrió y cerró la puerta. Lucke se quedó parado, escuchó los pasos de Jane sobre el suelo de madera. Después se quitó el jersey, buscó la manta y se tumbó en el sillón. Por su cabeza pasó la idea de entrar en el cuarto y mantener sexo con la mujer, pero la borró de su mente. Sabía que nadie se enteraría de que ella había estado allí. Aquellas tierras eran enormes y resultaba muy fácil deshacerse de un cuerpo, lo había hecho antes. Matar era uno de los placeres que la mayoría se negaba a disfrutar, porque, como cualquier placer, después conllevaba una penitencia. No se refería a la cárcel, sabía que a medida que uno se deshumanizaba, dejaba de ser él mismo, para convertirse en un animal salvaje. Él ya no lo era, aunque sintiera unas ganas

de matar, violar o destruir a cada momento.

# SEGUNDA PARTE



## 10.EL INCIDENTE

Después de unas semanas en aquella casa Charlotte comenzó a sentirse especialmente aburrida. El *sheriff* tenía unas rutinas muy estrictas. Se levantaba a las diez u once de la mañana, se la llevaba a pescar al mar o a un lago cercano, estaban hasta las cuatro de la tarde, comían unos sándwiches y regresaban a la casa, el hombre dormía la siesta, veía la televisión en su cuarto y después bebía hasta quedarse dormido. Ella no tenía que hacer nada. No estudiaba, no limpiaba la casa y podía comer lo que le apeteciese, otra cosa era que lo hubiera en la casa.

Enseguida comenzó a acumularse la suciedad, el hombre tomó aún más peso y ella recogía de vez en cuando la casa, agobiada por la basura y los trastos que había repartidos por el medio. Una de aquellas tardes la nevera se encontraba tan vacía que el hombre se decidió a salir a comprar.

–¿Puedo ir contigo? –le preguntó atravesándose en la puerta.

–¿A dónde? –le contestó el hombre apartándola para un lado.

–A comprar, a comer fuera. Lo que sea, llevo semanas encerrada aquí.

–Ya te he comentado que estás en un programa de protección de testigos y no pueden verte. Estás más segura en la casa.

La niña frunció el ceño y se cruzó de brazos. No parecía dispuesta a soportar esa situación por más tiempo.

–Quiero hablar con mis padres, para reunirme con ellos. Soy demasiado pequeña para estar sola.

El hombre estaba a punto de cerrar la puerta con llave, cuando ella puso el pie.

–Te traeré alguna cosa que te guste, pero si te portas mal...

–¿Qué va a hacerme? No es mi padre.

El *sheriff* se puso furioso, abrió la puerta y la persiguió. La niña era más

rápida, corrió por la planta baja y en un descuido, salió y se esfumó hacia la casa de la vecina que se veía en el horizonte.

–¡Maldita cría! Tenía que haberla matado como al resto de su familia. Lo único que me va a causar son más problemas. Estoy jubilado, para qué la necesito.

Él sabía perfectamente para qué, si esperaba un año más, como mucho dos, podría venderla a buen precio a uno de sus clientes de California. Había reunido una pequeña fortuna. Suficiente para pasarse el resto de su vida disfrutando, pero, tras lo sucedido en la frontera, había tenido que gastar algo de dinero en mantener ciertas bocas cerradas.

El hombre tomó su coche y se dirigió a la casa de la vecina. En apenas un par de minutos estaba subiendo con dificultad los escalones de la entrada y llamando a la puerta. La mujer tardó un buen rato en salir a recibirlo.

–¿Qué desea? –le preguntó sin abrir la puerta. Se la podía ver a través de un cristal tallado con florecitas.

–¿Está aquí mi nieta? Se ha escapado, no quería llevarla a comprar y ya sabe cómo son los críos.

–Me ha dicho que no es su nieta –contestó la mujer muy seria.

–Ya sabe cómo son los críos, cuando uno no hace lo que ellos quieren, se ponen como locos. Antiguamente las cosas eran de otro modo, uno obedecía a los adultos o se atenía a las consecuencias.

La mujer no pareció reaccionar a las palabras del hombre. Se limitó a mirarlo fijamente, sin abrir la puerta.

–Señora, he sido *sheriff* en el norte casi tres décadas, no puede impedirme que me la lleve. La ley...

–Métase su ley por donde le quepa. Voy a llamar a la policía, ellos aclararán todo este asunto.

El *sheriff* comenzó a perder la paciencia, si la mujer llamaba a la policía no

tardarían mucho en aclarar lo sucedido, él terminaría entre rejas y la niña se saldría con la suya.

–Le puedo ser franco, hay algunas cosas que la niña no sabe y no se las puedo contar estando ella delante. Déjeme entrar y le explicaré todo.

La mujer dudó, el tono del hombre parecía muy convincente. Se giró hacia Charlotte y esta negó con la cabeza.

–Sube a la otra planta. No dejaré que te lleve, pero antes de llamar a la policía debo escucharle. ¿Lo entiendes?

–No abra, es malo. Él era *sheriff*, pero todo lo que ha contado es mentira. Yo no soy su nieta, mis padres son de Inglaterra.

–Tranquila, no le permitiré que te haga daño. La mujer tomó un rifle que tenía apoyado al lado del quicio de la puerta y lo cargó.

La niña subió a la segunda planta y se encaramó a la ventana. Desde allí podía escuchar y ver todo lo que el hombre tenía que decir a la mujer.

La señora salió con el rifle en la mano y el *sheriff* dio un paso atrás.

–Eso no le va a hacer falta.

–Estoy segura, pero comprobé hace mucho tiempo que algunos hombres se comportan de forma más razonable cuando una mujer empuña un arma. Tome asiento –le dijo indicando el banco de madera.

El hombre se sentó sin darle la espalda.

–Tenga las manos donde las pueda ver.

–Tranquila, no estoy armado –mintió.

La mujer se sentó a su lado y bajó un poco el rifle.

–Soy el tutor legal de la niña. Es cierto que no soy su abuelo, imagino que le ha contado eso. Perdió a su familia hace unas semanas en la frontera con Canadá. Sus padres y hermanos fueron asesinados por unos bandidos. No tiene familia en el país ni en el Reino Unido, por eso el Estado me pidió que la tutelara hasta que buscaran una casa para ella. La saqué de allí para que no

recordara todo el rato a sus padres. Ella niega que estén muertos, es muy normal a esta edad.

La mujer se quedó petrificada. Aquella pobre criatura debía estar sufriendo mucho. Miró al hombre a los ojos, sabía que decía la verdad. Tenía un sexto sentido para esas cosas, bajó el arma y lo dejó sobre el banco.

–Lo siento, únicamente quería asegurarme –dijo la mujer en tono de disculpa.

–No se preocupe, cualquiera habría hecho lo mismo en su situación.

Charlotte escuchó todo aquello desde la ventana. No sabía qué creer, el *sheriff* era mentiroso y violento. Sus padres no podían estar muertos, se dijo mientras comenzaba a llorar.

## 11.UNA PISTA

*Sandpoint Island Provincial Park, Canadá, otoño.*

Aquella noche durmió como no lo había hecho desde hacía meses. No tuvo pesadillas ni se despertó sobresaltada de madrugada. Estiró los brazos, se levantó de un salto, se dio una ducha con agua congelada, que logró que recuperara en parte su energía y optimismo. Salió de la habitación y vio a Lucke que llevaba cosas fuera, el pequeño porche que daba al lago.

–He preparado algo para desayunar, es mejor que comencemos el día con energía –dijo sonriente, recién afeitado y peinado con una larga coleta.

Ella le miró sorprendida. Había imaginado un desayuno frugal y rápido, pero él había preparado la mesa, hecho unas tostadas, café, y un par de huevos fritos. Se sentó en un lado y terminó de servirlo todo.

El sol aún no había salido por completo, pero unos diez minutos más tarde brillaba sobre el lago, con tonos dorados y su reflejo le hizo sentir que se encontraba en una novela romántica por entregas. El nativo era atractivo, musculoso, caballeroso y siempre parecía recién salido de la ducha.

–¿Le gusta el café? Aquí, para hacerlo, tengo que hervir el agua, después hacer el café de puchero e intentar que no tenga posos. Todo es más artesanal, pero tiene el verdadero sabor de las cosas.

–Sin duda –dijo ella sonriendo por primera vez en mucho tiempo.

–No quiero engañarla, pero buscar a su hija aquí, es como intentar buscar una aguja en un pajar, pero si encontramos a los tipos que se la llevaron, tal vez tengamos alguna oportunidad.

–No quiero ocasionarle más molestias. Estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí, pero imagino que tendrá que trabajar, que dedicarse a algo. Esto puede llevar días o semanas.

El hombre le sonrió, como si se diera cuenta de que en el fondo ella no había entendido nada.

–No trabajo, al menos de la forma en la que se entiende convencionalmente. Vivo de lo que me da la tierra, como mis antepasados. Cuando necesito algo de dinero, me hago con algunas pieles de animales y las vendo en el mercado negro. No se preocupe, únicamente mato animales que no estén en peligro de extinción. Nosotros respetamos esta tierra más que nadie. No tienen que venir las agencias medioambientales a darme lecciones.

Ella le miró fascinada y él notó su admiración.

–Ojalá todos pudiéramos regresar a esta vida natural y en equilibrio.

–Tarde o temprano el hombre volverá a ella, no le quedará más remedio. Estamos destruyendo el planeta y no creo que el mundo soporte mucho más la presión. Cuando la civilización se hunda, todo volverá a ser como antes.

–No sé si estoy preparada para un mundo así –dijo ella apurando el café.

–Pues tendrás que prepararte –bromeó el hombre–. Ahora será mejor que nos pongamos en marcha.

El hombre se puso en pie, tomó una mochila y le ayudó a ella a colocarse la suya. Le había sacado algunas cosas que no le serían útiles, como el transmisor que le habían dejado los del complejo turístico y un cuchillo. Le había metido más provisiones y un pequeño aparato, un geolocalizador, por si la perdía de vista. A partir de ese momento sería su protector para siempre.

Caminaron hacia la lancha, la ayudó a subir y después se colocó junto al motor. El rugido del fueraborda se escuchó en medio del bosque silencioso que se terminaba de despertar. Mientras surcaban las aguas doradas, ella cerró los ojos e intentó atrapar ese momento para siempre.

## 12.CONFIANZA

*En algún lugar al norte de Fort Frances, Canadá, otoño.*

El cerebro suele bloquearse justo cuando más lo necesitas. Aquel hombre la apuntaba con la pistola, mientras el otro le indicaba que abriera la puerta y ella no sabía qué hacer. A su lado, la chica rubia la miraba aterrorizada, como si se acabara de despertar de una pesadilla, para caer en otra peor.

Tienes que calmarte, se dijo mientras miraba a uno y al otro lado. Giró de nuevo la llave, a pesar de las amenazas del hombre y el motor se puso en marcha. El pequeño la miró furioso antes de disparar, después apretó el gatillo y ella agachó la cabeza justo a tiempo. Pisó el acelerador y pasó por encima del secuestrador. Sintió cómo las ruedas le arrollaban, mientras que el otro se aferraba a la manilla y corría a su paso, golpeando con el puño el cristal.

Sharon aceleró y el coche tomó fuerza, el tipo corría a su lado, pero en un momento lo rebasó y dejó atrás. Sonrió satisfecha e intentó concentrarse en la carretera. La chica a su lado permanecía callada, con la cabeza gacha y su pelo rubio y sucio, cubriéndole por completo la cara.

–¿Te encuentras bien? ¿Qué hacías en la casa?

La chica no contestó, se limitó a permanecer estática, como dormida, mientras ella salía al camino y pisaba aún más el acelerador. Entonces la chica comenzó a llorar y ella se giró.

–¿Cómo te encuentras? Dentro de un momento llegaremos al pueblo, todo saldrá bien. ¿Cómo te llamas?

Apenas había apartado la mirada del camino cuando por el rabillo del ojo observó algo, era un animal enorme. Se giró por completo, movió el volante para esquivarlo, pero el animal asustado corrió en la misma dirección. El coche se estrelló contra él y salió del camino hacia los árboles. Sharon perdió el control y antes de chocarse con un grueso tronco de un árbol extendió su

mano izquierda para proteger a la chica.

El golpe fue tremendo, sintieron el impacto que las desplazó con fuerza hacia delante, absorbiendo todo el choque, para después ser lanzadas hacia atrás. Salió un viejo y descolorido airbag del volante y otro en el asiento del copiloto.

Durante diez minutos estuvieron quietas, intentando superar el susto y el dolor en el pecho y en la nuca. Después Sharon se soltó el cinturón de seguridad y ayudó a la chica. Salió por su puerta, dio la vuelta al vehículo e intentó abrir la otra, pero estaba bloqueada. Regresó a su asiento y tiró de ella.

–Tienes que salir de aquí.

El coche echaba humo por el motor, podía explotar en cualquier momento. La chica estaba aturdida y no la ayudaba mucho.

–Por favor sal, no sabemos cuánto tardarán en localizarnos.

La chica levantó la cabeza y la miró por primera vez.

–¡Mamá! –gritó entre lágrimas.

–No soy tu madre, cariño, pero tienes que salir de ahí. Ayúdame.

La chica lo intentó, pero tenía la pierna atrapada.

–Venga, saca primero esa pierna –le explicó Sharon sin poder disimular su angustia. Después miró fuera del coche. Los dos individuos venían corriendo por la carretera. El más pequeño tenía un brazo ensangrentado, pero corría tanto como el gigante. Ahora llevaba la pistola en la otra mano y una expresión de odio y dolor.

–Tenemos que irnos –dijo tirando de ella.

–¡Mamá! No me dejes.

–¿Cómo te llamas, cielo?

La chica la miró, su cara sucia parecía constreñida por el dolor y el pánico.

–Edda –dijo con una voz suave, como si le extrañara escuchar su propio



nombre.

Sharon se irguió y miró al camino.

–Volveré a por ti, Edda, no temas.

Después corrió hacia los árboles. Escuchó el primer disparo justo cuando estaba entrando entre la maleza; el segundo la alcanzó en la mano, apenas una rozadura, pero muy dolorosa. El tercero se perdió en la espesura. Mientras corría pensaba en Isabelle, en Charlotte y en Edda. ¿Cuántas chicas estarían en su misma situación? Se preguntó sin dejar de correr. Intentando escapar, aunque sabía que una cuerda invisible la ataba a aquel lugar. No podía escapar de él. Todo aquello era por mucho más que demostrar su inocencia. En el fondo, necesitaba perdonarse a sí misma. Pagar por no defender a su hermana pequeña de su abuelo, de los abusos y de toda esa mierda que había tenido que soportar de niña.

## 13.AMIGOS

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Escuchó el tintinear de la puerta y fue como si algo se despertara en su cabeza. Tiró la taza de chocolate y corrió por el pasillo hacia la puerta trasera. La mujer y el agente tardaron en reaccionar, más por la sorpresa que por la edad. Isabelle ya había sobrepasado la puerta cuando ellos llegaron, corrido hacia la furgoneta y cerrado. El policía sacó el arma y le avisó que no encendiera el motor.

–¡Qué diablos! –exclamó mientras giraba la llave. No creía que le disparara. Era una mercancía valiosa para sus captores. El motor prendió a la primera, ella puso la marcha atrás y salió a toda pastilla hacia la carretera. El policía se guardó el arma y corrió hacia su vehículo, tenía que impedir que la chica llegara al pueblo.

La furgoneta alcanzó su velocidad máxima en pocos minutos. La adrenalina le recorría la espina dorsal, nunca había tenido una sensación igual. El coche patrulla comenzó a acercarse con las luces encendidas, pero no le hizo ni caso.

Isabelle miró por el retrovisor, pero el coche había desaparecido. Entonces notó una embestida en el lateral que casi la sacó de la carretera. El policía estaba justo a su lado, intentando cerrarle el paso.

–¡Dios mío! –gritó corrigiendo el rumbo.

Logró evitar dos embestidas, pero el camino se estrechaba más adelante al cruzar un pequeño puente, pensó que el hombre se colocaría detrás, estaba equivocada, permaneció a su altura.

La pared del puente comenzó a arañar todo el costado de la furgoneta, el ruido era ensordecedor, el coche de policía lo fue aplastando contra el lateral para frenarlo. Las chispas saltaban de la carrocería y al final parte del faro se hundió en el muro y paró el vehículo.

Ella se quedó quieta y aturdida, aferrada al volante. El policía descendió y apuntó a la chica.

–¡Eres una puta! Mira lo que has hecho. Has destrozado mi coche y la furgoneta de Charly. Te va a coser a golpes. Baja de la furgoneta.

Por un lado estaba el muro y por el otro el coche de policía; no tenía por donde salir.

–No puedo –dijo impotente y asustada.

–Está bien, pero no te muevas o te juro por Dios que te pego un tiro. Niñata de mierda.

Apartó el coche patrulla, abrió la puerta algo abollada y la hizo descender. La chica bajó medio aturdida. Él la agarró de la cabeza y la metió en la parte trasera del coche patrulla. Después puso la sirena, dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la granja.

Unos minutos después cruzó delante de la tienda, la vieja los saludó al pasar. Siguieron por el camino, tomaron el sendero y llegaron a la granja. Los hermanos los esperaban sentados con la madre. El agente bajó del vehículo y después sacó a rastras a la chica.

–Aquí está vuestra putita, es la última vez que os salvo el pellejo. Por su culpa he destrozado el coche. El *sheriff* hará muchas preguntas.

–Nosotros te pagaremos el arreglo –dijo la madre.

–No es eso, señora, mi jefe no es tonto. La furgoneta de Charly ha quedado peor que este. Que se venga conmigo y se la lleve, está en el viejo puente.

El hermano mayor se levantó como una exhalación. Se dirigió hasta la chica y levantó la mano.

–¡Quieto! No se te ocurra tocarla. Esa cría vale mucho más que tu furgoneta de mierda.

El hombre dejó el brazo suspendido en el aire, después se metió en el coche del policía y este salió a toda velocidad de la propiedad.

La madre se puso en pie con los brazos en jarras. Miró a la chica y le ordenó que se acercara.

–No te creas que te vas a librar de esta. Puede que no quiera estropear tu cara bonita, pero hay otros métodos para doblegarte.

Hizo un gesto y el pequeño de los hermanos la tomó por un brazo y la llevó hasta la puerta.

–Por ahora se han terminado los privilegios. Nada de paseos al sol, buena comida, duchas y ropa limpia. Estarás unos días flotando en tu propia mierda, para que sepas quién manda aquí. Enciérrala en el sótano y echa la llave.

El secuestrador se llevó a Isabelle, abrió la puerta y la empujó escaleras abajo. La chica rodó como un fardo hasta dar con el suelo de hormigón. Notó un fuerte dolor en el costado y en el codo derecho.

El hombre cerró la puerta y mientras la oscuridad la envolvía por completo, a pesar del miedo y el dolor, se prometió que volvería a intentarlo una y otra vez, aunque esos animales la despellejaran viva.

# 14

## SOSPECHAS

*Sandpoint Island Provincial Park, Canadá, otoño.*

La mañana fresca tornó en un mediodía caluroso y bochornoso. A pesar de navegar por el lago hacía tanto calor que Jane se quitó primero la chaqueta, después el jersey y terminó en mangas de camisa. La camiseta blanca de tirantes dejaba a la vista su torso abundante y su piel blanca. Lucke la miró varias veces, pero intentó pensar en otra cosa. Las personas como él no se curaban por completo. Siempre llevaban el estigma y la condena de su propia debilidad.

–Te vas a quemar –dijo el hombre lanzándole una crema protectora.

–Gracias –dijo Jane tomándola al vuelo, después comenzó a extenderla por los brazos, cuello y espalda.

El hombre recordó los años que había estado en la cárcel por violación. La mayoría pensaba que la gente como él no se rehabilitaba jamás. Por eso había preferido irse a un bosque apartado, donde no tuviera la oportunidad ni las ganas de repetir sus errores.

Muchas veces se preguntaba por qué era así y si habría podido elegir ser de otro modo. Al principio siempre se respondía que no, que estaba condicionado por su genética y por su crianza. En cierto sentido, las circunstancias lo eran todo. Su complejo de inferioridad como nativo, de una familia pobre y analfabeta, le había producido una pulsión incontrolada hacia las mujeres de aspecto anglosajón, pero eso era poco menos que justificar su comportamiento.

Los terapeutas, había tenido dos durante los años de cárcel, le habían

comentado lo mismo, que el primer paso para cambiar era reconocer la propia culpa. La culpa era algo en lo que casi nadie pensaba. La sociedad se había intentado librar de ella, aunque lo único que había conseguido era a personas irresponsables, que no asumían sus actos.

La mujer le devolvió la crema y él pareció relajarse un poco, miró al horizonte y comprobó con asombro aquel maravilloso e increíble paisaje. El otoño llegaba muy pronto a Canadá. Los árboles tomaban aquellos tonos anaranjados y rojizos que con cierta luz daba la sensación de que el bosque estaba ardiendo.

–Es bellissimo –dijo la mujer, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

–Sublime –contestó él.

Ella se giró y se le quedó mirando unos instantes. No le encajaba que alguien como Lucke hubiera decidido apartarse del mundo real y recluirse en medio de la nada, aunque esa nada fuera tan extremadamente bella. No parecía un asceta, notaba cómo la miraba; tampoco tenía la sensación de que se tratara de un fanático religioso ni de un cínico desengañado del mundo. ¿Cuál era su verdadera historia?

–He leído que los primeros pueblos sufrieron mucho la ocupación occidental: las guerras entre franceses e ingleses, el desprecio de los segundos hacia los nativos, su extrema explotación, los intentos de acabar con sus costumbres por medio de la educación occidentalizada y obligatoria.

–Esa es la historia de muchos pueblos nativos, no solo aquí en Canadá. Lo más triste en nuestro caso es que siempre ha sido un país abierto, tolerante y solidario con los demás, pero a sus ciudadanos los ha masacrado durante décadas –comentó Lucke, intentando no cambiar el gesto. En su etapa universitaria había pertenecido a una organización que reivindicaba los derechos de los nativos de Canadá.

–No puedo ni imaginar lo que sientes.

–Te sorprenderá, pero a pesar de todo me siento canadiense. Tenemos un pasado terrible, repleto de injusticias, crímenes y maldad. De eso no cabe la menor duda, aunque soy de los que piensa que hay que mirar siempre hacia delante.

–Buena actitud.

–No creas, me ha costado mucho llegar a este punto.

Llegaron con la lancha hasta un pequeño pueblo, en el que no había mucho más que dos docenas de casas, una iglesia pequeña, dos tiendas, una gasolinera y una oficina de correos. Dejaron la lancha en el embarcadero y se dirigieron a algo parecido a una cantina.

–¿Tienes sed? –le preguntó la mujer.

–Lo ciertos es que sí, pero quiero hablar con el dueño, tal vez él pueda echarnos una mano.

Entraron en el local casi en penumbra, que contrastaba con el día luminoso y brillante de afuera. Jane se acordó de una frase de la Biblia que siempre le decía su abuela del evangelio de Juan: “La luz vino al mundo, pero ellos amaron más las tinieblas que la luz, porque sus acciones eran malas”. Jane no se consideraba precisamente una puritana. No había pisado una iglesia desde los catorce años, poco después de hacer la confirmación en la iglesia luterana a la que asistía su abuela, aunque no le costaba reconocer que había algo retorcido y oscuro en el corazón del hombre que era muy difícil de arreglar. Trabajaba con exiliados, conocía por sus bocas las atrocidades que se cometían en sus países de origen y el rastro de sufrimiento que el hombre dejaba a su paso. En contra de lo que pensaba su esposo y la mayoría de la sociedad noruega, ella no creía que el hombre fuera bueno por naturaleza y que el mal fuera una enfermedad o algún tipo de trastorno psicológico.

–Hola Philip. ¿Qué tal va el negocio?

–Muy bien, aunque cuando desaparecen los turistas baja un poco. Ya

sabes, los inviernos son largos y duros, pero de las dos únicas cosas que no se privan los hombres son del alcohol y las mujeres.

Jane se percató por primera vez que era la única mujer del local, una docena de hombres desperdigados por las mesas y la barra. Al fondo, una chica aburrida y taciturna se contoneaba en una barra.

–Quería hacerte una pregunta. Creo que me comentaste que hace un año unos tipos te ofrecieron chicas, ya sabes, muy jóvenes, para clientes especiales, pero los mandaste al diablo.

El hombre frunció el ceño y se acarició la barba de dos días. Después miró a la mujer, como si se sintiera incómodo teniendo que hablar de aquel tema con ella, pero al final, cuando Lucke puso un billete de veinte dólares sobre la barra, les contó lo que sabía.

–Esos tipos eran de por aquí, gente de campo. Al parecer tienen un negocio muy lucrativo comprando y vendiendo chicas. En los casinos indios están muy cotizadas y la policía montada no se atreve a meter mano. Al principio eran chicas del Este de Europa, muchas de ellas traídas con engaños hasta Toronto o Quebec, pero ahora parecían mucho más jóvenes, como si terminaran de sacarlas del colegio. Las que consideran que no les darán mucho beneficio en los casinos, las ofrecen a locales como el mío. Ya me entiendes.

La mujer no disimuló su horror al escuchar la conversación. Tenía la sensación de que estaban hablando de ganado.

–¿Cómo podríamos localizarlos?

El camarero frunció el ceño, Lucke no parecía el tipo de individuo que se metía en problemas, aunque al observar al bellezón que tenía a su lado, seguramente estaba haciéndose el tipo caballeroso. Él lo conocía bien, una vez cada dos meses, le pedía una chica. Pagaba bien, pero a ellas no les gustaba porque siempre debían simular que las forzaba violentamente.



–Creo que lo mejor es que vayáis al casino indio, allí saben más, aunque no creo que se pongan muy contentos al cuando os vean llegar. Yo que vosotros lo haría con disimulo. Ya me entiendes.

–Gracias, lo tomaremos en cuenta.

Al salir el contraste de la luz los cegó en parte, se dirigieron a la lancha y se encaminaron a la reserva. Allí Lucke se encontraba en su hábitat natural, no tenía que pasarse de listo con los jefes. Aunque nadie lo supiera, muchos actuaban como verdaderos gánsteres. La reserva se había convertido, en muchos sentidos, en una tierra sin ley, donde unos pocos se enriquecían, mientras la mayoría continuaba viviendo en la más absoluta de las miserias.

## 15.SORPRESA

Charlotte sabía exactamente lo que iba a pasar. Era pequeña, se sentía confusa y triste, pero en las últimas semanas había aprendido a conocer al *sheriff*, su forma de pensar y actuar. Nunca dejaba cabos sueltos. Mientras ella lloraba en la parte de arriba, la mujer comenzó a confiarse, dejó el arma en el banco y se tapó la cara horrorizada por la triste historia que aquel hombre acababa de contarle.

–Lo lamento de veras. Pobre niña, no me extraña que se encuentre traumatizada. Perder a toda su familia de una manera tan horrible.

–Son cosas que pasan y más comúnmente de lo que la gente piensa, pero si viviéramos creyendo que algún día nos tocaría a nosotros, el mundo se convertiría en un infierno. Prefiero que ella siga pensando que sus padres están vivos.

–Claro, claro. Cualquier cosa que pueda hacer por ustedes. Soy una mujer vieja y solitaria, si no fuera por la iglesia, no vería a nadie en toda la semana. Puedo ayudar a la niña con sus tareas, hacerles a veces la comida o ayudarles a limpiar. Cualquier cosa.

–Le estoy muy agradecido, señora. Me he quedado sediento, debe ser por el disgusto y esta sequedad.

–Naturalmente, perdone mis modales, tengo un poco de limonada en la nevera.

La mujer se puso en pie y entró torpemente en la casa. El *sheriff* la siguió sigilosamente, cuando estaba abriendo la nevera la empujó hacia delante y la estampó contra la puerta. La mujer se quedó aturdida, estaba a punto de caerse, pero él la sujeto y volvió a lanzarla contra la puerta. Se escuchó un nuevo golpe seco. Parecía inconsciente.

El hombre la cargó a su espalda. La llevó hasta la puerta del sótano, la

abrió y la lanzó escaleras abajo. Después descendió con la más absoluta tranquilidad y comprobó sus constantes vitales; apenas le latía el corazón.

–No está de más asegurarse –dijo mientras la cogía por el pelo y le estampaba la frente contra el suelo enlosado.

Dejó el cuerpo agonizante y subió las escaleras, cerrando la puerta a su espalda.

–¡Charlotte, tenemos que irnos, la señora quiere descansar un poco!

La niña escuchó aterrorizada su nombre, no sabía lo que había sucedido allí abajo, pero estaba segura de que no era nada bueno. Al final bajó despacio, intentando disimular sus temores.

–¡Que sea la última vez que te escapas! No podré protegerte si no me obedeces. Imagino que has escuchado lo que he dicho. Eres una chica lista y no te meterás en líos. ¿Verdad?

Charlotte asintió con la cabeza. No entendía por qué aquel hombre se la había llevado, aunque sabía que no era para nada bueno. Tenía que buscar una nueva ocasión para escapar, pero esta vez no involucraría a nadie. Le daba mucha pena aquella buena señora. El *sheriff* era muy peligroso, pero tenía una debilidad: su pereza. No quería que Charlotte le causara molestias, deseaba disfrutar de su jubilación. Por eso no se preocuparía en encerrarla o algo así. La había asustado y eso debía ser suficiente. Si las cosas se complicaban, no le costaría mucho retorcerle el cuello, tirarla a algún lago y buscar un nuevo lugar para ir de pesca.

## 16.MIEDO

*En algún lugar al norte de Fort Frances, Canadá, otoño.*

Sharon tenía la sensación de que terminaba destruyendo a todas las personas que se le acercaban. Llevaba tanto tiempo culpándose de todo lo malo que le sucedía alrededor que, a veces, sentía sobre ella la culpa del universo entero. Intentó tranquilizarse, concentrarse en el dolor de la mano y en trazar un plan para rescatar a la pobre chica. Después intentaría sacar a aquellos tipos algo sobre el paradero de Isabelle, cada día contaba. Le preocupaba también Charlotte y el *sheriff*. Aquella era otra de las razones por la que se sentía culpable. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo su antiguo jefe? Habían estado matando y secuestrando a niñas en sus narices, pero ella parecía haber estado dormida, intentando sobrevivir a sus propios fantasmas.

Se miró de nuevo la mano, se acercó a un arroyo y limpió la herida. El contacto con el agua gélida le hizo gritar de dolor. Buscó en sus bolsillos un pañuelo, pero no llevaba nada con lo que tajarla. Al final se arrancó un pedazo de tela de la camiseta y se tapó la mano.

Después buscó algunos frutos por el bosque, tenía que comer algo, llevaba tanto tiempo en ayunas que comenzaba a marearse. Luego se sentó en una roca e intentó pensar.

Su única arma era un cuchillo. Por lo que sabía los secuestradores eran cinco, aunque uno de ellos estuviera herido. Además, tenían dos perros, muchas armas y estaban en guardia. Ya no podía utilizar el factor sorpresa. La única esperanza que le quedaba era que creyeran que nadie sería tan estúpido para regresar a aquella casa en sus condiciones. Además, los secuestradores eran conscientes de que no podía acudir a las autoridades.

Dibujó en la tierra con un palo la casa, el cobertizo, donde se situaban los coches, las diferentes entradas, el perímetro de la finca y la proximidad del

lago. La única forma de sorprenderlos con la guardia bajada era por la noche. La mayoría estarían durmiendo, pero antes debía deshacerse de los animales. Si lograba entrar sin ser detectada, sacar a la chica y huir, ambas tendrían alguna posibilidad. La otra era entregarse, denunciar lo sucedido y rezar por que la policía de Canadá no estuviera tan corrompida como la del otro lado de la frontera, pero sabía que eso era mucho pedir. La gente de frontera cobraba poco, sus condiciones de vida eran malas y las expectativas de futuro inexistentes. No era extraño que la gente se vendiera al mejor postor o se metiera en asuntos fraudulentos.

–Bueno, tendremos que intentar probar el plan A –se dijo a sabiendas que no había un plan B.

Esperó impaciente a la noche, se quedó vigilando desde un árbol alto la casa. Los perros no la detectaron y pudo comprobar que estaban todos los secuestradores. A las once de la noche, después de una buena borrachera, se fueron a dormir. Uno de ellos se quedó vigilando en la puerta, se había colocado una trenca, una gorra y, abrazando su rifle, se dispuso a dormir. Sharon esperó un par de horas, cuando el guarda se encontraba en su más profundo sueño. Después bajó del árbol, se embadurnó de barro y se frotó con varias plantas, para que los perros no la localizasen, saltó la alambrada y buscó al primer animal. El perro descansaba plácidamente debajo de los restos de un coche. Se tiró sobre él y le rebanó el pescuezo. El animal no logró articular ni un breve gemido. Terminó con el segundo animal y después se dirigió al porche en el que descansaba el guarda. Se lo pensó un poco, tal vez podría llegar al sótano y salvar a la chica sin matarlo, pero no quería arriesgarse. Se puso a su espalda y le degolló en un segundo. Limpió el cuchillo en su ropa y entró en la casa.

Sabía exactamente dónde se dirigía, bajó las escaleras del sótano y comprobó las puertas, una de ellas estaba cerrada con llave. La buscó por

todas partes, pero sin éxito. ¿Dónde podría encontrarla?

La única idea que se le ocurrió fue ir a la planta superior y registrar la ropa de los otros cuatro hombres. Subió las escaleras con el máximo sigilo y abrió la primera puerta. Se escuchaban los fuertes ronquidos de uno de los secuestradores. Entró despacio, intentando que el suelo de madera no crujiera a su paso. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y la camisa, que estaban tirados de cualquier manera. El hombre se movió en la cama y ella dio un respingo, pero se limitó a girarse y quedarse dormido de nuevo.

Sharon no podía creer lo que estaba haciendo, tendría que repetir aquella operación otras tres veces, las posibilidades de que no la pillaran eran tan ínfimas que intentó imaginarse cómo reaccionaría en aquel caso, pero se encontraba completamente en blanco. Pidió al cielo que la asistiera, hasta ahora no parecía haberle hecho mucho caso, pero no podía negar que al menos seguía viva y de una pieza.

Estuvo a punto de tirar la toalla y marcharse, pero acudió a su mente el rostro de aquella pobre chica. Recordaba su nombre, Edda, lo llevaría marcado a fuego en su alma si no hacía lo posible e imposible por ayudarla.

Cruzó los dedos y abrió la segunda puerta, aquella vez las cosas no salieron bien. Su suerte se había terminado.

## 17.TERROR

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Aquella mañana empezó de forma diferente. Se dio cuenta desde que se despertó. La madre llegó muy temprano, la llevó al baño de su cuarto y la bañó como si fuera una niña. Al principio se resistió, más tarde se dio cuenta de que era mejor seguirle la corriente. Después la llevó desnuda hasta el cuarto y le enseñó un vestido de flores blancas que había sobre la mesa, le dio unas bragas y un sujetador nuevo. Antes de vestirla le cepilló varias veces, hasta dejar el pelo recogido en un bonito moño. Cuando terminó le permitió que se mirase en el espejo. Llevaba semanas sin verse reflejada. Fue una sensación rara, al principio tuvo la impresión de que miraba a una extraña. Parecía más alta, delgada y pálida que la niña de trece años que había llegado con su familia para pasar unas vacaciones en los Estados Unidos.

–Estás muy guapa. Ese es un tesoro que tienes que saber vender. En este mundo mandan los hombres, ellos son los que deciden. Te habrán contado muchas tonterías en el colegio, sobre todo en esos pijos de Inglaterra, pero lo único que le importa a los hombres de nosotras es nuestro coño –dijo señalando a la falda de la chica. Esta se ruborizó.

–Pero...

–Me encanta, todavía te ruborizas, cada vez quedan menos chicas vírgenes e inocentes. Escucha bien lo que te digo, no importa que seas una alta ejecutiva, una científica o una congresista, todos quieren bajarte las bragas. Si juegas bien tus cartas sacarás de ellos lo que quieras. Dios hizo a los hombres fuertes y violentos, aunque los creó con una gran debilidad, las mujeres. Nosotras podemos controlarlos porque ellos piensan con la polla. Ahora pasarás una temporada difícil, pero si aprendes, te hará más fuerte. Logra conquistar a uno de esos viejos ricos canadienses de ciudad que vienen a la reserva a divertirse y no volverás a necesitar que un hombre te llame zorra y

te meta su polla. Entonces serás una señora, o lo que es lo mismo, la puta de un solo hombre. Ahora, ven conmigo.

Isabelle la siguió nerviosa. Jamás había estado con un chico, lo máximo que había hecho había sido besar a un amigo de su instituto que le gustaba mucho y mirarse ahí abajo con un espejo. Sus amigas eran más aventajadas, pero ella jamás había tenido prisa para ese tipo de cosas.

–No te preocupes por la experiencia, a ellos les gusta enseñarnos. Lo que tienes que entender es que no te puedes negar a nada de lo que te pida.

Bajaron a la cocina, ella se sentó en una silla y le preparó un desayuno exquisito. Lo mejor que había comido en semanas. Huevos, tostadas con mermelada, beicon y unos dulces caseros deliciosos.

–En un rato uno de mis hijos te llevará al casino, allí deberás portarte bien. Esa gente no se anda con tantos remilgos como nosotros. Son capaces de quitarte la piel a tiras. ¿Entiendes?

–Sí, señora.

–Esos indios son especialistas en desollar personas y cortar cabelleras, lo digo en serio.

Isabelle comenzó a sentirse mal. Había comido mucho y las palabras de aquella mujer eran perturbadoras, casi hubiera preferido no saber a qué se enfrentaba.

El mayor de los hijos entró en la cocina, la miró con tal desprecio, que ella tuvo que apartar la vista.

–Llévala hoy mismo al casino. No pases por carreteras principales. ¿Has entendido? No quiero que tentemos a la suerte.

–No se preocupe madre, lo he hecho decenas de veces.

–Tienes que ir directo, coger el dinero y regresar lo más rápido posible. Nada de drogas, putas o bebida. Para eso os doy la paga una vez al mes y os dejo ir al pueblo, pero no se puede mezclar trabajo y placer.



El hombre asintió con la cabeza. Isabelle no dejaba de sorprenderse de que tres hombres grandes y fuertes estuvieran sometidos a una mujer tan pequeña y débil.

–Pequeña, te irá muy bien. La última lección que tienes que aprender es que, cuando seas madre, tendrás el amor incondicional de tus hijos si los tratas bien y haces que te respeten, aunque para eso te queda mucho. Toma esa mochila, te he puesto dos mudas, un pijama nuevo, un cuaderno y un bolígrafo. A veces ayuda sacar todo ese odio y miedo de dentro.

La chica tomó la mochila pequeña, no la abrió, se limitó a colocársela en el hombro y acompañar al secuestrador.

–Necesitarás un abrigo en unas semanas, pero esas cosas ya te las facilitarán ellos. Aunque los primeros meses no saldrás mucho, tienen que recuperar su inversión y te harán trabajar horas extras.

La acompañó hasta el porche. La chica fue hasta la furgoneta custodiada por el hombre, la metió dentro y después se metió en el otro lado. Puso en marcha el vehículo y salieron de la granja. Ella sintió algo parecido a la nostalgia. Hasta el infierno parece un lugar agradable cuando te enfrentas a lo desconocido.

# TERCERA PARTE

## 18.EN CAMINO

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

La furgoneta continuaba con el costado derecho destrozado. El hombre miraba hacia el frente, sin mediar palabra hasta que se alejaron lo suficiente.

–¡Maldita puta! Me has destrozado la furgoneta, te burlaste de todos nosotros y a cambio te regalamos un bonito vestido y te llevamos al paraíso, pero antes de que te deje en el casino me vas a pagar todo lo que me hiciste.

Isabelle comenzó a sentirse mal, aquel hombre gigantesco podía destrozarla con una sola mano.

–Tengo que entregarte virgen, pero tienes muchos más agujeros, antes de que llegemos a la reserva, te habré...

La chica no pudo resistirse más, una arcada le subió hasta la garganta, se giró y le vomitó encima.

–¡Hija de puta! ¿Qué coño estás haciendo? –dijo el hombre frenando en seco. El líquido viscoso y caliente lleno de tropezones del desayuno le cubrió por completo la camiseta y el pantalón. Tendrían que volver, para que se pudiera cambiar. Su madre le iba a reventar la cabeza.

Aprovechando la parada, la chica abrió la puerta y comenzó a correr por el bosque. El hombre tardó en reaccionar, sin limpiarse los restos del vómito, dejó la furgoneta en medio del camino, tomó la escopeta y corrió detrás. Tenía ganas de pegarle un tiro, pero intentaría contenerse porque esa niñata valía cinco de los grandes. Mientras corría detrás de la chica, notando la humedad en sus pantalones, pensaba en mil formas de torturarla y violarla.

Isabelle aprovechó la ventaja todo lo que pudo. Estaba aún mareada y tenía el estómago revuelto, pero logró sacar fuerzas de debilidad, no tenía nada que perder y todo que ganar. Logró salir a otro camino, sabía que los senderos siempre llevaban a alguna parte. Aquel la llevó a una cabaña en medio del bosque. Había un coche nuevo aparcado, lo que significaba que había gente.

Aporreó la puerta hasta que un hombre calvo, de algo más de cincuenta años con una barriga que se le escapaba por debajo de una camiseta ajustada le abrió.

–¡Dios mío! ¿Qué le sucede señorita?

La chica le empujó y entró.

–¡Cierre, un hombre me está siguiendo!

El hombre cerró de un golpe, parecía más asustado que ella.

–¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? Estamos muy lejos de ningún sitio habitado. He venido unos días para pescar y relajarme...

–¿Tiene un arma?

El hombre la miró como si no lograra comprender.

–Un rifle, una pistola...

–Bueno, el dueño dejó un arma en ese armario, pero yo no sé disparar. Me dijo que era por si se acercaban los osos.

–Un teléfono...

–No tenemos cobertura aquí, es inútil intentarlo.

–El coche...

–No puedo irme, estoy de vacaciones.

–Mi secuestrador nos matará a los dos. ¿No lo entiende?

El hombre comenzó a temblar, buscó las llaves en una cesta de la entrada, pero estaba tan nervioso que se le cayeron al suelo. Las cogió y abrió la puerta. Enfrente estaba un tipo enorme, con barba y la camisa y el pantalón empapados de un líquido asqueroso.

–¿Quién es usted? ¿Sabe que está cometiendo un delito? –le gritó sin saber lo que decía.

El secuestrador no medió palabra, levantó el rifle y le disparó a bocajarro, la chica se quedó petrificada.

–Al menos, no te has manchado el vestido, maldita zorra.

Isabelle temblaba, aún tenía grabada en la mente la imagen de aquel pobre diablo explotando por dentro con sus tripas esparcidas por toda la entrada.

–Ahora me toca jugar a mí –dijo el secuestrador mientras cerraba la puerta.

## 19.ENCERRADA

*En algún lugar al norte de Fort Frances, Canadá, otoño.*

El hombre se puso en pie y corrió en calzoncillos hacia ella. Sharon le miró perpleja, pero acertó a sacar el cuchillo a tiempo y él cayó sobre la hoja que entró como mantequilla fundida. El puñal le atravesó el estómago, ella lo giró dentro y el tipo se derrumbó despacio a sus pies. La chica se quedó sudando, paralizada por el miedo, hasta que escuchó movimiento en la habitación de al lado. Registró la chaqueta apoyada en la silla y sacó unas llaves. Corrió escaleras abajo. Sin importarle el ruido que pudiera hacer. Cuando llegó al sótano, abrió la puerta, sacó a la chica a rastras, que estaba medio dormida y corrieron escaleras arriba. Lograron llegar al porche sin dificultad, pero escucharon un estruendo de pasos bajando las escaleras. Tuvieron que atravesar la zona iluminada hasta desaparecer por un lateral, correr hacia el bosque y ocultarse en la noche.

Se movieron durante una hora, esperaba que aquellos tipos estuvieran rehaciéndose, lo que les permitiría ganar un poco más de ventaja. La chica se derrumbó al lado de una pequeña charca, estaba agotada.

–Tranquila, podemos descansar un poco.

–Gracias –dijo. Era la segunda cosa que salía de su boca desde que la conociera un día antes.

–¿Cómo te llamas?

–Me llamo Edda.

–¿Hablas mi idioma?

Sharon identificó un acento extranjero en su voz.

–Sí, soy noruega.

La ayudó a incorporarse, se sentó a su lado y la tapó con el brazo para que no se enfriara.

–Ya estás a salvo. ¿Llevas mucho tiempo con ellos?

–Seis meses, antes estuve en otra casa. Me llevaron a los casinos, pero mordí el pene de un viejo y casi se lo arranco de cuajo. Dijeron que me tenía que reeducar, que era mi última oportunidad.

–Hiciste bien, es lo que se merecen esos asquerosos –dijo Sharon sonriendo.

–Salía mucha sangre, parecía un cerdo...

–¿Estabas sola en el sótano?

–Sí, hubo otras dos chicas, pero se las llevaron enseguida. Las mueven mucho, imagino que para que no los pillen. Están muy organizados, puede haber cinco o seis casas como esas. Las chicas las preparan para millonarios o los casinos, según la calidad y la docilidad.

–Malditos cabrones, algún día pagarán por todos sus crímenes.

–Hace unas semanas se asustaron mucho, les salió mal el secuestro de una familia. Desde el sótano de la casa se oían todas las habitaciones por el sistema de ventilación.

–Debió ser mi caso, el de la familia Landers.

–¿Landers? Sí, hablaron de esa familia y del *sheriff* de Internacional Falls.

Sharon había atado todos los cabos hacía tiempo, pero le alegró mucho que la chica se lo confirmara.

–¿Cómo te capturaron a ti?

–Había venido con mi familia de vacaciones. Mi madre se llama Jane y es abogada, mi padre Jacob, tengo un hermano adoptado. Estaba en la tienda

con él, habíamos visto a unos tipos extraños y nos habíamos asustado, pero comenzó a llover y tuvimos que acampar. Era el último día que nos quedábamos, ya regresábamos a casa –dijo mientras se echaba a llorar.

Sharon sabía que la vida parecía estar compuesta de un millón de casualidades e imprevistos. No había nada peor que estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Les había pasado a las víctimas de las Torres Gemelas, a la gente que viajaba en los aviones estrellados, a los asesinados en los atentados de Londres, París, Bruselas y muchos otros lugares. Desconocía la causa, le parecía extremadamente injusto y arbitrario, pero hacía tiempo que había entendido que la vida era precisamente injusta y arbitraria.

–Tranquila, ya ha terminado la pesadilla.

–¿Estás segura? Eso pensé ayer, pero al final volvieron a atraparme. Creí que me matarían, pero deben estar cortos de chicas y no querían perder su inversión.

–Nos encontramos en una posición mucho mejor. Ya no tienen perros para rastrearnos y me he cargado a dos. Únicamente quedan otros tres y uno de ellos está herido. Conozco bien estos bosques. Hay que llegar al lago, después lo bordearemos y llegaremos al pueblo. Son unas doce horas de camino, será mejor que nos pongamos en marcha.

Sharon ayudó a la chica a levantarse, bajaron durante dos kilómetros hasta llegar al lago, después comenzaron a bordearlo mientras amanecía. Al menos habían sobrevivido un día más, parecía poca cosa, pero cuando tu vida pende de un hilo, un amanecer es toda una eternidad.



## 20.UN ARMA

*Sandpoint Island Provincial Park, Canadá, otoño.*

Thunder Bay era el culo de Canadá. Había sido durante mucho tiempo un asentamiento de tramperos franceses; después un emplazamiento minero y más tarde una misión católica que pretendía evangelizar a los nativos de la zona. En la actualidad algo más de cien mil almas intentaban sobrevivir a los rigores de su clima y la orografía. Lucke odiaba la ciudad mucho más que Toronto. Allí podía verse cada día a cientos de personas de su pueblo degradarse con el alcohol y las drogas en barrios marginales construidos para los nativos, mientras los jefes vivían cómodamente en otra parte de la ciudad. En la ciudad había muchas iglesias, llenas de charlatanes que terminaban de exprimir los pocos recursos que les quedaban a los nativos, aunque algunas comunidades de extranjeros sí parecían medrar en medio de aquel caos.

Dejaron atada la lancha con una cadena y un candado y se dirigieron al casino. El establecimiento abría las veinticuatro horas del día. Conocía a algunos de los empleados; harían algunas preguntas discretamente, pasarían la noche en algún hotel barato y verían hacia dónde les llevaba la investigación.

Jane parecía cansada y algo mareada. El último tramo había sido movido por el viento y el frío había llegado de repente, sobre todo a medida que el sol comenzaba a aflojar.

El casino estaba diseñado con mal gusto, burdo, soez y anticuado, pero continuaba siendo una máquina de dinero para sus dueños. Miles de jubilados de las ciudades cercanas pasaban por allí para gastarse la pensión y buscar un poco de emoción a sus anodinas vidas.

Pasaron al gran recibidor, no había mucha gente a aquellas horas. Hasta bien entrada la noche no se acercaban los incautos que se jugaban todo por nada.

Lucke se dirigió directamente a la barra, llamó a un hombre con una larga coleta en la espalda y este se acercó sonriente.

–Amigo, cuánto tiempo sin verte. Creía que te habías retirado del negocio.

–Ahora vivo como nuestros antepasados, en mitad de los bosques sagrados.

–Joder, sin teléfono móvil, pizza ni McDonald. Dios mío, eso no es vida – bromeó el hombre.

–Tampoco lo era sacar borrachos todas las noches de este antro. Por lo que veo, todo sigue igual.

–Igualito, si la gallina de los huevos de oro sigue produciendo, qué necesidad hay de cambiarla por otra.

Lucke miró a un lado y al otro y después le mostró una foto de la chica.

–¿La has visto?

El hombre la miró brevemente, después a la mujer que le acompañaba, el parecido era evidente.

–No me quiero meter en líos, esta gente no se anda con chiquitas. El otro día reventaron a un tipo a las afueras de la ciudad. Ya sabes lo que les sucede a los chivatos.

–No me jodas, es un favor de amigo. Únicamente dime lo que sepas, me marcharé y no te molestaré más.

El hombre dudó, pero cuando Lucke le pasó un billete de cien dólares, soltó enseguida la lengua.

–La vi hace unos seis meses. Una niña muy mona, pero con dos cojones. Creo que le arrancó de un mordisco el pene a un cliente y la devolvieron a los traficantes. Esos tipos están por el norte de Fort France, en una de las carreteras secundarias que llevan al lago. No puedo decir mucho más.

–Nos has sido de gran ayuda.

Salieron del casino satisfechos, habían conseguido mucho más de lo que

esperaban. Jane estaba eufórica, compraron vino para celebrarlo y se metieron en la habitación de un hotel cercano.

–Esa es mi Edda, le arrancó el pito a un maldito violador –dijo sonriente.

–El lugar que nos ha dicho está a unas diez horas en lancha. Puede que la deje aquí y alquilemos un coche, en dos horas estaremos allí.

–Perfecto, muchas gracias por todo. No sé qué habría hecho sin ti. Ahora sé que está viva, que está bien y que podemos sacarla de aquí. Dios mío, brindemos.

Se bebieron toda la botella en menos de una hora, no pararon de hablar, de contarse mutuamente la vida, parecía que estaban hechos el uno para el otro.

–Soy muy afortunada, mi madre siempre decía que de algo malo siempre surge algo bueno.

Él se acercó y muy lentamente la besó. Sintió que aquello no era esa sensación impulsiva y agresiva que había experimentado hasta entonces. No quería hacerle daño, necesitaba hacerla feliz. Se abrazaron y rodaron por el suelo, la desnudó lentamente y la llevó hasta la cama. Ella le esperó impaciente, consumida por el deseo y con una sensación de euforia que no experimentaba desde hacía años. Lucke se puso encima y comenzó a penetrarla lentamente, mientras no dejaba de mirarla a los ojos. El resto fue muy rápido: la puerta se abrió, un desconocido entró y le clavó un cuchillo en la espalda antes de que pudiera reaccionar. A la cuarta puñalada, Lucke se derrumbó agonizando sobre la mujer. El asesino le apartó, llevaba la cara tapada con un pasamontañas, pero sus ojos brillaron en la oscuridad.

–Siempre nos cobramos nuestras deudas –dijo el hombre, después cerró la puerta y se marchó tranquilamente en su coche, se quitó el pasamontañas y condujo hasta un restaurante cercano.

## 21.LUCHA

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Isabelle creyó que no saldría con vida de aquello. Aquel tipo parecía estar fuera de sí. La golpeaba, la insultaba y cuando se puso encima de ella, pensó que todo estaba perdido. Miró alrededor. Estaba sobre el sillón del salón de la cabaña. Al otro lado había un amplio ventanal y a su espalda una mesita con una lámpara de hierro. Intentó cogerla, pero no llegaba, se estiró un poco, la rozó con la punta de los dedos y después logró acercarla, la aferró y le golpeó con todas sus fuerzas al individuo.

–¡Maldita zorra! –gritó el hombre tocándose le frente ensangrentada.

Ella le observó aterrorizada, no se podía mover, aquellos ojos destilaban odio puro.

–En cuanto termine, te mataré. No me importa lo que diga mi madre, te juro que lo haré.

Isabelle intentó golpearle de nuevo, pero él detuvo su mano y le quitó la lámpara, lanzándola contra el cristal. Este se hizo añicos y el aire fresco del lago penetró por el ventanal.

La chica estaba comenzando a resignarse cuando escuchó unas voces a su espalda. El hombre se giró, otra maldita interrupción. No se había molestado en comprobar que la casa estaba vacía, un error más.

No había nadie a su espalda, pensó que estaba comenzando a volverse loco. Se levantó del sillón, cogió con un brazo a la chica y se la llevó al dormitorio. Se había tranquilizado un poco, sabía que no podía matarla, pero quería divertirse un buen rato con ella.

Isabelle pataleó y gritó como una loca, aunque sabía que no serviría de mucho en mitad del bosque. Él la tiró con violencia sobre la cama y se la quedó contemplando.

–Llevo meses esperando este momento. Mi madre es demasiado estricta,

nadie se dará cuenta de que ya estás estrenada. Menos aún, esos viejos verdes y ricachones a los que ya no se le levanta.

Isabelle le miró aterrorizada mientras se quitaba la camiseta y los pantalones. Desnudo parecía aún más grande que con la ropa puesta. El hombre se inclinó hacia ella y le dijo en un susurro.

–Esto puede ser doloroso o placentero, tú eliges.

Ella cerró los ojos e intentó evadirse, pensar que se encontraba en un lugar muy alejado, en su antigua vida, antes de que comenzase aquella terrible pesadilla.

Alguien entró por el roto ventanal y estuvo husmeando en el salón. Después vio a un hombre muerto en la entrada y escuchó ruidos al fondo del pasillo. Tomó el rifle guardado en una vitrina y lo cargó. Después se encaminó hacia la habitación.

–¡Quieto! –gritó. El gigante se giró sin levantarse de la posición en la que estaba. Una mujer le apuntaba con un rifle.

–¡Cerdo, deja a esa chica!

El hombre se apartó a un lado, la mujer observó la cara de la joven y la reconoció de inmediato.

–¡Dios mío! –exclamó sin dejar de apuntar al hombre.

La chica se levantó de la cama y se tapó, después se colocó a su espalda.

–Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Eres Isabelle, la hija de Victoria.

La chica la miró asombrada, no sabía que nadie estuviera buscándola y nunca había visto a esa mujer.

–Bonito reencuentro –dijo el gigante sobre la cama–. Será mejor que se marche y no se meta en nuestros asuntos.

–¿Sus asuntos? ¿Asesinar a un pobre turista y violar a una menor?

–En esta zona tenemos nuestras propias leyes, nuestras normas. Nadie de fuera va a venir a decirnos cómo tenemos que vivir.

La mujer pensó en dispararle y acabar con todo aquello, pero al final se controló.

–Nos lo llevaremos, será la prueba que necesito.

–¿La prueba? –preguntó el gigante confuso.

–De todo lo que está sucediendo aquí. Las autoridades ya no podrán mirar a otro lado.

–Nosotros controlamos a las autoridades. Márchese y no le haré nada, pero si mete las narices donde no le llaman, lo pasará muy mal.

La amenaza del hombre no le impresionó. Era un matón de poca monta, con más músculos que cerebro, pero sabía que tenía razón. La policía local tenía que estar implicada en todo aquello. Debería viajar con los dos a Toronto o a alguna otra gran ciudad.

Lanzó unas esposas a la cama y le pidió al secuestrador que se las pusiera atadas a la espalda.

–¿Por qué diablos iba a hacer algo tan estúpido? Ven y pónmelas tú misma.

La mujer titubeó, el hombre pegó un salto e intentó quitarle el arma. Forcejearon y se disparó. Isabelle corrió hacia el salón, mientras la mujer y el secuestrador luchaban.

–Ahora te enseñaré una lección, nadie se mete con un Green, te lo aseguro.

La mujer intentó quitárselo de encima, continuaba sujetando el rifle, pero él tiraba con fuerza y comenzaba a escurrírsele entre los dedos. Giró la mano e intentó dispararle a bocajarro, pero erró el tiro.

El hombre logró aferrar el arma con las dos manos y apretó el cuello de la mujer con fuerza. No podía respirar, intentó con todas sus fuerzas separar el fusil de su garganta, pero era imposible.

Isabelle corrió desde el salón, había cogido un cuchillo de la cocina, vio al hombre sobre la mujer y sin pensarlo dos veces se lo hincó en la espalda al

secuestrador. Este aflojó de inmediato las manos, se giró y dio un manotazo a la chica, lanzándola a un lado de la habitación.

La mujer aprovechó el momento para quitarse de debajo, empuñó el fusil y apuntó de nuevo al hombre.

–¡Estate quieto! –gritó fuera de sí.

El secuestrador se giró para quitarle de nuevo el fusil, pero la mujer no se lo pensó, apretó el gatillo hasta vaciar el cargador por completo. El tipo se derrumbó sobre la cama en medio de un charco de sangre.

Isabelle se levantó dolorida del suelo, miró a la mujer y se abrazó a ella. Por primera vez en meses se sentía a salvo de nuevo.

## 22.LA VERDAD

La policía llamó a la puerta, pero el viejo *sheriff* no pareció inmutarse. Encerró a la niña en su habitación y bajó las escaleras despacio, como si esperara una visita. Abrió la puerta y observó a los dos agentes. Uno era un hombre hispano, de mediana edad, con bigote y algo de barriga; la otra una chica rubia, pequeña y menuda.

–Buenos días, queremos hacerle algunas preguntas.

–Ustedes dirán, agentes. ¿Quieren pasar? Fuera hace un calor terrible.

–Muchas gracias –comentaron los dos policías agradecidos. Llevaban todo el día bajo aquel sol terrible, hablando con vecinos cercanos e intentando imaginar qué le había pasado a aquella pobre señora.

–¿Es usted el dueño de la casa?

–No, ya me gustaría, la he alquilado un tiempo. Soy el *sheriff* Charles Mason, bueno, quiero decir el *sheriff* retirado Charles Mason. Me acabo de jubilar. Vivo con una niña, digo a todo el mundo que es mi nieta, pero en realidad es la hija huérfana del que fue mi último caso, un triste episodio en el que asesinaron a una familia, la pobre niña es la única superviviente.

–Entiendo, ¿por qué tiene usted a la niña? –le preguntó la mujer.

–Tiene razón señorita, soy un sentimental. La pobre tenía que haber pasado a asuntos sociales y a un centro de acogida, mientras se buscaba una familia para ella, pero me tiene mucho cariño y pensé que estaría mejor conmigo estos meses. No he tenido hijos, mi profesión siempre me absorbió demasiado, pero me encantan los niños. Ahora mismo está descansando un poco, no para de jugar todo el día.

–¿Conocía a su vecina?

–¿La señora de la casa al final del camino? Un par de veces habló con la niña y conmigo, nos trajo tarta y se ofreció a echarnos una mano. La



visitamos en una ocasión, siempre es bueno tener cerca a vecinos amables y hospitalarios –comentó mientras se encendía un cigarro–. ¿Les molesta que fume?

–No, por favor. Está en su casa –dijo el policía.

–La señora Preston ha fallecido. No estamos seguros de lo que le ha pasado. Un sobrino suyo nos llamó preocupado, al parecer no le cogía el teléfono. Llamamos a la puerta, pero no nos abrió nadie. Miramos por la parte de atrás y nos vino un desagradable olor. Al final nos decidimos a entrar, la encontramos tumbada en el suelo del sótano, creemos que se cayó por las escaleras –le explicó la mujer.

–Lo lamento, esos desgraciados accidentes son terribles. Cuando llegamos a cierta edad estamos más torpes y nuestros reflejos no son lo que eran.

Se escucharon unos golpes en la planta de arriba. Los tres miraron al techo del salón.

–Creo que la niña se ha despertado.

–No pretendemos molestarle más, señor Mason.

–No se preocupen, la niña puede esperar, seguro que se levantó con hambre y quiere merendar. A su edad no paran de comer todo el tiempo.

–¿Vio algo sospechoso estos días? ¿Pasaron por aquí coches extraños, personas desconocidas?

–Que yo sepa no. Algunos días nos vamos a pescar, pero por las tardes siempre estamos de vuelta. No hemos visto ni oído nada –dijo sonriente, mientras los golpes aumentaban de intensidad.

–Muchas gracias –dijo la mujer.

–¿Podríamos hablar con la niña? –preguntó el hombre mientras se ponían de pie.

–Desde que sucedió lo de sus padres se encuentra muy alterada. No es bueno, según los psicólogos, someterla a ningún tipo de estrés, hablar con dos

policías uniformados sería demasiado para ella.

La niña comenzó a patear su puerta y después se acercó a la ventana, la abrió y vio a dos agentes saliendo de la casa. Esa era su oportunidad.

–Por favor, soy Charlotte Landers, este hombre me tiene secuestrada. Mató a la vecina, la pobre señora quería ayudarme...

El *sheriff* miró hacia la ventana, después se dirigió sonriente a los dos agentes.

–Ya les comenté que estaba algo alterada. No sabe lo que dice.

La mujer frunció el ceño, el hombre se quedó parado, mirando hacia la ventana.

–Creo que será mejor que hablemos con la niña. Acaba de decir...

–Está trastornada, no le hagan caso –dijo el *sheriff* comenzando a impacientarse.

–Lo siento, debemos...

Antes de que el policía terminase la frase, el *sheriff* sacó su arma y le disparó. Después apuntó a la mujer y logró abatirla a la primera. Los remató en el porche y miró de nuevo hacia la casa. Aquella niña había atravesado una línea peligrosa y él había perdido la paciencia.

–Ya subo, querida. No te preocupes, todo saldrá bien, el abuelo Mason te ayudará a tranquilizarte, para que dejes de sufrir.

## 23.VIDA

*En algún lugar cerca de la frontera con Canadá.*

Estuvo un buen rato paralizada por el terror y sin saber qué hacer. El cuerpo de Lucke seguía en la cama, había muerto casi de inmediato, mientras ella se encontraba sentada en la única parte de las sábanas que no estaba encharcada de sangre. Tenía los brazos y el pecho manchados, también parte de la cara y el pelo. Desconocía el tiempo que había permanecido en ese estado catatónico, con la vista perdida, sin saber qué hacer. La habitación estaba registrada a su nombre. La habían visto entrar con Lucke. Si se marchaba sin decir nada a las autoridades, podían acusarla de asesinato o por lo menos de ocultación. Si lo denunciaba, puede que los policías la retuvieran durante días o semanas. No dejaba de ser una extranjera que, después de un año, había regresado para buscar a su hija desaparecida.

Jane se puso a pensar en todo lo sucedido, en el encuentro con el hombre, su llegada al casino y la información que le habían dado. Intentó recordar la frase que el asesino le había dicho justo antes de acabar con él. No la recordaba con exactitud, pero había entendido que tenía más que ver con algunas deudas de juego de Lucke que con lo que ellos investigaban.

Al final decidió ducharse, tal vez el agua relajante la ayudara a pensar con más claridad. Después de un rato, se decidió a salir y ver de nuevo el cuerpo antes de tomar una decisión definitiva.

–Lo siento, pero mi hija no puede esperar –dijo en voz alta al hombre. Después se vistió, tomó las llaves del candado de la lancha y colocó en la puerta de la habitación el cartel de no molestar.

Aún era de noche cuando atravesó la ciudad, las luces de los casinos y los coches que circulaban por las calles le advirtió de que aquella era la hora en la que los turistas regresaban a sus hoteles, después de toda una noche de

juego, alcohol y sexo. Intentó no pensar en si alguno de aquellos tipos, gordos y deformes que viajaban en sus coches caros, había estado con su hija. Llegó al embarcadero y tomó la lancha. Afortunadamente, el asesino de Lucke no la había destrozado ni llevado en pago a sus deudas. Encendió el motor e intentó recordar las indicaciones del camarero del casino. No las había localizado en el mapa, pero sabía que estaban más al oeste. En cuanto se alejara de todo aquello las buscaría. Mientras, prefería disfrutar de la brisa fría que había logrado despejar su cabeza. Se encontraba sola de nuevo, pero, de alguna forma, la ayuda de aquel desconocido la había puesto en el camino indicado. Se sintió mal al pensar que por su culpa Lucke había regresado a aquella ciudad y le había costado la vida. Intentó apartar esa idea de su cabeza, pero la sustituyó por otra aún peor. No entendía cómo había podido engañar a su marido. Llevaban un tiempo separados pero le quería. Deseaba recuperar a su familia, luchar para que todo fuera como antes. Sin embargo, se había acostado con aquel completo desconocido. La única explicación que se le pasaba por la cabeza era la profunda soledad que había experimentado aquel año. El vacío, el miedo y la rabia eran los enemigos más despiadados de la felicidad, como tres perros rabiosos que atacaban y arrebataban lo que más quería en este mundo. Decidió que encontrarse o no encontrarse a Edda regresaría a casa, reconquistaría a su marido y volverían a ser una familia.

Mientras la embarcación avanzaba por el oscuro lago a aquellas horas de la madrugada, notó que una lancha se ponía casi a su altura, se asustó y aceleró; después se acercó a la orilla y apagó el motor, mientras ocultaba la lancha entre la maleza que crecía en la orilla. Una lancha pasó de largo. Ella se quedó quieta, conteniendo la respiración. Acababa de descubrir por qué aquel asesino le había matado. Apoyó las manos en la cara e intentó tranquilizarse. Cuando se quiso dar cuenta, estaba orando, con la cara empapada en lágrimas y el corazón desbocado por la angustia.

# CUARTA PARTE

## 24.UNA CASA SOLITARIA

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Después de dos horas caminando les sorprendió ver aquella cabaña en medio de la nada. Un bosque podía producir la misma angustia que estar abandonado en medio del océano o perdido en el desierto. Millones de árboles, que durante kilómetros lo cubrían todo y alejaban toda esperanza de sobrevivir, producían una sensación de desamparo enorme.

Sharon animó a Edda que apenas podía caminar. Se encontraba muy débil, casi sin fuerzas. Miraron por la parte delantera de la cabaña. Si había algún vehículo aparcado sería la señal de que se encontraba habitada y que podrían ayudarlas. Al lado de la entrada había dos coches, un todoterreno nuevo de alquiler y a su lado una furgoneta con un lateral destrozado. A la agente le extrañó que hubiera dos vehículos. Se acercó a ambos y tocó el capó.

–Aún está caliente.

–¿Qué importa eso? Hemos encontrado ayuda, ahora podremos llegar a la próxima ciudad y escapar de los asesinos.

Sharon miró a la chica con cierta pena, aquella no era una buena señal.

–Será mejor que tomemos algunas precauciones. Quiero que te escondas entre esos árboles hasta que te dé la señal.

La chica se quejó al principio, pero terminó obedeciendo a la agente. Sharon rodeó la casa y fue mirando por las ventanas, pero la mayoría de los estores estaban echados. No se veía a nadie. Llegó a la parte que daba al lago y se asomó discretamente por un gran ventanal. Al principio no vio nada a contraluz, pero al rato logró fijarse en dos bultos que se movían en un sillón. No se distinguían bien, pero parecían un hombre y una mujer. Seguramente un par de tortolitos celebrando su soledad en medio de la nada. Aunque seguía preguntándose por la furgoneta, aquel trasto viejo y abollado no encajaba en ninguna parte.

Se escondió de nuevo detrás de la pared de madera y justo en ese momento escuchó un fuerte golpe, el cristal se hizo añicos y oyó la voz de un hombre. Cuando se atrevió a mirar de nuevo, el salón estaba completamente vacío. Entró en la casa y vio el cadáver de un pobre diablo en la entrada. Ya no tuvo dudas de que algo andaba mal, tomó el arma y se dirigió a la habitación al fondo del pasillo. La puerta se encontraba entreabierta. La empujó un poco y ante sus ojos apareció aquel hombre sobre una chica. A ella no la veía con claridad.

El resto sucedió muy rápido. El tipo acabó muerto y aquella pobre desgraciada era Isabelle, la hija de Victoria. Se sintió satisfecha de haber encontrado a una de las chicas.

Las dos mujeres se abrazaron un buen rato, hasta que Sharon recordó que la pobre Edda esperaba asustada fuera. Salió a por ella. Después buscó en el bolsillo del muerto las llaves del coche.

Encontró a Edda, la llevó a la casa y le ofreció algo para beber. Después comieron algo de sobras que había en la nevera, tomaron leche y unos dulces. Al poco rato sintieron que recuperaban sus mermadas fuerzas. Apenas se dirigieron la palabra durante todo ese rato.

–Tenemos que irnos cuanto antes, nos siguen unos tipos –dijo mientras se levantaba de la mesa.

–¿Quién os sigue? Tienes que contarme muchas cosas. ¿Qué ha pasado con mi familia? ¿Cómo me has reconocido? ¿Quién es ella?

Sharon dudó unos instantes. No estaba segura de que contarle lo sucedido fuera una buena idea. Necesitaba primero sacarla de allí; su hermana estaba secuestrada en algún lugar del sur del país, en manos de un psicópata, su antiguo jefe.

–Responderé a todas tus preguntas en el coche.

–No, quiero que me respondas ahora. Llevo semanas dándole vueltas a

todo. No sé nada de mis hermanos, de mi madre. Mi padre sé que está... –No terminó la frase y se echó a llorar. Necesitaba sacar de dentro toda esa tensión, mezclada con miedo y rabia.

–Será mejor que nos marchemos antes de que lleguen esos tipos –insistió Sharon. Edda se puso de pie, Isabelle las miró indecisa, pero al final se dirigieron al coche, cuando escucharon ruido de motores.

–¡Mierda! Demasiado tarde –dijo Sharon, que llevaba el rifle en la mano. Vamos por aquí, debe haber alguna barca.

Corrieron a la parte trasera, allí había un embarcadero con una lancha. Escucharon voces a su espalda, pero prefirieron no hacer caso. Su única oportunidad era salir cuanto antes de allí.

La primera en saltar fue Isabelle, después Edda y por último Sharon, que miró por última vez la cabaña. Tres tipos corrían por el lateral con sus fusiles. Ella apuntó y disparó al que estaba más cerca, en cuanto se vieron atacados se tiraron al suelo y se pusieron a resguardo.

–¡Arranca eso! –le gritó a Isabelle.

La chica lo intentó un par de veces, pero sin éxito. Sharon continuaba con una rodilla en tierra manteniendo a raya a sus perseguidores.

–Déjame a mí –dijo Edda ocupando su lugar. Tiró de la cuerda y enseguida se escuchó el rugido del motor. Sharon disparó por última vez y saltó a la embarcación.

La mujer tomó el timón y la lancha salió disparada al meter la hélice en el agua. Los hombres avanzaron y se escucharon los disparos muy cerca. Cuando los secuestradores llegaron al embarcadero, ellas no estaban a tiro.

Sharon dirigió la barca hacia el sur, con un motor como aquel en menos de una hora se encontrarían cerca de algún pueblo o *camping*. Las dos chicas estaban en la parte delantera dejando que el viento las refrescara la cara.

–¿Estamos a salvo? –preguntó Edda, que ya no se fiaba de la buena suerte.



En dos ocasiones habían logrado dar con ellas.

–Esta es la definitiva, cielo –dijo Sharon demasiado optimista. El motor comenzó a perder fuerza y se detuvo al poco rato.

–¿Qué sucede? –le preguntó Isabelle.

La mujer miró el fueraborda, tenía un agujero en la parte inferior por la que se había escapado el combustible.

–Creo que hay un problema.

Las dos chicas la miraron asustada. Sharon buscó remos y logró encontrar dos pequeños, no eran gran cosa, pero les serviría para llegar a la orilla. Comenzaron a remar despacio, la corriente parecía llevarlas hacia el sur. Unos minutos más tarde, la velocidad del agua aumentó considerablemente.

–¿Por qué hay tanta fuerza en el agua? –preguntó Edda a la mujer.

–No lo sé, aunque esto únicamente puede indicar una cosa, la corriente nos lleva a una especie de río. Será mejor que intentemos salir del lago.

Las dos chicas remaron con todas sus fuerzas y Sharon utilizó las manos, pero todo fue inútil. La lancha cada vez alcanzaba más velocidad. Hasta que vieron un ancho río que comenzaba justo a un kilómetro. Las dos orillas se encontraban demasiado lejos para alcanzarlas.

Sharon movió el timón, les indicó a las chicas cómo remar, pero al poco rato a Isabelle se le cayó al agua uno de los remos.

–Será mejor que os agarréis. No podemos luchar contra la corriente.

La lancha entró en el río a toda velocidad, como si fuera una cáscara de nuez. La embarcación se zarandeaba, estuvieron a punto de volcar un par de veces, pero Sharon apoyada en la popa se giraba a un lado y al otro para recuperar el equilibrio.

El agua comenzó a ir más y más rápido, después se estrechó en una profunda garganta, las rocas se asomaban a los lados y la embarcación lograba esquivarla, el agua entraba dentro y las dos chicas se esforzaban en

no soltarse y caer en la gélida corriente.

## 25.EL BOSQUE

*En algún lugar de la frontera, otoño.*

Jane intentó tranquilizarse, aunque sabía que era casi imposible. Todavía sentía la sangre caliente sobre el cuerpo y esa sensación de estar muerta en vida. ¿Quién la seguía ahora? ¿Por qué no habían acabado con ella en la misma habitación?

La lancha pasó de largo, esperó un buen rato y encendió el motor. El sonido se le hizo casi ensordecedor en mitad del silencio del lago. Afortunadamente se había levantado algo de niebla y podía desplazarse sin ser vista, aunque eso le dificultaba orientarse. Navegó durante una hora antes de ver tierra. Miró la brújula del teléfono, parecía que estaba yendo en la dirección correcta. Aquel camarero había dicho el nombre del pueblo más cercano y cómo dirigirse hasta la granja en medio del bosque.

La mujer se acercó a la orilla, ocultó la barca y caminó por el bosque. Era muy similar al de la otra isla, una inmensa masa forestal que parecía no tener fin. Después de media hora encontró la carretera principal y la indicación hacia el pueblo. Sabía que debía ir en dirección contraria. Caminó por el borde hasta que escuchó un coche. Al principio se ocultó, pero después se dio cuenta de que era un coche patrulla. Salió de su escondite y comenzó a agitar las manos, hasta que el vehículo paró justo a sus pies.

–¿Qué le sucede, señora? –preguntó un agente de policía.

–Soy Jane Danielsen, estoy buscando a mi hija Edda. Desapareció hace casi un año, alguien me ha dado una información fiable de que está encerrada en una granja muy cercana.

–¿Una granja cercana? La única que queda cerca es la de los Green. La llevaré hasta allí, pero es una familia muy normal. Nunca ha dado problemas en esta comunidad.

El hombre le abrió la puerta del copiloto y la mujer entró con dificultad.

Después el policía se puso al volante.

–Tengo muchos trastos por medio, es la costumbre de patrullar siempre solo. Lo lamento. Aquí no tenemos presupuesto para ir en parejas y nuestra jurisdicción es enorme, casi inabarcable.

–Le entiendo.

–Por eso, a veces es muy difícil organizar partidas de búsqueda, mucha gente quiere desaparecer, rehacer su vida en los Estados Unidos o Canadá. Una buena excusa es que te has perdido en el bosque y te den por desaparecido.

Jane frunció el ceño y se cruzó de brazos.

–Mi hija es una adolescente, no tiene ni edad para votar.

–Una etapa difícil, tenemos decenas de casos todos los años de fuga de menores. Lo más triste es que la mayoría caen en la droga o la prostitución. Es más fácil encontrar a esas pobres chicas en una gran ciudad que aquí. Las megaciudades las atraen como las polillas a la luz. Sueñan con ser actrices, cantantes y con comerse el mundo, pero el mundo termina devorándolas a ellas.

–Estábamos aquí de vacaciones, no conocía a nadie en el país y Edda nunca nos contó que quisiera convertirse en una estrella, quería ser abogada como yo.

–No pretendía molestarla, simplemente le hablaba de la realidad a la que nos enfrentamos cada día. No es mi intención desanimarla, pero si su hija no quiere aparecer, nadie podrá encontrarla.

–Mi hija no ha desaparecido voluntariamente. Lo único que le pido es que me acompañe a esa granja y me ayude a buscarla.

El resto del viaje permanecieron en silencio. Jane miraba por la ventanilla, mientras el policía parecía concentrado en el camino de tierra que se estrechaba cada vez más. Cuando entraron en una zona despejada, en donde

había dos edificios y restos de vehículos, el coche comenzó a aminorar la velocidad. Unos perros les salieron a recibir, aunque parecían más furiosos que contentos. Uno de los hombres de la casa los llamó y los sujetó fuertemente por el collar.

–Por favor, deje que hable yo.

El policía se bajó del coche sin alejarse mucho, ella permaneció sentada.

–Hola, ¿cómo están? He traído a una mujer.

La madre salió de la casa y se apoyó en la baranda del porche.

–Íbamos a ir a buscarte, mi hijo mayor no aparece. Fue a llevar un envío esta mañana temprano, pero no tenemos noticias de él, ya debía estar de vuelta en la casa.

–No podemos buscar a nadie antes de que pasen cuarenta y ocho horas al menos –le contestó el policía.

–No te lo pido como agente, lo hago como tía.

La mujer se quedó sorprendida al escuchar que el policía y aquella gente eran familia. Salió del coche y los dos perros comenzaron a ladrar.

–¿Quién es esa mujer? –preguntó la madre.

–Soy Jane Danielsen, busco a mi hija Edda –Después sacó una fotografía algo arrugada del bolsillo.

–¿Por qué piensa que alguien de esta casa puede haberla visto? A veces pasamos semanas sin cruzarnos con nadie en este bosque. Nuestra casa se encuentra muy apartada.

–Me dijeron en un casino de Thunder Bay que mi hija estaba aquí.

–¿En Thunder Bay? No me importa lo que digan esos malditos indios, debimos exterminarlos cuando tuvimos ocasión, lo único que saben hacer es vagar y emborracharse.

–Me gustaría registrar su casa –dijo Jane dando un paso adelante, los perros comenzaron a ladrar, el hombre apenas podía contenerlos.

–Señora, le comenté que me dejara a mí.

–Es su puta familia –dijo Jane al agente.

–¿Por qué has traído a esta zorra histérica? –preguntó la madre.

–¿Hubieras preferido que fuera al pueblo y comenzara a hacer preguntas sobre la granja?

–Señora, jamás he visto a su hija. Será mejor que salga de mi propiedad antes de que le soltemos a los perros o hagamos algo peor. Le aseguro que no estoy de muy buen humor.

–No me iré hasta entrar en esa casa –dijo señalando el edificio.

–Señora, tranquila. Métase en el coche –le pidió el policía.

–Y una mierda, voy a entrar.

El hombre soltó a los dos perros y corrieron directamente hacia Jane. La mujer se quedó quieta, sin saber qué hacer, mientras los dos canes movían sus enormes mandíbulas, ansiosos por probar de nuevo la carne humana.

## 26.AMOR

Charlotte corrió a la puerta, pero antes de cruzar el umbral vio al *sheriff* jadeante en las escaleras. No sabía qué era capaz de hacerla, pero temía que su paciencia se hubiera agotado. Los cuerpos de los dos policías en la entrada eran la prueba de que las cosas se estaban torciendo. Corrió hacia la ventana, salió al tejado y comenzó a caminar por el tejado de madera. El hombre se asomó por la ventana y la llamó a voces.

—¿Dónde coño vas? No voy a hacerte nada, estoy cabreado, pero después de tanto esfuerzo no voy a echar a perder mi inversión. Simplemente aceleraré el proceso. No me gusta dar la fruta poco madura.

La niña gateó hasta la otra ventana y logró entrar. El hombre corrió hacia la habitación de al lado, pero ella ya trotaba escaleras abajo.

—Como corre la condenada —dijo mientras intentaba bajar las escaleras a toda velocidad sin matarse.

El *ssheriff* salió al porche, pero la niña no estaba allí, corría por el camino polvoriento hacia la otra casa cercana.

—Veo que no ha aprendido la lección —dijo entre dientes el hombre, después tomó su coche y pisó el acelerador.

La niña corrió bajo el sol abrasador del mediodía. La casa estaba a algo más de tres kilómetros. Escuchó el motor de un coche a su espalda, se giró y vio el todoterreno del *sheriff*.

Aquella zona no se encontraba muy arbolada, no había ningún lugar donde esconderse. Su única posibilidad era llegar a la casa, pero tenía miedo por lo que pudiera suceder a la gente que viviera en ella.

El coche estaba a punto de alcanzarla cuando el *sheriff* divisó un tractor que se acercaba de frente. La niña corrió hacia él.

El granjero paró el motor al ver una figura pequeña en medio del campo. A

lo lejos una montaña de humo indicaba que un coche se acercaba a gran velocidad. El hombre saltó del tractor y se acercó a la niña.

–¿Qué te sucede pequeña?

Charlotte se encaminó hasta él, pero estaba jadeando y no podía hablar.

–¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

La niña señaló el coche que venía detrás y que estaba a punto de alcanzarlos.

–Ese hombre me quiere secuestrar, hace un momento ha matado a dos policías.

–¡Dios mío! –exclamó el granjero. No era mayor, parecía que no tenía más de sesenta años, pero se mantenía como un roble.

–Está armado –le advirtió la niña.

Miró al tractor, era demasiado lento para que llegaran a la casa. Al otro lado había un terraplén que llevaba al río. Si llegaban hasta allí, estaba seguro de que lograría despistarle. Después ya pensaría algo.

–Sígueme –dijo el hombre dándole la mano.

Corrieron hacia el desnivel, se tiraron como si fuera un tobogán hasta llegar al río. Mientras, el coche del *sheriff* se detuvo arriba y observó el desnivel.

–¡Mierda! –dijo pensándose cómo bajar por ese lado. Su cuerpo ya no era ágil precisamente. Al final se tiró y acabó rodando cuesta abajo, llegó al suelo arenoso medio aturdido y con moratones por todo el cuerpo.

El *sheriff* logró incorporarse, miró a la corriente de agua y los árboles que crecían en la ribera, no había ni rastro de la niña.



## 27.SOBREVIVIR

Todos tenemos impresos desde el nacimiento el instinto de supervivencia o eso es lo que al menos creía Jane. Aquel día pareció fallar, al menos a ella. Los perros estaban a punto de morder sus manos, que había echado para adelante para protegerse, cuando escuchó dos disparos. Le pasaron muy cerca, pero terminaron impactando primero en uno de los perros, que apenas dio un gemido y cayó redondo al suelo, después en el otro, que no tardó mucho en imitarlo. Ambos se revolcaron en su sangre hasta perder el último aliento de vida.

La familia miró asombrada lo sucedido, después intentaron localizar de dónde salían los disparos, pero no se veía a nadie.

–¿Qué ha pasado? –dijo el hijo pequeño, que había dedicado su vida a cuidar de los dos perros.

El otro hermano salió del granero con un fusil, pero antes de que pudiera acercarse a Jane, un tiro le acertó en la cabeza. El policía sacó el arma y también el hermano pequeño. Se escucharon disparos, Jane se lanzó al suelo y cuando levantó la vista vio cómo caía el hermano pequeño. La madre gritó y corrió hacia él. Más tarde, se escuchó otro disparo y Jane vio al policía morir justo a su lado. Se acercó y cogió su arma, después se escondió debajo del coche.

–¡Malditos hijos de puta! –gritó la madre. Tomó el arma del hijo y comenzó a disparar desesperada. Aunque no sabía a quién se dirigía.

Una bala le alcanzó en el hombro y el arma se le cayó al suelo. Entonces un hombre salió de entre los árboles, su aspecto era de nativo. Caminó hasta la mujer, que se aferraba el brazo herido, intentando cortar la hemorragia.

–Os advertimos de que si cometíais otro error, ya no seríamos socios. Los palurdos como vosotros no sabéis hacer nada sin meter la pata –dijo el nativo

mientras subía al porche.

–Nosotros no hemos hecho nada.

–Sois escoria, una de vuestras chicas está descontrolada, su madre la está buscando. Edda, se llama Edda.

–Nunca hemos tenido en esta casa a ninguna Edda. Son los Dumont, están en el otro lado de la isla.

Jane salió de su escondite y corrió hacia el bosque.

–La mujer se escapa –gritó la anciana.

El hombre se giró y la mujer aprovechó para sacar un cuchillo de sus medias e hincárselo en el brazo, muy cerca del corazón.

–¡Vieja del diablo! –gritó mientras la apartaba de un empujón.

El cuchillo seguía clavado en su cuerpo, pero antes de extraerlo, levantó el fusil y le disparó. La vieja cayó en el acto.

El nativo soltó el arma y extrajo el cuchillo con cuidado. La sangre corría a borbotones por su guerrera. Entró en la casa, se dirigió al mugriento fregadero y se lavó. Después buscó algún desinfectante, pero lo único que encontró fue una botella de ginebra. La derramó sobre la herida y sintió un dolor insoportable, que casi le hizo desmayarse. Se sentó en una silla y esperó a recuperar el aliento. Se puso un vendaje y salió a la entrada.

Sabía que la mujer ya se había escapado, tendría tiempo de ocuparse de ella. Conocía exactamente a dónde se dirigía, tomaría de nuevo la canoa para ir al otro criadero de chicas. Su jefe le había ordenado que se deshiciera de todos los paletos. Después debería reunirse con él, le había prometido que ambos viajarían a una isla del Caribe, para pasar el resto de sus vidas sin preocupaciones. Se puso en pie y comenzó a caminar. Esperaba llegar a la otra granja antes de que se pusiera el sol.

## 28.MALAS COMPAÑÍAS

La corriente se aceleró de tal manera que apenas podían sujetarse a la lancha. Si esta no se partía, terminaría volcando, lo que las lanzaría directamente contra las rocas. Sharon luchaba por mantener el rumbo hasta que se dio cuenta de que era un esfuerzo inútil, se aferró a la embarcación y dejó que la corriente hiciera el resto.

–¡Agarraos lo más fuerte que podáis! –les gritó a las chicas, que apenas lograban mantenerse dentro de la lancha.

Isabelle cerró los ojos e intentó relajarse, no se podía creer que después de tanto luchar terminara precisamente así, ahogada en un río o desnucada contra las rocas de los laterales. Pensó en su familia, Sharon no había querido contarle nada, pero ella temía lo peor.

Edda estaba al otro lado, tan asustada como su compañera, ambas habían pasado por el mismo infierno. Habían logrado sobrevivir a la peor experiencia de sus vidas, pero no estaba segura de que lograsen superar aquello.

El sonido de la corriente era ensordecedor, el agua helada las empapaba, mientras que algunas rocas salientes cortaban sus ropas o les hacían pequeños arañazos.

Estuvieron bajando por aquellos rápidos media hora. Comenzaban a perder las fuerzas y la lancha estaba medio inundada, cuando de repente el río se calmó y se abrió. A los lados se veían las orillas, no estaban demasiado lejos.

Sharon fue la primera en incorporarse, no tenían remos, pero con un poco de esfuerzo la corriente podía llevarlas hasta allí. Miró el timón del que ya solo quedaba un pedazo.

–¿Estáis bien? –preguntó a las chicas.

Las dos respondieron y se incorporaron, el agua las cubría hasta los

tobillos.

–¡Se está hundiendo! –gritó asustada Edda.

–¿Sabéis nadar? Si vemos que la lancha no se acerca, será mejor que lo intentemos a nado –les dijo Sharon.

La chica noruega era una buena nadadora, pero Isabelle apenas sabía flotar.

–Yo no sé nadar mucho –dijo la inglesa.

–Tranquila. Ayudadme a remar con las manos.

La barca comenzó a acercarse a la orilla izquierda, pero ante su asombro, de repente la corriente volvió a acelerarse.

–¿Otros rápidos? –preguntó Sharon sorprendida.

Las chicas desde su posición vieron que a lo que se enfrentaban era muy distinto. Un gran abismo formaba una inmensa catarata a unos pocos cientos de metros. No se veía el final de la caída, pero seguramente era mortal. Al menos eso pensaron.

Sharon remó con más fuerza, pero la lancha se volvió a centrar y dirigirse hacia la cascada.

–¿Qué hacemos? –le preguntó Isabelle.

–Tenemos que saltar. Es la única manera –dijo Sharon, mientras miraba la corriente.

–Va demasiado rápida –le contestó Isabelle aterrorizada.

Edda se lanzó al agua y comenzó a nadar con fuerza hacia la orilla.

–Ahora tú –dijo Sharon a la otra chica.

Isabelle estaba paralizada, no se atrevía a saltar. Era imposible que lo consiguieran.

–No puedo –dijo medio histérica.

Sharon se acercó a ella, intentó empujarla, pero no lo logró, la lancha se sacudió y cayó de espaldas, golpeándose en la cabeza. Se quedó aturdida en cubierta, mientras la embarcación se acercaba al salto de agua.

–¡Dios mío! –gritó Isabelle, que intentó reanimar a la mujer sin mucho éxito.

Al final le echó agua en la cara y Sharon volvió en sí.

–Tírate –dijo a la chica.

Isabelle se tiró y comenzó a nadar hacia la orilla, aunque apenas avanzaba. Sharon la siguió, pero su pantalón se quedó enganchado en el trozo de madera del timón. La barca seguía arrastrándola hacia el abismo.

–¡Isabelle! –exclamó medio ahogada.

La chica no podía escucharla con el bramido de la corriente.

Sharon comenzó a hundirse, luchaba con todas sus fuerzas, pero la corriente y la lancha la llevaban directa a la catarata, no se podía soltar ni nadar hacia otro lado. Logró sacar de nuevo la cabeza del agua para tomar un poco más de aire, miró a su espalda, la espuma de la catarata lo cubría todo, como una niebla espesa y fría, al verla pensó que se parecía demasiado a las puertas de la muerte.

## 29.DESASOSIEGO

Nunca se había sentido tan perdida. Había recorrido miles de kilómetros para buscar a su hija y, de alguna forma, era consciente de que apenas sabía quién era ella misma. Jane se sentía tan confusa como el mundo del que formaba parte. Cosmopolita, globalizado, chic, pero insustancial y vacío. Una náufraga en medio de un desastre de proporciones descomunales. Los grandes principios y valores se habían sustituido por otros más políticamente correctos. A pesar de trabajar en la defensa de los refugiados y condenando a regímenes autoritarios, cada vez era más difícil defender valores como la libertad, la solidaridad o la justicia. El relativismo primero y, más tarde, un nihilismo esquizofrénico estaban dinamitando los principios en los que se sustentaba la sociedad occidental. En cierto sentido, todo lo que pasaba en aquel lugar se parecía a lo que pasaba en todo el mundo. Lo único que importaba era sobrevivir y hacer dinero, todo lo demás era relativo, cuestión de negocios.

Mientras corría sin rumbo, perdida en medio de aquel bosque inmenso y despiadado, no dejaba de preguntarse qué sentido tenía todo aquello. Si lograba salvar a su hija de sus secuestradores y de la prostitución, de una vida miserable llena de dolor, acaso podría darle una existencia congruente, una razón para levantarse cada mañana. ¿No era todo el mundo esclavo del consumismo, del miedo al fracaso, del ansia terrible de una vida sin sentido?

El instinto de supervivencia hacía que se moviera de un lado al otro, que intentara escapar de una muerte segura, pero a medida que la adrenalina comenzaba a bajar y su cuerpo se agotaba, tenía menos razones para seguir luchando. A pesar de todo, de esa montaña rusa de emociones, por primera vez en mucho tiempo se sentía verdaderamente viva, como si en los últimos

años hubiera estado anestesiada, sin ser consciente de ello.

El último disparo retumbó en medio de aquel inmenso bosque, algunos pájaros revolotearon sobre sus cabezas. El asesino debía haber matado a su última víctima, sin que el mundo pareciera haber cambiado demasiado.

Jane corrió hacia el agua, comenzó a caminar por la orilla con la esperanza de encontrar de nuevo su lancha. A veces se caía, volvía a levantarse y caminaba como un autómata, repitiendo en su mente que debía encontrar cuanto antes a su hija Edda.

Tras casi una hora logró ver el lugar en el que había guardado la lancha, la desató, se montó en ella y arrancó el motor. La embarcación salió lentamente de la pequeña playa y comenzó a adentrarse en el lago. Tendría que pasarse el día buscando por la costa la otra granja, aunque tuviera que dar la vuelta completa a la isla.

El sol poco a poco perdía su fuerza y el frescor sustituía al bochorno, mientras la mujer intentaba asimilar todo lo que había sucedido en aquellas horas. Sacó la última tableta de comida energética que le quedaba y miró en la mochila que había dejado en la barca. Aún tenía dos botellas de agua, más barritas, chocolate y una especie de pan tostado. Con eso podía sobrevivir un par de días como mucho.

Esperaba llegar a la casa primero. Si el nativo encontraba antes a los secuestradores, terminaría con todos ellos, pero también con los posibles testigos.

El lago se comenzó a estrechar y llegó a lo que parecía la desembocadura cercana de un río; allí la corriente era más fuerte y el motor apenas hacía esfuerzo. No le quedaba demasiado combustible, si no daba con su hija antes de que se hiciera de noche, las posibilidades de encontrarla con vida serían nulas. Sin combustible, no podría regresar al sur y no sabía cuántas horas tendría que caminar antes de dar con un pueblo o algún resto de civilización.

Mientras la lancha avanzaba vio a lo lejos a alguien en el agua, parecía que intentaba nadar hacia la orilla. Su pelo rubio sobresalía de la espuma impetuosa del agua. Jane pensó que era su hija, desechando enseguida la idea. En la vida los golpes de suerte son tan escasos como las personas que se paran a agradecer a otras lo que han hecho por ellas.



## 30.MUERTE

Los secuestradores estuvieron a punto de perder el rastro de Sharon y las dos chicas. Uno de ellos, un tal Michel, intentó persuadir al jefe de que lo mejor era huir, dejar el negocio y esconderse más al norte hasta que todo aquello se olvidara. Al parecer en la Columbia británica estaba floreciendo el tráfico de drogas que llegaban a las grandes ciudades canadienses y estadounidenses de la costa del Pacífico, pero el jefe le había respondido que nadie logra medrar en corral ajeno. Los narcos de la zona habían desbancado a los mexicanos y estaban activos en una terrible guerra contra otros cárteles del país. Ellos no resistirían ni un mes en el territorio.

–Lo único que podemos hacer es atrapar a esas zorras y matarlas –dijo el jefe.

–¿Te fijaste que el cadáver de la habitación era un hermano Green?

–Eso son buenas noticias, ya no tendremos que compartir el mercado con la vieja y sus hijos retrasados.

Mientras caminaban por el bosque, se paraban cada dos o tres kilómetros para vigilar el lago. Estaban llegando a la zona de los rápidos, pero no había ni rastro de las mujeres.

–El *sheriff* siempre pensó que era mejor que las chicas estuvieran en granjas separadas, por si alguna vez escapaban que no pudieran encontrar el lugar en el que habían sido encerradas.

–El viejo ya no está, ahora nosotros mandamos aquí. Esos indios todavía contactan con él, pero cuando terminemos con este asunto, pondremos las cosas en su sitio. El *sheriff* se encuentra a miles de kilómetros de aquí, ya no controla una puta mierda.

Siguieron su camino hasta que el jefe se subió a una roca, para tener más perspectiva del lago.

–No se ve la lancha, esas putas han bajado por los rápidos –comentó al regresar con el resto del grupo.

–Están más locas de lo que pensábamos –dijo Michel.

–Puede que nos hayan ahorrado el trabajo de matarlas, pero hasta que no vea sus cuerpos no descansaré. Llegaremos al final de los rápidos, a la catarata, si han muerto el río las habrá llevado allí.

Aceleraron el paso, la mayor parte del camino era cuesta abajo y lo conocían como la palma de la mano. El único del grupo que se quejaba era el que Sharon había herido.

Cuando llegaron a una zona amplia, cerca de la playa, vieron algo que se movía sobre el agua. El jefe sacó de nuevo los prismáticos y estuvo un buen rato intentando entender lo que veía.

–¿Qué sucede? –preguntó Michel impaciente.

–Parece que se les estropeó el motor, la lancha va en dirección a la catarata, dos de las chicas están nadando hacia nosotros y la policía saca la cabeza de vez en cuando, debe haberse enganchado en la embarcación.

Sharon estaba comenzando a perder las fuerzas, Isabelle se sumergió e intentó desengancharla, se encontraban tan cerca de la catarata, que no estaba segura de que una vez liberada, alguna de las dos lograría llegar sana y salva a la otra orilla.

–Nada hacia allí –comentó la chica a Sharon, pero se encontraba tan aturdida y casi sin aliento, que únicamente lograba mantenerse a flote.

Isabelle la agarró y comenzó a nadar hacia la orilla opuesta, que parecía más cercana que a la que se había dirigido Edda. De vez en cuando, la fuerza del agua y el peso de la mujer las hundía, pero lograba salir de nuevo a flote. Lucharon contra la corriente, el abismo estaba tan cerca, que apenas lograban avanzar unos metros hacia la orilla.

–Ayúdame Sharon, no puedo sola.

La mujer había tragado mucha agua y su mente no terminaba de reaccionar, a pesar de todo se soltó de Isabelle y nadó con todas sus fuerzas hacia tierra firme.

Al otro lado, Edda parecía estar muy cerca de la otra orilla, la corriente en aquel lado era mucho más débil. De una forma uniforme y sistemática, daba cada brazada, con la mente en blanco, concentrada en su objetivo. No había resistido tanto tiempo para ahora morir ahogada.

Una voz a lo lejos le hizo reaccionar. Al principio creyó que se la estaba imaginando. Llevaba casi un año sin escuchar a su madre, ni siquiera en sueños, aunque la recordaba perfectamente. La segunda vez se paró en seco, levantó la cabeza y miró a su espalda. Una lancha se acercaba a toda velocidad. Una mujer le hacía señas con la mano. Ella intentó afinar la vista, las gotas de agua le velaba la vista, pero después de un gran esfuerzo logró reconocerla. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Estaban calientes en contraste con las gélidas aguas del lago, tal vez porque brotaban del corazón.

Edda comenzó a nadar hacia ella, pero vio que su madre le señalaba a su espalda. Se sintió confusa, pero al final se giró y vio a un hombre que se acercaba nadando y a otros dos apuntando con sus rifles a la lancha de su madre.

Jane pasó de la alegría al horror en décimas de segundo, los secuestradores de su hija intentaban matarla desde la orilla. Se acercó todo lo que pudo hasta que comenzaron a disparar, entonces detuvo la embarcación. Su hija debía de nadar un poco más, sabía que era capaz de hacerlo.

Edda nadó con todas sus fuerzas. Las brazadas eran rápidas, constantes y fuertes. Notaba cómo el corazón se le aceleraba cada vez más; parecía que sus pulmones ya no eran capaces de soportar la presión y el esfuerzo. Comenzó a sentir tirones en los brazos y las piernas, después una fuerte

opresión en el pecho. Se paró un segundo y observó cuánto le quedaba. Estaba a punto de ponerse a nadar de nuevo, cuando un brazo la aferró por la espalda. Levantó las manos, pero el hombre la hundió, luchó por salir, pero la fuerza del secuestrador la empujaba al fondo, a pesar de sus esfuerzos.

Jane intentó animarla con sus gritos. Era inútil, aquel hombre estaba ahogándola. Aceleró la lancha y se dirigió a toda velocidad hacia ellos. Las balas le pasaban rozando la cara o se incrustaban en la embarcación. No le importaba, había hecho ese largo viaje para encontrar y salvar a su hija, no se iría sin ella.

Desde la orilla los hombres disparaban sin parar contra la lancha, sin lograr acertar en el blanco. Edda sentía cómo la vida se le escapaba poco a poco, mientras una paz extraña la invadía de repente, como si las fatigas y agobios dejaran de tener importancia y estuviera a punto de entrar en un mundo muy diferente, un lugar del que nadie le había hablado nunca y del que no podría escapar jamás.

## 31.LOCURA

Charlotte había entendido hacía tiempo lo que era el temor, sobre todo en sus últimas vacaciones. Lo que no había logrado imaginar es el terrible miedo a morir, a desaparecer para siempre en la nada más absoluta. No sabía lo que había sucedido a su familia. El *sheriff* había comentado a los dos agentes, antes de matarlos, que sus padres habían sido asesinados, pero un tipo como él mentía más que hablaba. Ahora corría por la ribera de un río medio seco de la mano de un pobre granjero, que seguramente ya se había arrepentido de haberse cruzado con ella en medio del camino. Al otro lado se escuchaban los insultos y gritos de su perseguidor, mientras el calor les atenazaba el cuerpo y el alma.

–¿Quién es ese tipo? –se atrevió a preguntarle el agricultor con la voz fatigada.

–Es una mala persona, ha asesinado a dos policías y a la vecina. No se fíe de él, le matará.

El hombre sintió un escalofrío al escuchar esas palabras en boca de una niña. Buscó la entrada de la pequeña cueva en la que de niño se escondía con sus amigos. No era muy grande ni profunda, pero se encontraba disimulada entre los arbustos, de esa manera aún tendrían una oportunidad.

El granjero movió unas ramas y empujó a la niña dentro.

–Quédate quieta, no hagas ruido. Si ese hombre te descubre entra más al fondo. Está oscuro y huele mal, pero no hay nada peligroso. Si caminas un poco, verás que se estrecha, hay una salida al fondo que da a un viejo pozo. Escapa por ese sitio, regresa al pueblo y pide ayuda. Yo le entretendré.

El hombre cerró las ramas y siguió corriendo. Al rato la niña notó que el *sheriff* pasaba por allí y continuó sin pararse. Parecía que el plan había funcionado.

Tras un buen rato, no se escuchaba nada y ella comenzó a respirar un poco más fuerte, durante minutos había contenido la respiración temerosa de lo que le pudiera suceder. Le preocupaba lo que le hubiera podido suceder al granjero, el *sheriff* no le dejaría con vida si le echaba la mano encima.

El granjero corrió todo lo que pudo, ahora que se había librado de la niña era más sencillo. Podía llegar a su casa en diez minutos, aunque no le hacía mucha gracia acercarse a un tipo como ese a su familia. Su esposa estaba preparando la comida y sus hijos, los dos mayores estudiaban en la universidad, pero la pequeña llegaba a esas horas del instituto.

El *sheriff* logró ver de nuevo al hombre cuando salió de entre los árboles y corrió hacia un camino de tierra que conducía al pueblo. Salió tras él, no podía seguirle el ritmo, se paró, apuntó y disparó a sus piernas. Al segundo intento ya lo había derribado. Cuando llegó a su altura, el pobre diablo se arrastraba con dificultad, luchando por huir de él.

–A veces la vida te depara sorpresas desagradables. Lamento verle en una situación como esta. Esa maldita niña me está causando muchos problemas, en eso se parece a su madre. Le prometo que si me dice dónde está tendrá una muerte rápida e indolora, si no lo hace, iré a su casa, violaré a su hija y a su mujer, después las asesinaré lentamente y regresaré para rematarle. ¿Qué le parece? Seguro que atenderá a mis razones.

El hombre le miró aterrorizado. Si le contaba el lugar en el que se había escondido la niña, no tardaría en dar con ella y asesinarla, pero si no lo hacía ponía en peligro a su familia. Al menos la niña tenía una pequeña opción de escapar, mientras que su familia sería masacrada antes de que pudieran darse cuenta.

–Ella se encuentra en una cueva a un kilómetro, oculta entre la maleza.

–Muchas gracias, ha hecho lo correcto. Usted morirá pronto y sin dolor, pero lo de su mujer y su hija no se lo puedo asegurar, cuando uno empieza el

día matando a dos policías la adrenalina se dispara. Me da igual pasar el resto de mi vida en la cárcel por tres o por seis asesinatos. Usted me entiende.

–¡No por favor! ¡Se lo suplico!

El *sheriff* no se molestó en contestar, el hombre se aferró a su pantalón, él le apuntó con el arma y le pegó un tiro en la cabeza. La sangre salió disparada y le ensució los zapatos.

Apenas sin inmutarse se dirigió tranquilo hasta la entrada de la cueva. Estaba cansado, pero se sentía otra vez de buen humor. De alguna manera el sufrimiento ajeno le alimentaba, siempre había sido así, desde niño. Curiosamente se había convertido en *sheriff* con la idea de sopesar su inclinación hacia el mal, pero muy pronto descubrió que lo único que le fascinaba de su oficio era asesinar sin que eso supusiera la cárcel.

–¡Querida, soy el abuelo, he venido para llevarte a casa, pronto te reunirás con el resto de tu familia! –gritó a la entrada de la cueva. Su voz retumbó por toda la galería.

Charlotte sintió en ese momento unas insoportables ganas de orinar, pero se aguantó e hizo lo que le había dicho ese hombre. Se internó en la oscuridad con la esperanza de que encontraría una salida, aunque la sensación que tenía era de que se adentraba dentro del mismo infierno.

## 32.VENGANZA

Sharon siguió nadando hasta la orilla. Isabelle iba detrás, después del esfuerzo se había quedado casi sin aliento, aunque se veía capaz de llegar a tierra sana y salva. No sabía lo que le había sucedido a Edda, en cuanto estuvieran a salvo la buscarían e intentarían ir al otro lado del río.

La agente llegó a las primeras piedras y se tumbó sobre ellas antes de continuar. Era casi un milagro que hubieran llegado hasta allí, escuchó un estruendo, se giró y vio cómo su lancha caía al vacío y se hacía añicos entre los riscos. Después buscó a Isabelle entre las aguas turbulentas y apenas vio su cabeza.

–Ánimo –intentó gritar, pero su voz se vio ahogada por el agua que le había entrado en los pulmones y comenzó a vomitar.

Isabelle llegó a su lado exhausta, mareada y confusa. Notó frío al salir, a pesar de que el agua estaba congelada y fuera aún había una temperatura aceptable.

–¿Lo ha conseguido Edda? –preguntó Isabelle.

–No lo sé, desde aquí no la veo –comentó alzando la cabeza.

Lo que sí observó extrañada fue una lancha que se dirigía a toda velocidad a la otra orilla. Se percató del sonido de disparos, aunque el estruendo de las cataratas amortiguaba su ruido. Miró a la otra orilla y vio a los matones que les estaban siguiendo desde hacía días. Eran dos, no sabía dónde se encontraba el tercero.

La lancha de Jane llegó en pocos segundos hasta su hija. El secuestrador la mantenía dentro del agua, mientras esta sacaba las manos para intentar escapar. No se lo pensó dos veces y se lanzó. No tardó mucho en estar detrás del hombre, le agarró del cuello y este instintivamente soltó a la chica para no ahogarse.



Edda logró salir a la superficie y dar una gran bocanada de aire. Sintió cómo sus pulmones se quejaban por el esfuerzo pero, tras otras dos intensas inspiraciones, logró recuperar las fuerzas, se giró y observó a su madre peleando con el asesino. No había tiempo para expresar su alegría, lo único que importaba en ese momento era escapar con vida de allí. Le hincó las uñas en los ojos y tiró con fuerza. El hombre dio un alarido, su madre se subió en sus hombros y el tipo se hundió como un saco de piedras. Movié las manos bajo el agua desesperado, pero no logró salir. Un par de minutos más tarde, mientras los otros dos matones les disparaban desde la orilla, lograron llegar a la lancha, la pusieron en marcha y salieron a toda velocidad hacia la otra orilla. Los disparos pasaban muy cerca, pero se movían demasiado deprisa y las balas no lograban alcanzarlas.

Isabelle y Sharon agitaron los brazos para que fueran hacia ellas, Jane giró el timón y se puso rumbo a la otra orilla, mientras que los secuestradores veían impotentes cómo se les escapaban de nuevo de las manos. Tardarían horas en llegar a un paso que les permitiera cruzar, la corriente era demasiado fuerte para nadar hasta ellas. Observaron cómo el cuerpo de su amigo flotaba en el agua. La corriente le llevó hasta el abismo y cayó por la catarata, desapareciendo para siempre.

La lancha llegó al otro lado. Al pararla, madre e hija se fundieron en un abrazo. Llevaban un año sin verse, casi habían perdido la esperanza de encontrarse de nuevo. Jane se apartó un poco, necesitaba mirarla, tocarla, darse cuenta de que era real, que todo aquel sacrificio y dolor habían merecido la pena.

–¡Dios mío, gracias! –exclamó con la voz entrecortada por las lágrimas.

Isabelle y Sharon observaron la escena con cierta envidia. El amor es uno de los dones más preciados, se da sin medida y se recibe sin medida.

–Será mejor que nos marchemos de aquí. Aún quedan dos con vida y

deben estar furiosos –dijo Sharon. En el accidente había perdido su arma, aunque aún le quedaba su cuchillo y unas ganas terribles de cargarse a esos dos cabrones.

–¿Cuál es el pueblo más cercano? –preguntó Jane.

–Vamos a ir a Rainy Lake, allí hay un centro de campamentos. Ellos nos llevarán a la ciudad.

–Ese es territorio estadounidense –dijo Jane, que desde allí había partido las dos veces que había visitado la zona.

–Sí, no sabemos cuántos policías corruptos hay a este lado.

Se subieron a la lancha con la esperanza de llegar a la zona de campamentos antes de que llegara la noche. Edda y su madre se situaron en la parte delantera, tenían mucho que contarse. Mientras hablaban, Isabelle se recostó en la parte de atrás, tomó una barrita y se lo pensó mucho antes de hacer la primera pregunta.

–No me has contado lo que le ha sucedido a mi familia. Me imagino que no son buenas noticias, pero prefiero saber la verdad. No tengo ni idea de cómo voy a tomármelo, pero estoy harta de mentiras, de dudas y temores.

Sharon intentó buscar las palabras correctas, aunque no las encontró. ¿Cómo podía decir a una chica tan joven que sus padres y hermano gemelo habían sido asesinados cruelmente y que su hermana pequeña estaba en manos de un psicópata, que seguramente la vendería a alguna especie de depredador sexual?

–Me gustaría que las cosas hubieran sido de otra manera. Yo siempre creí a tu madre, pero no logramos salvar a ninguno. En Estados Unidos estoy acusada de asesinato, mientras que ese cabrón se encuentra en algún estado cálido tomando el sol.

–¿Por eso viniste a buscarme? ¿Querías demostrar tu inocencia? –preguntó la chica fríamente, como si aquellas malas noticias hubieran conseguido

endurecer aún más su corazón.

–No, bueno, no te puedo negar que esa es una parte importante. Llevo meses convertida en una fugitiva, escondiéndome y luchando por sobrevivir, pero lo que más me importaba era encontrarlos. Se lo debía a tu madre, a tu familia. ¿Lo comprendes?

Isabelle se quedó callada. Claro que lo entendía, pero para Sharon ellas dos no eran nada más que dos retos, la manera de demostrar al mundo que era inocente y que el *sheriff* no podía salirse con la suya.

–La vida es muy compleja, a veces no nos deja hacer lo correcto, únicamente nos permite elegir entre dos males menores.

–No te estoy juzgando Sharon, me has salvado la vida y además has hecho lo mismo con esa chica. Eres una heroína, lo siento, pero... –La chica no pudo continuar, rompió a llorar. Todo aquel dolor brotó con tal fuerza que los pequeños diques que había intentado construir se hundieron de inmediato.

–Lo siento, lo siento mucho –dijo mientras la abrazaba.

La lancha avanzó bien durante una hora, pero enseguida comenzó a perder velocidad. Sharon miró el motor, todo parecía estar bien. Jane se giró y se encogió de hombros.

–Creo que se ha terminado el combustible. Será mejor que nos acerquemos a la costa con lo que nos queda.

–¿Dónde estamos? –preguntó Isabelle.

–Cerca de la isla principal, intentemos llegar hasta allí, después caminaremos hasta la carretera que lleva directamente hasta Fort France. No creo que logremos llegar de día, tendremos que dormir una última noche bajo las estrellas –le contestó Sharon. Todas se desanimaron, se encontraban agotadas, sucias y temerosas de que esos matones les dieran alcance.

Dejaron la lancha en la orilla.

–Será mejor hundirla, para que no sepan que tuvimos que abandonarla y

continuar a pie –dijo Sharon. Dedicaron casi media hora a llenarla de piedras y hacerle algunos agujeros. Después se pusieron a caminar, pero en apenas una hora se hizo de noche cerrada. Se cobijaron debajo de unos árboles y se sentaron muy juntas, para calentarse unas a otras.

–No hemos hecho las presentaciones pertinentes –dijo Jane, que había vuelto a recuperar el aire de mujer segura y desenvuelta–. Me llamo Jane, soy la madre de Edda. Muchas gracias por todo lo que han hecho por ellas.

–Yo no he hecho nada, todo el mérito es de Sharon. Ella la encontró y la sacó de su prisión. Me llamo Isabelle y me temo que he vivido la misma triste experiencia que su hija.

–Encantada, antes no pude evitar escucharos, lamento mucho lo que le sucedió a tu familia. Nosotros, dentro de lo que cabe, fuimos afortunados.

–Yo no diría tanto –comentó Sharon–. Soy Sharon Dirckx, la antigua ayudante del *sheriff* de Internacional Falls, ahora mismo, sospechosa y prófuga de la justicia, esperemos que por poco tiempo.

–Yo soy Edda, ya conocéis mi historia.

–Intentemos descansar un poco, mañana será un día muy largo –dijo Sharon.

–¿No sería mejor que una se quede despierta vigilando? –preguntó Isabelle.

–Sí, yo haré la primera ronda, te despertaré a ti, después lo hará Edda y por último Jane.

A los pocos minutos las tres mujeres dormían plácidamente, mientras Sharon miraba hacia el agua. La luna y las estrellas se reflejaban en su inmensa oscuridad. La quietud era casi absoluta. Lo único que se escuchaba era la respiración de sus amigas y la incesante voz de su mente. Ahora tenían que intentar escapar de allí, buscar al *sheriff* y recuperar a Charlotte. No tenía ni idea de por dónde empezar, pero estaba casi convencida de que lograrían

dar con ella.

Mientras Sharon se mantenía despierta a duras penas, a una cierta distancia el nativo las vigilaba. Había decidido esperar a que los matones que las seguían las alcanzaran. No le apetecía tener que buscarlos por toda la región antes de terminar con ellos.

El rostro de la mujer que permanecía despierta no se distinguía de la negrura que lo cubría todo, pero conocía cada uno de sus rasgos, formaba parte de su trabajo. En su teléfono guardaba la foto que el *sheriff* le había enviado desde su retiro dorado en un pueblito costero cerca de Nueva Orleans. Muy pronto se reuniría con él y ambos tomarían un avión privado al Caribe, se dijo mientras sin pestañear vigilaba a sus próximas presas, como sus antepasados habían hecho durante cientos de años en aquellas mismas tierras.

### 33.SALIDA

La noche se interrumpió bruscamente cuando Isabelle las despertó. Había escuchado un ruido y quería asegurarse de que no era nada importante. Sharon fue la primera en reaccionar, tomó el cuchillo e intentó escrutar los alrededores, aunque todo era oscuridad. Jane y Edda se abrazaron, como si ese simple gesto fuera suficiente para sentirse protegidas.

–No escucho nada –terminó comentando Sharon después de un rato.

–Os juro que he oído ruidos entre los árboles.

–Es casi imposible que nos hayan encontrado. Hay decenas de islas, podíamos habernos ido a casi cualquier parte –les explicó Sharon.

–Es cierto, pero debieron imaginar que lo más lógico es que intentásemos ir a la ciudad –dijo Isabelle, que entendía cómo pensaba esa gente.

–Ya nos hemos desvelado, quedan dos horas para que amanezca, podemos comenzar a andar, cuanto antes nos alejemos de aquí, más posibilidad tendremos de llegar al pueblo.

Todas obedecieron las instrucciones de Sharon, al fin y al cabo ella era agente de policía y la única de la zona. Caminaron con cuidado de no tropezarse y una hora más tarde la claridad comenzó a invadirlo todo. Parecía que la aurora les terminó de relajar. Por la noche era más fácil que les atacaran alimañas y se sentían vulnerables.

Llegaron a una gran zona despejada y Sharon se paró dubitativa.

–¿No sabes por dónde es? –le preguntó Isabelle.

–Si seguimos la orilla terminaremos llegando, pero daremos un rodeo mayor. Estoy segura de que ahorraremos tiempo por ese sendero. Aquí estamos muy expuestas, cualquiera desde una lancha puede vernos.

Las cuatro estuvieron de acuerdo en volver a internarse en el bosque.

Sharon abría el grupo, a veces se paraba y se adelantaba un poco, para examinar el terreno.

Tras dos horas se sentaron para comer algo, tenían el estómago vacío. Jane abrió la mochila y les entregó lo poco que quedaba de comida.

–Ya no tenemos nada más.

–No os preocupéis, espero que lleguemos antes de que anochezca. Es el último esfuerzo.

Todas miraron a Sharon algo incrédulas, parecía que esa pesadilla nunca iba a acabar. Siempre que lograban escapar, por una razón u otra, terminaban encontrándolas.

Continuaron el camino en silencio, se encontraban cansadas tanto física como psicológicamente. La poca energía que aún les quedaba se agotaba con rapidez. Entonces escucharon con claridad cómo se movían las ramas en uno de los lados del sendero.

–¡Al suelo! –gritó Sharon. Todas se lanzaron en plancha y se escondieron detrás de unas rocas recubiertas de musgo.

Los disparos no tardaron en escucharse. Les pasaron rozando, pero ninguna estaba herida.

–¿Qué vamos a hacer? No tenemos armas –dijo angustiada Isabelle.

–Debemos esperarlos. Nuestra única oportunidad es que se acerquen –dijo sacando su cuchillo de la funda.

Tras un par de minutos los disparos cesaron. Los dos hombres salieron de entre los árboles y las apuntaron.

–¿Pensabais que sería fácil escapar? Conocemos a la perfección estos bosques y no sois las primeras que lo intentáis. Llevamos mucho tiempo con este negocio y no vamos a permitir que unas putas nos arruinen –comentó uno de los hombres.

Ellas se quedaron quietas sin saber qué hacer.

–¡Poneos en pie! –le gritó el otro secuestrador.

–Será mejor que terminemos con esto cuanto antes.

–Las dos jovencitas valen mucho dinero –se quejó el compañero.

–¿Dinero? Esas zorras han matado a varios de nuestros compañeros, ya no podemos dominarlas. La única solución con un perro rabioso es pegarle un tiro.

Mientras los dos hombres discutían, Sharon aprovechó para lanzarse sobre el más cercano, Jane también intentó quitarle el arma al otro. Los cuatro forcejearon, mientras las dos chicas permanecían en el suelo. Cuando Edda vio que su madre no podía con el hombre, se lanzó hacia él. Sonó un disparo y una bandada de pájaros salió revoloteando de las copas de los árboles.

–¡Maldita sea! –gritó el hombre, mientras las dos mujeres intentaban derrumbarlo.

Sharon logró hincar el cuchillo en una de las piernas del otro secuestrador. Este dio un gemido, pero logró pegarle con la culata del fusil y lanzarla al suelo.

Isabelle corrió a socorrerla, mientras el hombre apuntaba a Sharon.

El otro secuestrador logró enderezar el rifle y disparó a las dos mujeres. Durante un segundo el tiempo se paralizó, al final Edda se giró asustada mientras su madre se desplomaba en el suelo. Soltó el arma del secuestrador y levantó la cabeza de Jane, intentando reanimarla.

–¿Estás bien? –le preguntó asustada. La mujer no respondió, tenía las manos en el vientre, sentía un dolor muy fuerte. Comenzó a ponerse pálida, se estaba desangrando con rapidez.

El hombre apuntó a Edda, entonces se escuchó un disparo que provenía de entre los árboles y el secuestrador cayó muerto, mientras sus sesos se desparramaban por el suelo. Edda le miró asustada, pero dejó la cabeza de su madre en el suelo y tomó el rifle.



El otro secuestrador se giró para ver lo que había ocurrido a su compañero, Sharon aprovechó y le clavó de nuevo su arma, esta vez en mitad del pecho. El tipo no tardó en caer muerto a su lado. También cogió el arma.

–¿Quién ha disparado? –preguntó Sharon asustada.

La única que lo sabía era Jane, pero estaba inerte en el suelo, mientras su hija intentaba reanimarla desesperadamente.

Se escucharon dos nuevos disparos.

–Tenemos que irnos de aquí –dijo Sharon dirigiéndose a los árboles, Isabelle la siguió, pero Edda permaneció al lado de su madre.

–Mamá –dijo con los ojos llenos de lágrimas. No podía creer que después de todo lo que habían pasado, ahora tuviera que perderla para siempre.

Jane logró levantar un poco la cabeza, apenas tenía fuerzas, la vida se le escapaba demasiado rápido.

–Vete –le dijo con un gran esfuerzo.

–No, mamá –le respondió Edda. No la dejaría sola en medio de aquel bosque.

–Por favor –le pidió antes de perder el conocimiento.

Jane no estaba preparada para morir, nadie lo está jamás, pero la muerte la había sorprendido en un instante, arrebatándole la felicidad que había experimentado durante aquellas cortas horas de reencuentro. Aunque lo único que le importaba era que su hija se pusiera a salvo, ella tenía toda la vida por delante.

Isabelle tiró del brazo de Edda, pero esta se resistió. Se escucharon nuevos disparos que les pasaron muy cerca. Jane dio un último suspiro y se quedó con los ojos fijos y vacíos, mirando hacia el cielo azul de aquella mañana increíble.

Las tres corrieron hacia el interior del bosque cuando el nativo llegó hasta los cuerpos. Pensó que no estaba nada mal, había cazado a la mitad de sus

presas en unos minutos, las otras tres no tardarían en caer. Las siguió tranquilo, como si no tuviera prisa. Dejaban un rastro tan claro, que hubiera podido encontrarlas con los ojos tapados.

Sharon las guio hasta una zona tranquila. Se escondieron debajo de un gran tronco con la esperanza de que aquel hombre pasara de largo. Al menos ahora tenían dos armas para defenderse.

–¿Qué vamos a hacer? –le preguntó Isabelle en un susurro. A su lado Edda estaba ida, aún no era capaz de asimilar lo que había sucedido.

–Nos defenderemos, no será fácil dar esquinazo a un tipo así.

La respuesta de Sharon no la convenció mucho, hubiera preferido escapar y no parar de correr hasta que estuvieran realmente a salvo.

Después de un buen rato se pusieron a caminar. Sharon logró orientarse de nuevo y en poco tiempo, encontraron un nuevo sendero. Caminaban mirando a todos lados, sin saber por dónde podía aparecer aquel asesino.

Entonces Isabelle vio una cabaña casi oculta por la maleza, se lo indicó a Sharon y se dirigieron hasta allí. Podrían guarecerse e intentar trazar un plan. No tenían provisiones y en cuanto cayera la noche serían piezas fáciles en manos de un habilidoso cazador.

–No podemos seguir avanzando, terminará matándonos a las tres –dijo Isabelle muy asustada. En todos aquellos meses, a pesar de todo lo que le había sucedido, siempre había tenido la esperanza de escapar, pero en aquel momento no veía salida.

–Yo podría llegar en un par de horas al pueblo y pedir ayuda, pero no quiero dejaros solas. No estoy segura si él intentará perseguirme a mí o se quedará para asesinaros. Debemos separarnos, él no puede atraparnos a las tres si nos dividimos.

Isabelle y Edda la miraron asustadas.

–Únicamente tenemos dos armas. Yo correré e intentaré llamar su

atención, mientras vosotras dos seguís el sendero sin parar hasta llegar al pueblo más cercano. ¿Lo habéis entendido?

–Sí –dijeron a la vez.

–Yo saldré primero, esperaréis unos minutos antes de escapar.

Las dos chicas afirmaron con la cabeza, aunque estaban totalmente aterrorizadas. Sharon abrió la puerta y echó a correr. Lo hizo hacia el lago, para intentar alejar al cazador de sus dos presas más vulnerables. Pero se equivocaba, el hombre las había observado desde su escondite, esperó a que ella se fuera y siguió a las chicas.

Sharon tardó un buen rato en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Esperó entre unas rocas, pero no había ni rastro del asesino.

El nativo dejó que las chicas se confiaran, corrían como gacelas, pero él estaba en buena forma. Después de unos diez minutos, cuando consideró que ya se encontrarían muy lejos de la agente, se paró y les disparó.

Las chicas se detuvieron en seco y se ocultaron tras el grueso tronco de un árbol.

–¿Sabes usar ese trasto? –le preguntó Isabelle a Edda.

Le temblaban las manos, pero logró cargarlo y apuntar hacia el lugar del que provenían los disparos.

–Mis abuelos tienen una granja, ellos me enseñaron –dijo mientras comenzaba a disparar.

–No sigas hasta que le tengas a tiro, nos queda poca munición –le advirtió Isabelle.

El hombre las escrutó por su punto de mira, no se decidía con cuál terminar primero. Al final se inclinó por la que iba armada, seguramente la otra no sabría manejar un arma.

Sharon escuchó los disparos y corrió hacia el bosque. No tardó mucho en ver al hombre agazapado, disfrutando de asustar a las chicas que gritaban,

mientras él las hacía agacharse y correr alternativamente.

El nativo miró de nuevo por la mira telescópica, la cabeza de la chica se encontraba justo en el centro. Apuntó y sintió un cuchillo se le hincaba en el hombro derecho. La bala salió del rifle y atravesó los cien metros antes de incrustarse en la garganta de Edda. La chica se derrumbó e Isabelle intentó socorrerla. Del cuello le brotaba una gran cantidad de sangre, Isabelle tapó con la mano la herida, pero la vida se escapaba tan rápido que no le dio tiempo ni a hablar.

Sharon levantó el cuchillo y lo hincó de nuevo en la espalda del hombre. Este se dio la vuelta y la golpeó en la cara, dejándola aturdida.

–¡Maldita zorra! –gritó el hombre, mientras la golpeaba de nuevo, logrando derrumbarla. Sacó un cuchillo del cinto y tiró el fusil.

–Creo que voy a pasarlo muy bien contigo. Es más divertido quitarte la piel a tiras que pegarte un simple tiro.

Sharon intentó defenderse, pero una de las manos enormes del hombre la atrapó por el cuello, mientras levantaba el cuchillo con la otra.

Isabelle dejó a Edda en el suelo y corrió hacia Sharon. Llevaba el rifle en la mano, apuntó al hombre y disparó. Le alcanzó en el brazo donde llevaba el cuchillo y lo soltó. La mujer aprovechó para zafarse de él, tomar de nuevo su arma y ponérsela en el cuello. Mientras Isabelle se acercó sin dejar de apuntarle.

–Os mataré –dijo amenazante el hombre.

–¿Estás seguro? –dijo Sharon apretando con una mano los testículos del hombre, que gritó de dolor.

–¡Mátalo! –le pidió Isabelle.

–No, te dejaremos con vida si nos dices dónde está el *sheriff*. Seguro que podrás esconderte en algún agujero y escapar, pero si no hablas te mataré lentamente.

–No me das miedo, puta.

–Ya imagino, eres demasiado estúpido como para darte cuenta de que has perdido –dijo Sharon apretando de nuevo.

–¿Eso es todo lo que sabes hacer? –dijo después de gritar de dolor.

Isabelle disparó el arma y le dio en una rodilla. El hombre bramó durante un buen rato.

–Si no hablas te reviento la otra, después los codos y por último esa cabeza vacía.

Sharon la miró sorprendida de sus agallas.

–Este cabrón ha matado a Edda.

Después de un buen rato bramando, el hombre se tranquilizó de nuevo.

–Está bien, el *sheriff* está en Nueva Orleans, en una casa a las afuera de Houma, en el camino de la vieja mina.

–Eso me gusta más –dijo Sharon. Sacó el cuchillo del hombro y se lo guardó en el cinto.

Las dos mujeres le miraron tirado, sangrando por las cuatro heridas. A pesar de todo sabían que era capaz de curarse y salir de aquel bosque. Tendrían que pasarse el resto de sus vidas esperando que un tipo como aquel les hiciera algo a ellas o sus familias.

Isabelle apuntó de nuevo y esta vez le disparó en la cabeza. Sharon la miró sorprendida y esta se encogió de hombros.

Caminaron por el sendero. Estaban agotadas, pero tenían que llegar a la ciudad como fuera. Después de dos largas horas, encontraron el camino principal, siguieron otra hora más hasta llegar al puente y cruzarlo. Mientras se acercaban a Ford France, no dejaban de pensar en todo lo sucedido, tanta muerte y destrucción.

Se plantearon entregarse a la policía, pero estaban seguras de que las detendrían durante días, su caso llegaría a todos los periódicos del país y eso

podría poner sobre aviso al *sheriff*. Era mejor cruzar la frontera y tomar un coche para llegar a Nueva Orleans. Tardarían tres días en cruzar el país, pero le pillarían por sorpresa. Cuando Charlotte estuviera a salvo, llamarían a la policía, mientras tanto, ellas se ocuparían de todo.

Sharon logró robar un coche en Internacional Falls. Comenzaron su viaje al sur en silencio, sus mentes aún debían asimilar todo lo que había sucedido, mientras los kilómetros pasaban veloces y sentían que se alejaban de aquellos bosques inexpugnables, sintieron que se libraban de un horror que les había perseguido todos esos meses, aunque su liberación completa no se produciría hasta ver a Charlotte sana y salva.

## 34.NIÑA

Siempre había tenido miedo a la oscuridad, su madre le decía que era algo normal, que le sucedía a casi todos los niños a su edad, pero mientras se adentraba en aquella cueva, no le consolaba mucho que fuera normal. El olor a humedad, el frío que comenzaba a helarle los huesos y los alaridos del *sheriff* estaban consiguiendo precisamente lo que se proponía: aterrorizarla. Caminó despacio, tropezándose y levantándose, mientras su mente no podía apartar el recuerdo de sus padres. Eran una familia feliz, aunque con sus imperfecciones. Amaba a su hermano Steve e idolatraba a su hermana, de hecho quería ser como ella. Ahora estaban muy lejos o simplemente muertos en aquel bosque que tanto temor le había producido.

–Niña, ya estoy llegando –advirtió la voz al fondo del túnel. Pensó agazaparse a un lado y saltar sobre él como un gato rabioso. Desistió, el hombre estaba armado y podía neutralizarla con un manotazo, como el que se quita una mosca molesta.

–Será mejor que salgas, dentro de poco te reunirás con el resto de tu familia. ¿No era eso lo que querías?

Charlotte comenzó a llorar, una respuesta totalmente plausible ante una amenaza de un niño. No servía para mucho, pero le permitió descargar toda la tensión acumulada. Entonces, entre lágrimas vio algo de luz. Salía de un túnel lateral, era apenas un rayo, que en medio de la oscuridad le pareció casi un esperanzador amanecer. Corrió hacia allí, mientras escuchaba los pasos torpes del *sheriff* cada vez más cerca. Cuando llegó al haz de luz miró hacia arriba, un túnel vertical de algo más de cuatro metros se encontraba sobre su cabeza. Se preguntó cómo podía subir ella sola allí arriba.

El hombre se paró frente a la caverna lateral y enfocó el fondo con la

linterna. Estaba cansado de perseguir a esa maldita niña, las mujeres siempre le habían complicado la vida. Primero su madre y sus hermanas, después la primera novia y después otras muchas mujeres, que no se podían estar quietas y calladas, siempre tenían que abrir su boca y contarle las mierdas de sus insípidas vidas.

Sentía un fuerte dolor en el costado, el corazón le iba a mil por hora y le costaba respirar. Al final se paró un poco, enfocó de nuevo la linterna y la vio.

–Joder –dijo mientras caminaba a toda prisa hacia el final del túnel.

La niña se sobresaltó, pegó un salto a la pared e intentó escalar, pero se escurría una y otra vez, mientras la luz de la linterna se aproximaba cada vez más.

–Ya voy, guapa. Gracias por esperarme, se burló el policía.

La niña comenzó a gritar y saltar como un conejo encerrado en su propia madriguera. El hombre se paró a un par de metros para apuntarle con su arma, pero Charlotte había desaparecido.

–¿Dónde demonios...?

Caminó hasta donde la había visto, se giró y ante su asombro la niña pegó un brinco, le golpeó en la cara, se subió en sus hombros y dio un gran salto. El *sheriff* no pudo reaccionar, se limitó a mirar a la niña que volaba por encima de su cabeza, se aferraba a un pedazo de tierra y después se internaba en otro túnel.

–¿Cómo diantres? –se preguntó mientras alzaba las manos para escalar por las paredes. La tierra se deshacía en sus manos. Nunca llegaría allí arriba, no con esa inmensa barriga y sus huesos desgastados por la vejez.

Corrió hacia la entrada del túnel, la salida debía a estar a menos un kilómetro, después debería subir la colina y caminar otro medio kilómetro antes de llegar a esa maldita salida. Era demasiado tiempo, la niña se



escaparía y lograría encontrar ayuda, entonces él estaría acabado.

Cuatro días antes le había llamado Jesse Jones, el indio. Al parecer las cosas se estaban poniendo feas por el norte, perseguía a una de las chicas que se había fugado. Él le había ordenado que terminase con toda la red. Era mejor no correr riesgos. Le comentó que después viniera, pero ahora pensaba que tal vez debería dejarle plantado y dirigirse directamente al aeropuerto de Nueva Orleans y volar a las islas Caimán.

Cuando salió el sol de la tarde le dejó ciego unos momentos, sintió el calor húmedo y la camisa se le pegó a la espalda. Subió con dificultad la colina y caminó por los sembrados hasta una zona boscosa, donde creía que se encontraba la salida del túnel. Llegó jadeando, buscó por todos lados, pero sin dar con la niña. Se apoyó en una roca y comenzó a sudar.

—¿Dónde estás? Maldita sea, me va a dar un infarto.

Levantó la vista y vio a la chica correr de nuevo al camino. Parecía un conejo asustado perseguido por una manada de perros. Se puso en camino de nuevo, aunque la niña le sacaba mucha ventaja. Después de un buen rato se paró y apuntó a Charlotte, disparó, aún se encontraba demasiado lejos. Si lograba aproximarse un poco más, podría acertarla a pesar de la distancia.

La niña escuchó el disparo y aumentó la velocidad. Le dolían las piernas, el pecho y tenía mucha sed. Miró hacia atrás y vio al *sheriff* más cerca, sudando por los cuatro costados y apuntando de nuevo con el arma.

La segunda bala le pasó rozando, se tiró al suelo y después se levantó y siguió corriendo. Llegó al camino y continuó la huida, el terreno era llano y podía aumentar un poco más la velocidad y alejarse de aquel monstruo.

Charlotte miró de nuevo hacia atrás, con la mala suerte de que su pie se coló en un agujero, sintió un fuerte dolor en la pierna y tiró con fuerza. Estaba atrapada.

El *sheriff* sonrió al ver lo que había sucedido, se tomó su tiempo en llegar

hasta ella. Apenas tenía aliento. Charlotte luchaba por salir, pero parecía más un animalillo atrapado en una pequeña trampa que una niña pequeña.

El hombre se inclinó hacia delante y respiró profundo, antes de colocarse de nuevo el sombrero.

–Creo que la carrera ha terminado. No te lo tomes a mal, el destino que había preparado para ti era mucho peor. Ahora, gracias a Dios, todo será muy rápido y te prometo que no te dolerá. Puede que sea algo malo, pero no soy un sádico, no disfruto matando niños –dijo el tipo con una tranquilidad pasmosa.

–No me mate –dijo la niña, suplicando por primera vez por su vida.

El hombre miró su cara inocente. Por un breve segundo le despertó algo parecido a la compasión, un lujo que no podía permitirse, levantó el arma y la apuntó.

–Esto me duele más a mí que a ti, pero son las cosas de la vida. Uno no elige lo que hace, ni en qué se convierte. Somos el resultado de la fortuna y a ti se te ha terminado.

–No le contaré nada a nadie –dijo la niña tapándose la cabeza, como si sus manos fueran capaces de parar una bala.

El hombre comenzó a apretar el gatillo, cerró los ojos para no verla. En una décima de segundo escuchó un disparo a su espalda, se giró. No podía creer lo que veían sus ojos. Aquella era Sharon Dirckx, su ayudante. ¿Cómo diantres habían encontrado su escondite? ¿Qué hacía en el otro extremo del país? Era una prófuga de la justicia. A su lado corría la hija de Victoria Landers. Estuvo a punto de frotarse los ojos para comprobar que no estaba soñando, después levantó el arma y comenzó a dispararles. Las dos mujeres se refugiaron entre unos arbustos.

El *sheriff* se acercó a la niña y puso la punta de su pistola en la cabeza.

–Me han ahorrado mucho trabajo. Por favor, vengan hasta aquí y entreguen

las armas o de lo contrario le volaré la cabeza.

Las dos mujeres se quedaron paradas sin saber qué hacer. El *sheriff* sonrió y mirándolas a los ojos dijo:

–Han llegado justo a tiempo, tiren las armas y acérquense. Hoy vamos a cerrar el episodio abierto hace unos días. Mi padre siempre me decía que no era bueno dejar un trabajo a medias o encargarlo a otro. La única forma de asegurarte de que se hace es haciéndolo tú mismo.

Sharon e Isabelle se acercaron con los brazos en alto. Aún guardaba cariño hacia su ayudante. Siempre había querido que le sustituyese, era una tonta útil, capaz de no darse cuenta de nada importante. ¡Qué equivocado se encontraba! Aquella mujer era muchas cosas, pero no era una tonta, simplemente poseía algo que para él era totalmente desconocido: unos principios y una conciencia que la ayudaban a distinguir entre el bien y el mal.

## 35.SOLEIDAD

Charlotte gritó el nombre de su hermana. Sharon e Isabelle se acercaron despacio y dejaron las armas en el suelo. El *sheriff* sonrió y les indicó con la mano libre que se aproximaran un poco más.

–Has perdido la partida. La policía ya ha descubierto a qué te dedicabas. Hemos visto a los dos policías asesinados a la puerta de la casa, a ese pobre granjero, por donde pasas dejas un reguero de muerte y destrucción.

–Como comprenderás, añadir dos o tres asesinatos más no me importa demasiado –dijo el viejo con cierta sorna.

–No sé cuánta gente has matado a sangre fría, pero ¿vas a hacerle lo mismo a una niña? Eso es mucho, hasta para ti –dijo Sharon señalando a Charlotte.

–Tienes toda la razón del mundo, no es mi estilo, pero a veces en situaciones extremas hay que hacer acciones extremas. Terminaré con las tres en un santiamén y después tomaré el primer avión que salga. Tal vez la suerte me sonría de nuevo.

–Ya se te ha acabado. Puede que mates a dos de nosotras, pero te aseguro que una podrá escapar y contar lo sucedido. Nuestro coche está a doscientos metros.

–Sharon, Sharon, siempre serás una soñadora. No creía que fueras capaz de llegar tan lejos. Te tenía por una inocente palurda incapaz de utilizar su imaginación.

–Estás de mierda hasta el cuello, por una vez haz lo correcto.

–¿Lo correcto? ¿Qué es lo correcto? Gente como los padres de estas niñas vienen todos los años a nuestro condado, se gastan miles de dólares, se ríen en nuestra cara de nosotros. Para ellos somos unos palurdos exóticos, basura blanca. Estamos fuera de su globalización, de esa sociedad mestiza e

individualista que han creado. Ellos se hacen más ricos, pero nosotros somos cada vez más pobres. Para que ellos cumplan sus sueños, nosotros tenemos que renunciar a los nuestros. Estados Unidos se ha convertido en una cloaca que apesta. Unas pocas empresas multinacionales lo dominan todo, nos hacen consumir su mierda, nos convierten en sus esclavos mientras los políticos miran para otra parte. No me importa arrancar unas pocas ovejas de su manada. Soy un lobo, no un cordero como tú –dijo el hombre fuera de sí.

–Ese discurso no es nuevo. Lleva siglos escuchándose, siempre hay perdedores y ganadores en los grandes cambios. Los hubo en la Revolución Industrial y los hay ahora. No se puede ir matando gente para inclinar la balanza. Tú deber era hacer cumplir la ley.

–Eso he hecho todos estos años y para qué me ha servido. Una jubilación de mierda que no me da ni para pagar los medicamentos. ¿Quién cuidará de mí cuando sea un viejo senil? No Sharon, ahora soy dueño de mi destino. Estas niñas son daños colaterales. ¿No los llaman así cuando hacen sus guerras?

Isabelle deseaba saltar sobre aquel monstruo y destruirlo. Recordó la cara de su hermana aterrorizada, todo lo que ella había sufrido y el asesinato de sus padres y su hermano gemelo.

–¿Te crees mejor que los demás? Eres un asesino, un pedazo de mierda en el zapato –gritó Isabelle.

El *sheriff* sonrió, después comenzó a apretar el gatillo.

–Tienes razón, soy un pedazo de mierda, pero la mierda en los zapatos da buena suerte.

Sharon empujó a Isabelle para que no le alcanzara la bala, pero ella la recibió en el pecho. Charlotte aprovechó para morder la mano del hombre, este bajó la cabeza y la chica se lanzó a por el rifle, lo aferró con los brazos y disparó. El impacto le golpeó en el pecho, levantó la cara y vio el rostro de la

chica. Antes de que pudiera reaccionar, ella disparó por segunda vez y él se desplomó.

Charlotte logró sacar el pie del agujero y corrió hacia su hermana. Las dos comenzaron a llorar, eran lo único que les quedaba en la tierra.

–Te quiero –dijo Isabelle, mientras dejaba que los brazos de su hermana le transmitieran toda la ternura del mundo.

Sharon se movió al lado, Isabelle dejó a su hermana y la ayudó a incorporarse. Tomó el teléfono y llamó a emergencias.

Charlotte se acercó a Sharon y la agarró por el otro lado.

–Tranquila, todo saldrá bien –dijo Isabelle a la mujer que se retorció de dolor. Cuando las sirenas de los coches de policía y la ambulancia se aproximaron, cerró los ojos, como si por primera vez en muchas semanas pudiera descansar en paz. Las dos hermanas la miraron nerviosas, sabían que sin ella estarían muertas. Mientras la memoria de Sharon parecía borrarse, agotarse por completo, ellas nunca olvidarían lo que había hecho, siempre estaría en lo más profundo de sus corazones.

## EPÍLOGO

*Un año más tarde, Internacional Falls, Estados Unidos.*

Estuvo corriendo casi una hora cuando regresó a su casa exhausta. Abrió la nevera y se preparó una ensalada. Tenía que ponerse en forma, había cogido algo de peso. Se pasaba el día en coche y eso no ayudaba a que se mantuviera en buen estado físico. Escuchó el timbre de la puerta y salió a abrir con la ropa aún sudada, pensaba darse una ducha antes de cenar.

–¡Dios mío! –exclamó entusiasmada.

Charlotte la abrazó, ella la rodeó en sus brazos, había crecido mucho. Isabelle estaba en la puerta, con el pelo recogido y dos maletas en las manos.

–¡Habéis podido venir!

–No podíamos faltar a la cita –contestó Isabelle mientras la abrazaba.

–Tengo que cambiarme, esperad dentro, estaré lista enseguida.

Las dos hermanas pasaron y se sentaron en el sillón. Sharon no tardó en regresar con su uniforme de *sheriff*, no la habían visto nunca vestida de esa forma.

–Acepté el cargo, los ciudadanos insistieron. Muchas cosas han cambiado por aquí.

Salieron al jardín, tomaron el coche patrulla y se acercaron al bosque. Charlotte llevaba un gran ramo de flores, se bajaron del vehículo y anduvieron unos diez minutos por un camino de tierra hasta el lago.

–Haz los honores –dijo Isabelle.

La niña se aproximó al agua y dejó el ramo. La corriente comenzó a moverlo muy lentamente, mientras los reflejos del sol al atardecer resplandecían. Lo único que se escuchaba era el rumor del agua y el canto ocasional de algún pájaro.

–Siempre estarán en nuestro corazón –dijo Isabelle, mientras se adelantaba un poco y abrazaba a su hermana por la espalda. A las dos se les saltaban las

lágrimas, pero intentaron ahogarlas con una sonrisa.

–Ellos dejaron una impronta, vosotras sois su legado. La muerte no vence para siempre, puede que nos derrote momentáneamente, pero al final la vida encuentra camino. Siempre vivirán en vosotros, pero también en estos bosques, como el resto de las mujeres y familias que sufrieron vuestra misma desdicha.

Las dos hermanas la abrazaron. Se quedaron en silencio viendo cómo las flores se alejaban, recordando a las personas que amaban y ya no se encontraban a su lado. Esperaban volver a verlas algún día, reunidas por fin de nuevo a la mesa, sonriendo y gritando de alegría como antes.



## Otros libros del autor:

### *AMNESIA*

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.

Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

### *EL DILEMA*

"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".

Es un mal día para el ladrón Attila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras. Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Attila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel. Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

### *EL INOCENTE*

"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania. Es verano, mientras

toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.

¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

### *El Círculo*

“Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

**Mario Escobar**

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.